

4-8
—
99



B.P. de Soria



61024786

D-1 1139

1024786

D-1

1139

97209

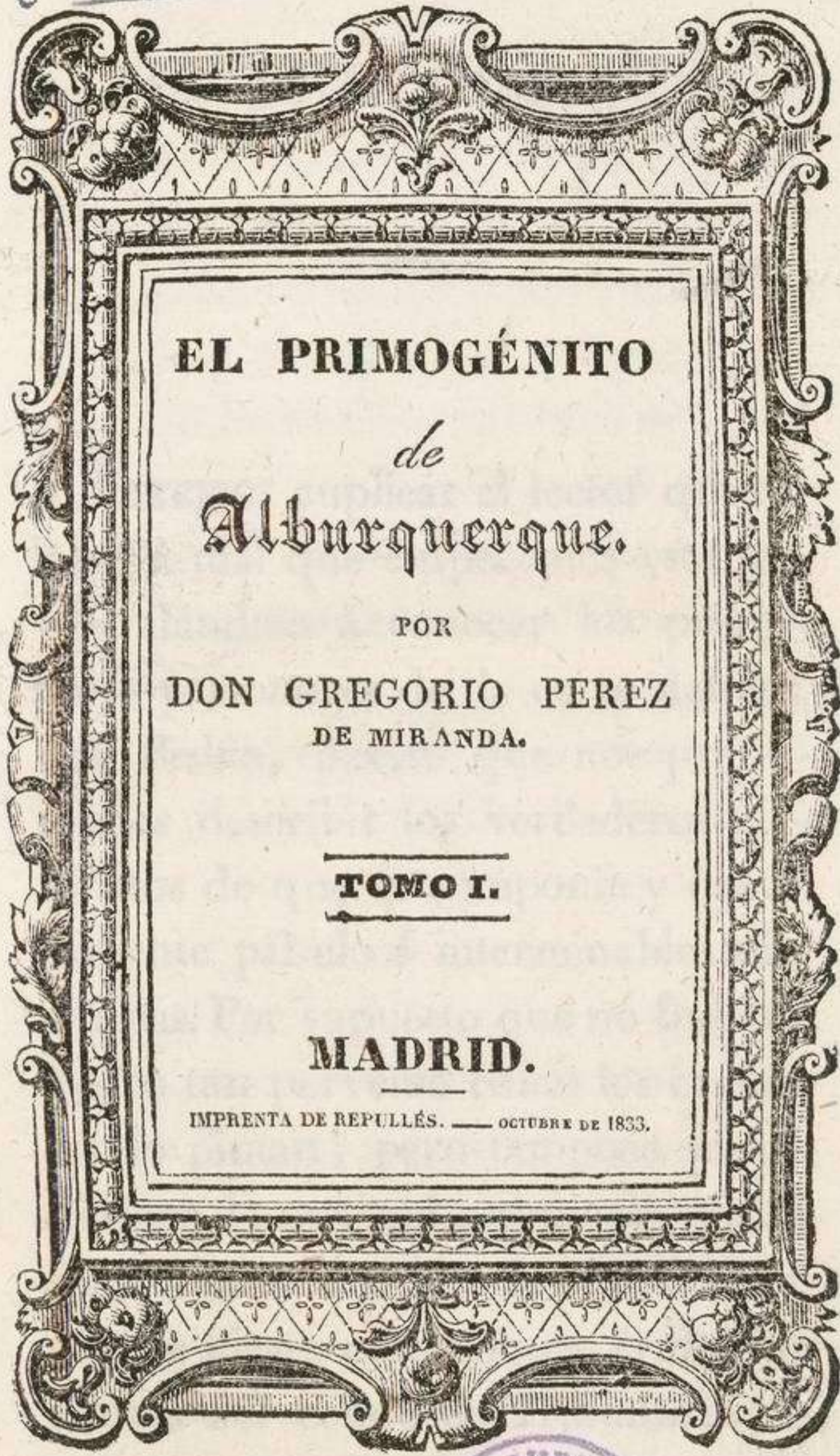
El Primogénito

DE ALBUQUERQUE.

El Seminario

DE ALFONSO QUERQUE

R. 13.593



EL PRIMOGÉNITO

de

Albuquerque.

POR

**DON GREGORIO PEREZ
DE MIRANDA.**

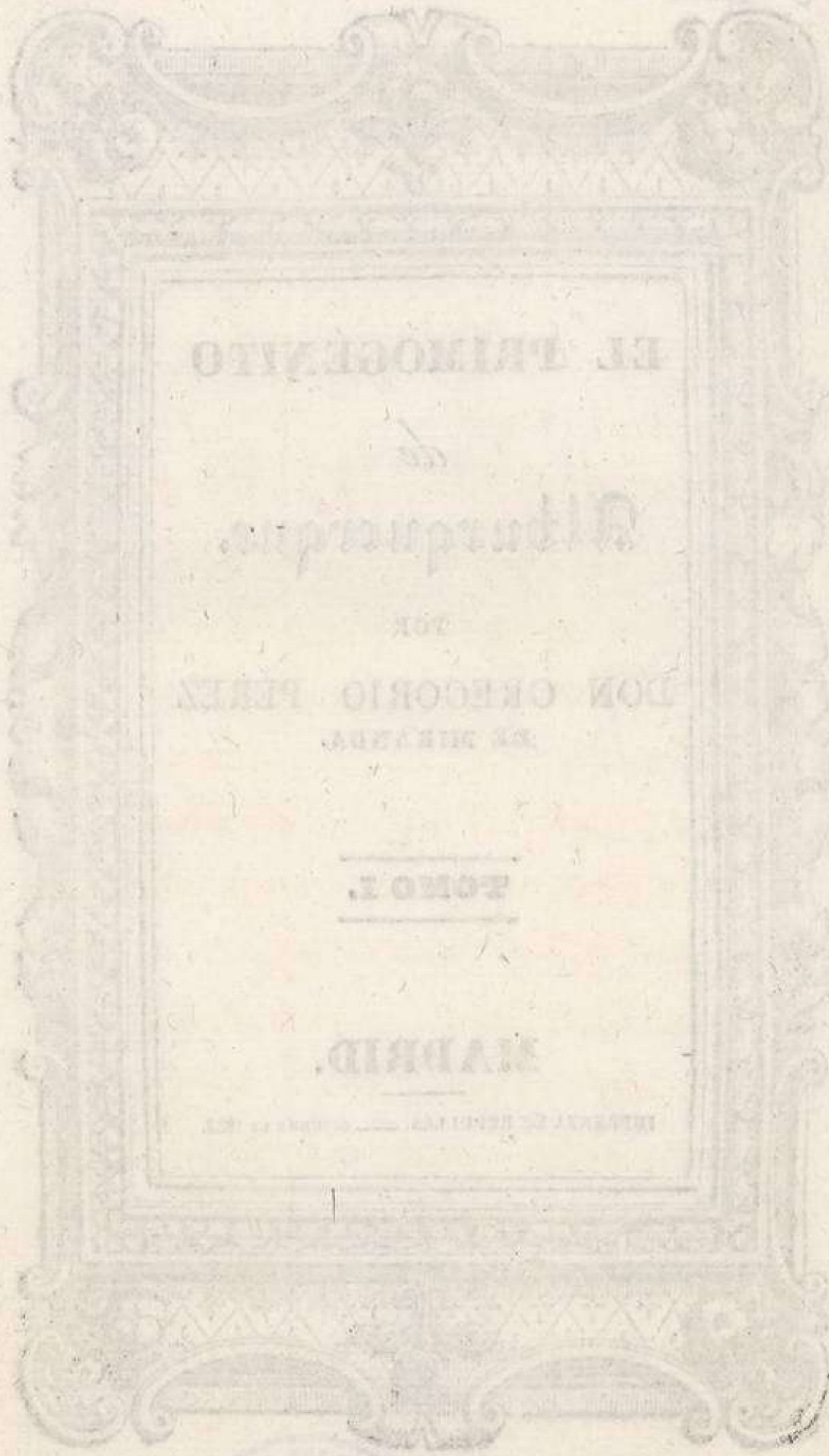
TOMO I.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS. — OCTUBRE DE 1833.



13.193



EL PRIMOGÉNITO

de

Alfonso

de

DON GREGORIO PEREZ

DE MÉRIDA

TOMO I

MADRID

IMPRESA DE MÉRIDA

PRÓLOGO.

DEBEMOS suplicar al lector que no lleve á mal que empecemos esta novela dándole á conocer los principales personajes de la corte del rey don Pedro, puesto que nos proponemos describir los verdaderos elementos de que se componia y daban ardiente pábulo á interminables discordias. Por supuesto que no fue don Pedro tan perverso como los cronistas lo pintan; pero tampoco procedió con la rectitud estremada que en sus acciones suponen los que, llevados de cierto odio contra la descendencia del conde de Trastamara, se esfuerzan en disculpar sus atropella-

mientos. Porque si bien es cierto que la aspereza de la reina y las maquiavélicas tramas de los bastardos lo aguijoneaban, exasperaban y endurecían, no deja por otra parte de serlo que habia ya cierta fórmula de juicio desde don Alfonso décimo, en fuerza de la cual debían castigarse los reos, y no á manera de encarnizado pasatiempo y por una simple indicacion á sayones, maceros y verdugos.

Partiendo de estos principios, y tirando como una línea imparcial entre las acusaciones de Ayala y las apologías del conde de la Roca y el licenciado Ledo del Pozo, consagraremos nuestra pluma á pintar la verdadera índole de aquel célebre monarca, no menos que el original carácter de las revueltas que distinguen su reinado. Pero si á pesar de los datos que nos hemos procurado, y de las

vigilias en tan ásperos estudios consumidas, no pudiésemos presentar un trabajo algo digno de la erudición y cultura de nuestros lectores, les suplicamos que disculpen nuestra presunción ó arrojo, en gracia siquiera del laudabilísimo objeto que nos ha obligado á cometerlo.

vigilia en tan saberos estudios con
 envidias, no pudiesemos presentar un
 trabajo algo digno de la erudición y
 cultura de nuestras lectoras, las su-
 plicamos que disculpen nuestra pro-
 moción o ausencia en esta esfera
 del trabajo, algo que nos ha
 obligado a conmutar.

EL PRIMOGÉNITO

DE

Albuquerque.

~~~~~

## CAPITULO I.

*La noche de Pascua Florida,*

---

**C**UANDO era Sevilla capital de los dominios cristianos de España, contaba entre los muchos barrios el que llamaban de los judíos, cuyos opuestos extremos tocaban por un lado con la puerta del arenal, y por otro con el portillo del carbon. Rodeado de tapia bastante elevada, parecia formar una poblacion diferente, cual si en efecto no debiesen confundirse con el resto de la villa los habitantes de aquel marcado recinto. Cobraba mayor fuerza esta presuncion al notar que se entraba

en él por una sola puerta, que en el momento de que vamos á hablar permanecía cerrada, sin duda para poner á los israelitas á cubierto de las iras del pueblo católico durante las magestuosas preces de la semana santa, ó lo que se presenta como mas verosímil, para impedir que las profanasen, insultando á los adoradores del Mesías.

Todavía no era la media noche de la correspondiente al domingo de la Pascua de flores, y segun cierto uso, antiguamente establecido, los gitanescos marineros del barrio de Triana habian empleado el dia en pasear por las calles la desastrada efigie de Judas Iscariote, prodi-gándole á porfia insolencias y dicterios. Siguiérales con estrepitosa algazara todo el populacho de Sevilla tirándole piedras, atravesándolo con venablos, y aparejando dogales para anunciarle el vergonzoso fin que de mancomun le preparaban. Y despues de haber dado repetidas vueltas, y lanzádole cuantas inmundicias y arrojadizas armas pudieron, encamináronse por



(3)

último hácia el barrio de los judíos, que medrosos escuchaban aquel desencadenado tumulto, y plantando una horca de veinte codos ante la misma puerta que facilitaba la comunicacion en dias de paz, mandáronlo colgar en ella por la propia mano del verdugo, sin cesar en su alarmante vocerío mientras se verificaba la terrible ceremonia.

Este desagradable espectáculo debia permanecer en aquel sitio hasta que la campana solemne de la catedral de Sevilla, volteando rápida sobre sí misma, anunciase á los fieles los festivos cantos del general aleluya. Contemplábanlo los transeuntes con supersticioso terror, y describiendo largo círculo ante el suplicio, apartábanse del barrio judáico, al que no dejaban de arrojar una pasagera ojeada de mal reprimida cólera. Pero despues que las sombras de la noche confundieron todos aquellos objetos, superiores á tal temor, ó sobrado corrompidos para participar del comun celo contra la proscribita nacion judáica, deslizábanse dos jó-

:

venes con furtivo paso y muchísimo silencio por junto los mismos paredones de aquel inmundo cercado. Su ligero andar no producía el mas leve rumor; cortaban el aire con tal destreza que apenas silbaban sus capitas de seda, ni manifestaba azotarlo el suave movimiento de los plumages, lo que no impidió con todo que los olfatease alguno como á distancia de treinta pasos, puesto que con clarísimo y preventivo acento resueltamente gritóles:

— Andad con tiento, señores moriscos, ó vais á dar de hocicos contra el patíbulo de Judas.

— ¿Quién va allá?... preguntó uno de los dos jóvenes.

— Un pobre ciego que ahora sirve de atalaya nocturna, noble señora.

— ¿Nos tomarías en efecto por damas aventureras? dijo el caballero que aun no habia hablado.

— No tal respecto de vos, aunque sí tal en lo que toca al bulto que os acompaña. Pero voy á juntarme con vosotros, y á llevaros por buen sendero, de suerte

que ni caigais en la balsa ni tropeceis con el suplicio.

— Dígote, repuso el primer interlocutor robusteciendo la voz, que aqui no hay sayas castellanas ni batas hebreas... pero ¿por qué no tienes luz siendo atalaya nocturna?

— Apagómela ese maldito viento del Guadalquivir, y á fé que ó yo entiendo poco de achaques atmosféricos, ó debe de estar el cielo encapotado y sombrío. ¿Qué hora será?... paréceme no tardaremos en oir la media noche, momento que ansiosamente aguardan todos los glotones del pueblo, para despues de tan larga abstinencia recrearse en probar algo del cordero pascual.

— Déjate de eso, y llévanos hácia la iglesia mayor, que á mi parecer no ha de estar muy lejos.

— Muy bien, muy bien, replicó el ciego, que gustaba muchísimo de charlar, como sucede á los que carecen del sentido de la vista; digo que os he de encaminar de suerte que eviteis la horca y la

balsa, lo cual no es poco hallazgo para gentes que andaban ya por estos barrios desatentadas y perdidas.

Empezó á andar, y siguiéronle los dos jóvenes con absoluta confianza. Tal era sin embargo la senda en punto á tortuosa y difícil, que tropezaron á muy pocos pasos, aunque sin hacerse mas daño que el de una leve contusion en la pierna.

— ¡Miserable! exclamó echándole mano al báculo aquel de los dos jóvenes que habia hablado primero; ¿es esta la sagacidad que muestras en dirigirnos?

— Pues campad por vuestro respeto, respondió el ciego soltándose y alejándose rápido con singular instinto: bien podeis echar mano á las dagas, que maldito si las temo como me ayuden las piernas.

— No se trata de dagas, buen hombre; llégate sin recelo, y vuelve á encaminarnos por ese nocturno laberinto.

— ¡Y tan torpe me haceis de oido que no percibiera el sonido de las hojas?...

En tanto que esto decia, hablaban los

dos jóvenes entre sí con singular vehemencia. — Indiscreto sois, amigo, y nada reprimen vuestro carácter las circunstancias mas críticas.

— Vive Dios, Martin, que solo tú tienes la culpa. ¿No me dijistes que sabias el camino?

— Pero resistíame en hora tan desusada á la audaz tentativa de correrlo.

— ¡Maldito sea el ciego, y la perra necesidad de valernos de su auxilio!

— No hay que desesperarse; andar con tiento, que mucho será no acertemos con la senda al revolver de esa esquina.

— ¡Qué es acertar, hombre! aunque vayamos discurriendo toda la noche como dos trotaconventos.

— Con todo eso, servíos darme la mano... pero ¿en qué la teneis ocupada?

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... en la capa de ese bárbaro...

— ¡Oh! pues hay eso no tardará en volver por ella.

Apenas acababa de decirlo, cuando

oyeron á sus espaldas una estrepitosa risotada.

— Paréceme que adivino el intrín-  
gulis de ese negocio, interrumpió el cie-  
go sin reprimir la risa: dos muchachos  
todavía barbilindos, apenas salidos del  
cascaron, que han querido ver el mundo  
burlando la vigilancia de algun hidalgo  
vejete. Ya se ve; á fuerza de espadachi-  
nes quisieran matarlo y atropellarlo todo...

— Pero ya conoces tú que fue una  
chanza. Ea, toma tu capa, y condúcenos  
hasta la iglesia mayor, para donde te pro-  
meto un par de cornados.

— ¿Y quién me sale garante de que  
mi señor don Pedro ha de cumplir su  
palabra?

— ¡Oiga! ¿Quién le ha enterado al  
motilon de que tal fuese mi nombre?

— Nadie mas que don Martin, vues-  
tro noble compañero.

— ¿Luego estuvistes al paño oyendo  
el coloquio?

— No, sino desde algo lejos, porque á  
falta de vista háme dado el cielo sutilísi-

mos oídos. Pero venga acá mi capa, y seguid uno trás de otro mis huellas, seguros de que os he de llevar á buen puerto por la recompensa ofrecida. Ea, con tiento y á la buena de Dios, señores estudiantes.

— Por San Pedro de Alburquerque, dijo don Martin andando detrás del ciego, que por jactarte de oído tan perspicaz nos bautizastes en breve con calificaciones bien diversas sin dar en el ítem de la dificultad. ¿De dónde nos tomastes por moros?

— Como que andan muchos por Sevilla de los que hace el rey Alfonso prisioneros ante los muros de Gibraltar, hidalgos todos á la manera de su país, ya sueltos y libres por haber satisfecho sus rescates, nada de extraño tiene que de pronto os supusiera alguno de ellos. Y los pobres tardarán en volver á sus hogares, puesto que el demonio de la peste hace estragos en Granada.

— ¿Qué dices?...

— Y no solo en Granada, sino en el campo de Gibraltar también...

— Habladurías, amigo ciego: si tal

hubiese no dejaríamos de saberlo. Pero volviendo á nuestra duda, ¿qué es lo que hallastes de comun entre nosotros y los rescatados de Algeciras?

— El blando crugimiento de las sedas, pues los únicos son que las usan desde que marcharon todos los hidalgos de Sevilla para brillar en las haces del rey Alfonso. Al principio parecióme almibarado acento de dama la vocecita de don Pedro, convencíme despues que era varon, y como por la ignorancia de las calles os he de suponer extranjeros, inclínome á que seais estudiantes de distinguidas familias.

— ¡Voto al infierno que si fuera verdad lo que nos dice ese pechero, temiera con harta razon por los dias de mi padre! dijo don Martin.

— ¡Ojalá se lleve al mio, exclamó don Pedro, con la cuadrilla perruna de los bastardos por añadidura!

— Por aqui, por aqui, gritóles el ciego metiéndose dentro de un callejon arabesco: ya nos hallamos como á doscientos pasos de la iglesia.



Lanzáronse tras de él, y no tardaron en llegar á la plaza de la catedral. Ofrecia aquel sitio singular contraste con las calles revueltas y sombrías que acababan de correr. Como al dar la media noche empezaban las horas del solemne dia de la Pascua, veíanse en aquel círculo muchos puestos de carne convidando con su limpieza y frescura á los que por el largo término de cuarenta dias se habian privado de ella. Mesas de dulces y de sabrosas frutas alternando con ellos servian de irresistible tentacion á los que dejaban desde aquel momento la aspereza del ayuno, al paso que otras de frescas aguas de limon y de naranja, igualmente brindaban al deleite y al regalo. Entre las diversas gentes que concurrían á la algazara de aquel mercado nocturno, distinguíanse curiosos peregrinos y diestros trovadores, prontos aquellos á referir los singulares lances de sus interminables romerías, y á cantar estos al son del harpa dulces y sabrosísimas trobas. En medio del rumor, producido por el inmenso concurso, oían-

se las cantinelas de los que vendian, las carcajadas de listos y festivos pages, y el robusto son de las campanas, que no cesaban en sus jubilosos volteos. Precedidas de esclavos, llevando hachas de viento, acompañadas de nobles comendadores ú otros respetables caballeros, admirábanse las discretísimas beldades de Andalucía luciendo pomposas galas, coronado el blanco seno de frescas y aromáticas flores. Reconocíanse muchas de ellas al claro reflejo de tantas luces, felicitándose mutuamente con la alegre espresion de *buenas pascuas* acompañada de galan saludo y amabilísimas sonrisas. Y si bien era agradable aquel jovial movimiento despues de tantos dias pasados en el mustio sosiego de recogidas penitencias, no poco contribuía á embellecerlo el grato perfume de los azahares y el suave aroma de las rosas, anunciando á las ninfas del fabuloso Bétis la risueña primavera. Completaban este magnífico cuadro las arabescas lámparas que se veían brillar al través de los portales por entre las susurrantes hojas

de los naranjos, que adornaban los patios interiores de las habitaciones sevillanas. El amoroso son de guitarras, panderetas y albogues daba idea de la sincera alegría de sus dueños, y como el suspirado aleluya, anunciado súbitamente á las gentes por el sonoro metal de cien campanas, iba produciendo maravilloso efecto en el ánimo de cuantos fieles encerraba aquella gran ciudad no menos voluptuosa que opulenta.

— Por vida mia, exclamó don Pedro, que hemos dado con personas que no se acuerdan siquiera del sitio de Gibraltar.

— ¿Que no se acuerdan, señor estudiante?... ignorais por cierto que muchos de esos mercaderes y comendadores de cara tan pacífica y risueña están deseando ni mas ni menos que vos víctimas para la peste.

— ¡Pluguiese al cielo se dirigiesen sus votos contra los infantes bastardos y la pua de su madre!

— ¡No he dicho tal, ni tuve tenta-

cion semejante! exclamó el ciego con cierta especie de recelo.

— Lo siento, amigo, pues estaba tentado de regalar tu caritativo deseo con diez cornados por lo menos.

— Nada me importa, replicó en alta voz: todo el mundo sabe cuánto respeto me inspira doña Leonor de Guzman, la noble dueña... ¡llévese el diablo la barragana! añadió al propio tiempo al oído de don Pedro con sutilísima viveza. — Y no menos veneracion profeso á sus ilustres vástagos el conde de Trastamara y el gran maestro de Santiago... ¡en tal hora los vea yo, ni mas ni menos, que al Judas de esta mañana! repitió nuevamente aproximándose al oído de don Pedro, que con irónica risa aplaudia sus blasfemias. — Por lo demas, nobles estudiantes, continuó en el tono ordinario, hacédme merced de los diez cornados que me prometisteis como no tengais ya necesidad de mis servicios.

— Págaselos, Martin: el hombre los ha ganado con el sudor de su rostro.

— ¿Y cómo quereis que se los pague? respondió Martin en voz baja con un movimiento de despecho.

— Verdad es, replicó el otro dando una patada; hé aqui otra razon para maldecir á los pícaros que en tal miseria nos meten.

— ¿Y mis diez cornados, señores?

— Toma esa cruz en prenda; respondió don Pedro arrancándola de una cadena de oro que le colgaba sobre el pecho.

— ¡Gran merced, gran merced! dijo el ciego, despues de asegurarse por el tacto que la alhaja valia infinitamente mas que sus créditos. Puesto que tan garbosos os mostrais con un pobre diablo, aqui me teneis á vuestras órdenes para acompañaros á cualquiera casa donde se pase alegremente la noche. A mano derecha vive la Gitana, y cosa de trescientos pasos la Cantarilla, esa picaruela recién llegada de Toledo, que alborota los cascos á todos los perfumados caballeritos de la corte.

— ¿Y dónde dices que se eleva el palacio de tan peregrina hermosura?

— En la revuelta del candilejo, señor estudiante.

— Precisamente tenemos que andar por esos barrios, como que deseamos ver y consultar ciertos negocios con Maese-Paolo, el médico veneciano.

— Hombre á quien conozco muchísimo, y cuya casa os voy á mostrar en un momento.

— ¿Sin que te olvides de enseñarme al paso la que con su belleza adorna la Cantarilla?

— Por supuesto, señor galan: nadie podrá acusar de ingratitud al ciego Matías.



---

**CAPITULO II.**
**Fez-Albamar.**


---

**E**LCHARON á andar nuevamente tras del ciego, que se iba abriendo paso á merced de su garrote y de la compasion que escitaban sus lastimosos clamores. En breve salieron del bullicioso torbellino descrito en el capítulo anterior, y se hallaron por calles absolutamente desiertas, en las que podian apretar el paso á todo su talante. Al atravesar cierta plazuela vieron una gran comparsa de músicos que cantaba dulcísimos versos á unas damas asomadas en laboreados miradores. Al reflejo de las hachas de viento que alumbraban á los hijos de Apolo, advertíase la belleza que las recomendaba, no menos que las galas de su trage y el culto donaire de sus personas. Una sobre todo, algo morenita, pero graciosísima y donosa, llamó la atencion de don Pedro, que

dándose al mirarla poco menos que estasiado. Su vestido era mas sencillo que el de las demas, dejando percibir los delicados contornos de su elegante y flexible cuerpo. Caíanle en sueltos bucles los finísimos cabellos, negros, lustrosos como el ébano, y formando sutil velo por sus hombros. Al tiempo que con ardientes ojos contemplábala el hidalgo, asomábase al antepecho del mirador, y decia á la comparsa de copleros que les agradecía el obsequio, pero que la hiciesen merced de tributarlo ó otra dama. Y el metal de voz con que les hizo esta súplica era tan insinuante y sonoro, tan lleno de cortesía y finura, que acabó de dar al traste con la escasa razon que dejáran sus gracias al enamorado mancebo.

— ¿Sabrias decirme quién vive en aquella casa? preguntó á su guia.

— ¿Por la que festejan los músicos direis?...?

— Por esa digo...

— ¿Desde dónde les ha hablado cierta señorita?



— Hombre, sí, la misma...

— La habita don Alfonso Fernandez Coronel... y sin duda dirigíase la música á las peregrinas gracias de su hija la bella Aldonza.

— ¿La propia supongo que acaba de despedir la comparsa?

— Y de arrojarle un bolson que ha sonado agradablemente en mis oídos.

— ¡Admirable, divina, celestial doncella! exclamaba don Pedro... nunca deslumbró mis ojos tan pura y soberana vision. Pero dime, querido ciego, ¿cómo se llama la que de rubio aspecto, alta estatura y magestuoso porte descuella con afligido semblante al lado de doña Aldonza?

— Doña Juana de Castro, la hermana de esa famosa Inés, por quien anda perdido de amores el infante de Portugal á despecho de su padre.

— ¡ Ah !... si tuviese la suerte de fijar un leve momento la vista en los brillantes ojos de mi morena, yo te aseguro que nunca mas se acordára de la Inesilla. Pe-

:

ro marcháronse , cerraron el mirador , desfilan los músicos en busca de otras galerías , y desapareció en un momento la felicidad que me hizo sentir su angelical presencia. Dime , dime por tu vida qué pesar es el que la tiene tan lánguida y melancólica.

— Arcanos son , señor mio , que no los alcanzan los pobres , aunque supongo que ha de motivar su tristeza la peste del campo cristiano.

— ¿ Porque sin duda campeará en él su caballero ?

— Ó por lo menos sus hermanos don Alvaro y don Fernando.

— Eso sí , exclamó don Pedro respirando con mas libertad , aunque no es creible que tan linda jóven deje de tener quien rompa lanzas en su obsequio.

— Por supuesto ; y si no son falsas las voces que entre la plebe circundan...

— Acaba...

— El gallardo don Fadrique , señor de Dueñas , gran maestro de Santiago...

— ¡ Pícaro ! ¿ no te avergüenzas de

presumir que esa hermosísima Aldonza profese cariño á un bastardo?

— Pero bastardo de un rey, y sin que le quite pasar por el mas fino, el mas galan y amable caballero...

— Echa un nudo á esa lengua, parlanchin, díjole don Pedro cual si quisiese descargarle una puñada.

El ciego, olfateando la cólera del quisquilloso mancebo, habíase ya colocado á razonable distancia, y púsose á caminar de nuevo para enseñarles la casa del médico de Venecia. Seguíanle como siempre los dos jóvenes, y mientras parecia don Martin abismado en serias meditaciones, daba el otro riendas á su enojo vomitando injurias contra Leonor de Guzman y los bastardos. En vano advertíale el ciego los riesgos á que le esponia su imprudencia, pues no hacia caso de estos avisos, y continuaba con igual desenfado vertiendo dieterios y amenazas contra la dama favorita del rey Alfonso. Llegaban en esto á cierto sitio en que formaba la misma calle una especie de plazuela, y es-

tendiendo el ciego al pasar la diestra mano, enseñóles con admirable instinto la casa de la Cantarilla.

— Mejor seria, replicó mal humorado don Martin, que tuvieses mas cuenta en guiarnos á la de Maese-Paolo.

— Pues avisad al compañero, que, segun parece, se ha detenido delante de la Cantarilla al efecto de reconocer las avenidas. Por vida mia que es inútil tal atencion para marcar bien la casa: basta la fragancia de los jazmines que forman frondoso pabellon en su ventana morisca.

— ¿Y me aseguras, dijo á la sazón don Pedro, que la muchacha es digna de los obsequios de un hidalgo?

— Mucho mas fresca que esas flores tan aromáticas de su morada, mas alegre al corazon que el dulce canto de nuestros joviales galeotes. Pero alto, que ya llegamos á la madriguera de Maese-Paolo, hombre docto por demas, y segun mis camaradas propalan versado en las brujerías de la cábala.

Asi diciendo, llamó repetidas veces á

la puerta hasta que se asomó una vieja por una especie de agujero que sin duda servía de claraboya á la escalera de ojo que tenía la casa. Preguntó quiénes eran y qué negocios traían, pero habiendo conocido al ciego, y enterada por él de que conducía dos hidalgos deseosos de consultar con el doctor ciertas dolencias, abrióles é hizoles subir á una estancia cómodamente espaciosa. Como la casa carecía de patio exterior y era sumamente humilde la escalera, causó notable sorpresa á nuestros jóvenes verse en un aposento adornado con pérsicas alfombras, al cual alumbraban de noche dos soberbias lámparas de alabastro, y las luces durante el día de cierto jardín contiguo. Solo media-ba entre sus floridos cenadores y la pieza de que hablamos una galería arabesca, cuyas delgadas columnas sostenían al parecer arcos sumamente notables por su primorosa gallardía. Advertíase en medio de la pieza una gran mesa llena de manuscritos é instrumentos mágicos, propios en aquella época remota para inspirar ter-

ror á los crédulos, y en torno de las paredes grandes almohadones para que al estilo musulman se acomodasen las gentes.

— Por vida mia, dijo don Pedro en cuanto hubo salido la dueña, que si el amigo Cabeza de Vaca averigua que me falta la cruz de esta cadena tenemos hocico para largos dias.

— Contábame cabalmente ayer mismo que se la dió Maese-Paolo despues de haberla hecho bendecir en Aviñon por el Sumo Pontífice.

— Me importa un bledo, amigo Martin; no parece sino que desde que me la eché al cuello se hayan agolpado sobre mí toda clase de desdichas.

— Pero ninguna iguala á la que afrentó esta mañana las canas de su antiguo dueño.

— ¿Y acuérdaste todavia de aquel bofeton tan recio y oportunamente aplicado?

— Me acuerdo, porque no es de pecho hidalgo ajar en tales términos á un pobre anciano, á un honrado caballero.

— Pero déspota por demas, y precia-

do de sí mismo, que en todo se mete, y nada le parece sano como no lo toquen sus dedos.

Entraba á la sazón Maese-Paolo con aire respetuoso y reverencias profundas, porque las capas de seda y los brillantes penachos indicaban á tiro de ballesta distinguida cuna y prodigalidad espléndida.

— Es preciso, díjole don Pedro interrumpiendo sus genuflexiones, que aviseis inmediatamente al granadino Fez-Alhamar á fin de que ponga en movimiento los arcanos de su ciencia.

— Ha venido únicamente para entender en el rescate de los de su nacion.

— Está bien, mas no por eso le dejei de anunciar nuestra llegada.

— Es que está descansando en su estancia desde que se puso el sol...

— Replico que le aviseis...

Y sobrecogido el médico del tono de autoridad con que le repetian tal orden, hizo nuevo acatamiento, y metióse en lo interior del edificio.

— Vuelvo á decirte, prosiguió don

Pedro al quedarse á solas con su amigo, que el viejo Cabeza de Vaca es hombre para mí indigesto si los hay. Tu mismo padre el señor de Alburquerque, que tanto derecho tiene, como ayo nombrado por el mio, á tratarme con alguna severidad, se me manifiesta mucho mas complaciente que ese demonio de Ruy-Diaz, vigésimo nieto del Campeador.

— Pero mas digna de elogio es su ruda franqueza, que de los grandes la adulatora lisonja.

— ¡Lisonjas!... ¡cuando me dejan sin un par de alfonsis con que gratificar á un ciego que me sirve de lazarillo! Hasta mi madre me tiene careciendo de todo, cosa tanto mas irritante cuanto que su escudero Gonzalo-Gomez, sin otros méritos que su estatura colosal y su agradable presencia, no carece de ningun regalo. ¡Ah! ¡Cuándo lucirá ese dia de apetecidas venganzas en que manifieste al mundo hasta dónde alcanzan los brios de mi carácter y el recuerdo de los pocos que como tú me favorecieron! Pero oigo



crugir la luenga bata del moro, y acaso lograremos de su labio alguna luz acerca de este arcano.

No tardó á presentarse Fez-Alhamar, previniendo desde luego en favor suyo la elevacion de su talla y la magnificencia de sus holgadas vestiduras. Su edad no pasaba de los cincuenta, y su rostro, al propio tiempo que vivaz y enérgico, estaba revestido de cierta magestad y decoro. Levantáronse al verlo los dos jóvenes por un natural impulso de veneracion á su saber, pero despues que hubieron vuelto á sentarse, dirigióle don Pedro la palabra en estos términos:

— Sabio señor: mucho he oido hablar de vuestra ciencia á cierto caballero que os ha conocido en Granada. No dudo por consiguiente de que sea justa la universal reputacion que mereceis, aunque no puedo menos de deciros que os desafio á que me digais quién soy.

— ¡Quién sois!... ¿y quereis que yo os lo diga, cuando ni vos podeis decirlo?

— No me querais deslumbrar con

cláusulas de pedagogo, indignas de un infiel que sabe tanto.

— Pues vuelvo á aseguraros, señor hidalgo, que no sabeis en este momento lo que sois; ó si lo quereis de otro modo, que no sois lo que creéis.

— Dejémonos de equívocos y retruécanos, y echad una ojeada á esa mano á ver si traslucis por sus líneas algo del destino que me espera.

— Escelente arbitrio para los gitanos y los impostores de occidente, no para los que nos limitamos á estudiar las pasiones de los hombres en las líneas con que el cielo marca sus varias fisonomías. Partiendo de este principio, no me jactaré de vaticinar á los que me consulten los acaecimientos en que deben tropezar, aunque sí darles una idea de su índole, y asegurarles el odio ó la proteccion del Altísimo, segun la docilidad con que se presten á mis consejos.

— ¿De manera que toda vuestra sabiduría no sirve de mas que de olfatear los vicios de la juventud, y echarla un

largo sermon para que se aparte de ellos?... Os aseguro que el caballero que os ha conocido en Granada sabe tanto de eso como vos y como cualquiera otro.

— Y aun si vale decir verdad, se lo echasteis ayer mismo en cara con insupportable dureza...

— ¿Quién os lo ha dicho?...

— Y no paró en esto vuestra desatenta cólera, sino que descargasteis la mano en su venerable rostro, armada con esa propia cadena que ahora os adorna el pecho.

— ¡Cómo! replicó don Pedro revolviendo los ojos y encarándose con su amigo; nadie mas que tú ha presenciado tal escena...

— Y si considerais, observó don Martin no menos sorprendido, que no os he abandonado un solo instante, y que el caballero sobre quien recayó la ofensa lo dejamos en secreto coloquio con vuestra madre, no podreis menos de convenir en que aqui hay una inteligencia superior á nuestros alcances. Ademas, Fez-Alhamar,

segun dijo Maese-Paolo, estaba descansando en su lecho desde los postreros rayos del dia...

— Lecho que no he dejado, interrumpió el astrólogo, hasta que me participaron vuestro empeño...

— ¡Luego es indudable, exclamó don Pedro, que teneis inteligencia secreta con las potencias del abismo!...

Levantáronse medio asombrados los dos caballeros, pero habiéndoles insinuado el moro que no se moviesen por medio de grave é imperioso gesto, volvieron á ocupar no sin cierto terror involuntario sus asientos. Acercábase don Pedro á su amigo don Martin, que si bien sobrecogido y dudoso, no tanto manifestaba inquietud débil como cierta curiosidad y desasosiego varonil. Al mismo tiempo cubríanse de sombría nube los imponentes rasgos de Alhamar: juntábanse sus pobladas cejas, brillaban con extraordinaria lumbrere sus africanos ojos, y fijándolos en ambos jóvenes ni mas ni menos que el águila audaz en la fascinada presa, aterraba

al pusilánime don Pedro, y producía enojo mezclado de asombro en el pecho impávido de su amigo.

— Ya he leído, gritó al fin encarándose al primero con voz denodada y recia, lo que pasa en lo íntimo de vuestro espíritu... en vano presentais á mi penetrante vista esos rasgos tan delicados como bellos, esos ojos azules que me indicaron al pronto alma compasiva y tierna... ni tales perfecciones, ni las que brillan en esa cándida frente y en la magestad de toda vuestra persona han bastado á deslumbrarme, han impedido que alcance el orgullo de vuestro pecho, la ambicion que os devora, las cínicas pasiones, en fin, que envilecen tantas gracias. Si no moderais el ímpetu desenfrenado de vuestros deseos, si persistis en mantener ardientes los vicios cuanto helado é insensible el corazon, ellos han de reventar como un volcan, y acabar con vuestra propia existencia...

— ¡Qué decís!... exclamó el jóven fijando unos ojos desencajados en el semblante misterioso del astrólogo.

— Que como no deis de mano á las perversas inclinaciones que emponzoñan vuestro espíritu...

— Basta, interrumpió colérico don Martin; confiasteis sobrado en la fama de vuestra sabia reputacion y en el infernal prestigio de vuestras artes, siendo asi que solo apreciaremos aquella segun la medida y el decoro de vuestras voces, y daremos á estas algun valor segun el carácter mas ó menos noble del mortal que las profesa. ¿Cómo es posible que no hayais traslucido en mi rostro la firme resolucion de nunca permitir que ultragen á mi amigo?

— ¡Tu rostro!... no es la belleza que lo adorna tan halagüeña y delicada como la del hidalgo que defiendes; pero atrae por su carácter heróico, y por los raptos de un alma no menos generosa que dispuesta á enarbolar las banderas de su rey en Aragon y en Granada.

— Permitid os diga que no me parecen mas justas esas alabanzas que los dicterios que á mi ilustre compañero prodigasteis...

— ¿Y por qué no han de ser justas?... interrumpió don Pedro con mal disimulada amargura; ¿por qué no han de serlo, puesto que sienta de continuo ensalzar tus méritos á costa de los elogios que se deben á mi gerarquía? Y no menos fácil el buen astrólogo que los demas, recreáse en pintarte como un modelo de virtudes, al paso que me presenta ni mas ni menos que un pícaro manchado de crímenes.

— No como un pícaro ya encenagado en ellos, sino como un hombre inclinado á cometerlos, que debe moderar con sumo arte el ímpetu de sus crecientes pasiones.

— Digo que sois injusto ademas en ese atropellado juicio, repuso el jóven brotando de sus ojos una lágrima de despecho; y que no es depravada mi índole, sino que se deleitan en ostigarme y contradecirme. Las gentes no me hacen caso, replícanme con insolencia los criados, me persiguen de muerte los parientes...

— Pues os aseguro que nunca ha sido amenazada vuestra vida, y que lo será mucho menos desde hoy.

— ¿Es cierto?... ¿Hablais de veras? preguntó respirando con mas libertad.

— Las desgracias de que os lamentais van en breve á tener fin.

— ¿Y es ese con seriedad vuestro vaticinio? volvió á preguntar chispeándole de alegría los ojos en que brilló poco antes un vengativo despecho.

— Solo de vos desde hoy depende la felicidad ó la desgracia de vuestra vida. Como concedais la confianza á un hombre recto, á un amigo imparcial que prósperamente os guie por el tortuoso laberinto...

— Acabemos, Fez-Alhamar; ¿cuál es la mudanza que vuestras palabras me anuncian?

— La que puede seros harto funesta si careceis de quien sabiamente os dirija.

— Esto no es satisfacer mi curiosidad...

— Infeliz de vos como no deis oídos



á las insinuaciones de hombres bien intencionados y discretos...

— ¿Y sin duda, interrumpió don Pedro con sardónica sonrisa, no puede ser otro que el célebre Fez-Alhamar ese modelo de privados, ese dechado de amigos, ese rarísimo fénix de los consejeros?

Al eco de semejante insulto no pudo ocultar el árabe un súbito movimiento de enojo; pero reprimiéndose al instante, soltó nuevamente la voz con aparente calma á estas razones.

— ¿Qué otro interés que el del triunfo de la justicia mover á un musulman pudiera para inspirar á un cristiano sentimientos de virtud, ni qué otro principio que el de la eterna verdad me infundiría el noble estímulo de desarraigar de vuestro pecho un desnaturalizado rencor?

— ¡Desarraigarlo! gritó don Pedro rechinando los dientes... ¡ah! jamas perdonaré á mis enemigos... ¡recrearéme en perseguirlos hasta la muerte!...

— Pues bien, replicó el árabe con

:

voz de trueno; la venganza llama venganza, y entre la misma sangre que bárbaramente viertas confundiráse la tuya...

— ¡La mia!... ¿no me dijisteis hace poco que no corria peligro alguno?

— Remueve las calientes cenizas del volcan, continuó el moro aun con mas vehemencia, incendia la petrificada lava que lo circunda, y verás un rio de fuego bajando tortuoso desde la cumbre, atropellándolo todo, y metiendo desolacion y espanto en estos reinos. Caerá el hermano atravesado por la lanza del hermano, el amigo bajo la cimitarra del amigo...

— En hora buena, atajóle el mozo devorado de un rabioso frenesí; caigan, perezcan, arruínese todo, como vea primero á los bastardos luchando con las últimas agonías...

— ¡Los bastardos! repitió el astrólogo súbitamente calmándose: ¿con que aludiais á los bastardos?

— En efecto; ¿é ignorábaslo á pesar de tu decantada ciencia?...

Esta confirmacion acabó de apaciguar al astrólogo, en cuyo rostro ya solamente se notaba algun resto de la agitacion primera.

— ¿Y habeis resuelto haceros reo de un execrable perjurio?

— ¿Qué perjurio?

— ¿No jurásteis ante vuestro padre amar y proteger á los bastardos despues de su muerte?

— Y aun cuando asi fuese, y no se haya ocultado semejante escena á tus artes, en nada estimo el juramento, porque no lo hice sobre el relicario que tengo en particular veneracion, y que ahora me protege contra tus diabólicos conjuros.

— ¿Y los juramentos que pronunciais en su nombre, son para vos eternamente sagrados?

— Como que nunca se dirá que haya cometido la irreverencia y la maldad de faltar á ellos.

— Pues oid mi vaticinio, ó jóven...

— Habla, moro, interrumpió don Pedro arrimándose á su amigo...

— Y nunca olvideis por vuestra propia salud que solo se encierra en mis palabras la mas desnuda verdad. Si violais algun dia cualquiera juramento pronunciado sobre ese particular objeto de vuestro culto, sereis castigado por el cielo con muerte violenta y súbita...

— ¡Ah!...

— ¡Silencio!... mis ojos penetran por el denso velo de lo futuro, un férvido entusiasmo arrebatada mi mente á los siglos venideros, ábreme el ángel de la muerte el misterioso libro donde se lee con diamantinos caractéres el destino de los hombres, y paréceme divisar por un lado las opulentas galeras de Aragón y por otro los turbantes de Granada. Largo rumor, sordo y repentino tumulto se percibe por las costas berberiscas... todos á la par revuelven contra el trono de Sevilla, anuncianle destruccion, deséanle cobarde ruina y...

— ¡Cesa! exclamó don Martin viendo que al eco de estas voces pronunciadas por un hombre, al parecer inspira-

do, y que habiéndose puesto en pie semejábase al tétrico reflejo de aquellas lámparas un genio vomitado del abismo; enflaquecía el valor de don Pedro de suerte que pálido y desencajado hubo de apoyarse en los hombros de su amigo. Reparólo también el árabe, y cortando en el mismo instante su discurso, arrojóle significativa mirada de desprecio.

— Cesaré, dijo al fin con reposado acento: ¿quién había de figurarse que viniese á consultar á un mago tan tímida mugercilla?... no importa... el tiempo revelará la verdad de mis predicciones: ó ese hombre corta desde su juventud temprana las venenosas pasiones que lo inflaman, ó atrae sobre su privilegiada testa el rayo de la cristiandad y las lanzas de marruecos. Y no atribuyais á impostura los vaticinios de la ciencia: cuando caen los tronos y se vengan los magnates y descenden de ásperas sierras hordas impetuosas y salvages, mudos yaceis de asombro porque solo contemplais en el orbe acaecimientos á un azar debidos, y efec-

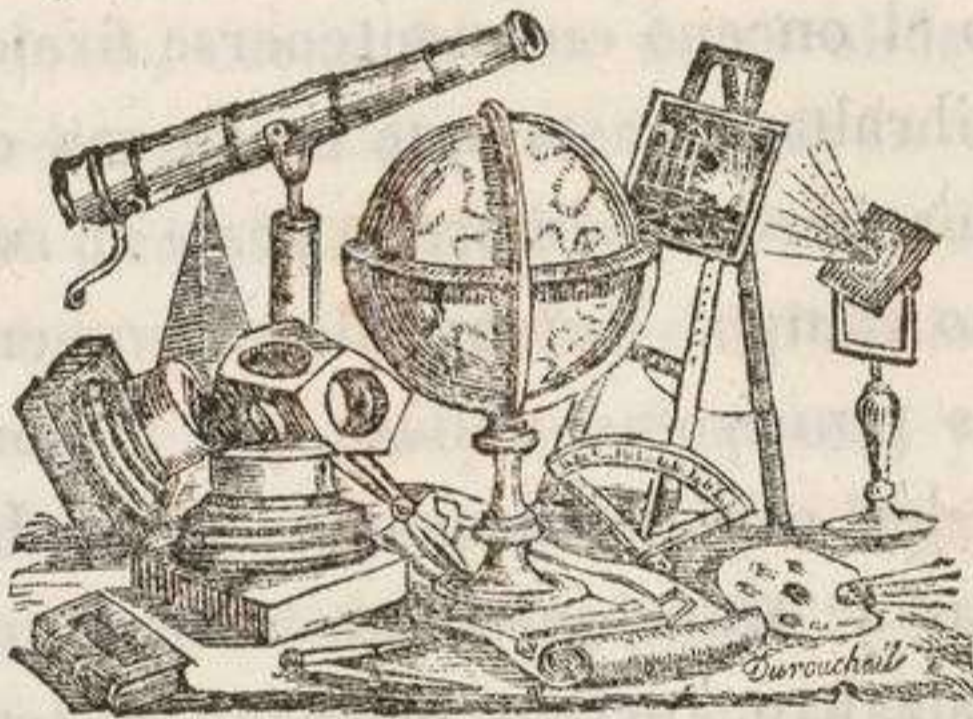
tos sin causa, y consecuencias sin antecedentes. Vivís como el árbol que vejeta, vejetais como la piedra que existe, existís sin curaros de disipar las obscuras nieblas que os rodean, y riendoos de esa mágica influencia de los astros que eleva y abate los imperios, y puebla y despuebla á su antojo los desiertos áridos y las apacibles riberas...

Atajaron repetidos golpes réciamente aplicados á la puerta estos sublimes razonamientos del astrólogo, no menos que cierto marcial rumor producido por la tumultuosa concurrencia de los caballos y cautivos que formaban su soberbia comitiva.

— Hé aqui, exclamó, el momento de mi partida: alienta á ese amigo tuyo, noble don Martin, haz que resuenen mis palabras en su corazon, y que no crea que me he deleitado en irritarle cuando me interesaba en instruirle. Llámame el monarca granadino, porque la espada del ángel de la muerte acaba de herir á sus pueblos... Tambien tocó con ella el

ensoberbecido campo de los cristianos, y en cuanto despunte la aurora sabreis cuál ha sido una de sus primeras víctimas.

Dijo, y saliendo Maese-Paolo á su encuentro, saludó gravemente á entrambos jóvenes, y desapareció de la estancia.



---

---

**CAPITULO III.**

Los riesgos que corre un galan de  
media noche.

---

**U**n singular acaecimiento cambiaba efectivamente el aspecto político de los negocios de Castilla. A pesar de los saludables avisos de los capitanes, empeñárase Alfonso el onceno en mantenerse firme ante Gibraltar, hasta que en fuerza de tal obstinacion introdujose la peste en su vastísimo campo. Veíanse flotar por encima de las numerosas tiendas que lo componian los orgullosos pendones de Laras, Cerdas y Manriques, no menos que los que alzaban ínclitas mesnadas extranjeras. Cruzaban en todas direcciones caballeros armados de punta en blanco, soldados arrastrando máquinas guerreras, y tambien varoniles damas montadas en brillantes palafrenes. Pero la tienda mas curiosa por su primor y riqueza era la que



habitaba doña Leonor de Guzman, dama favorita del rey don Alfonso y madre de los infantes bastardos don Fadrique, don Tello y don Enrique el conde de Trastámara. Y en tanto que vivía el rey amorosamente preso en los alhagos de la bella y artificiosa Guzman, pasaba su legítima esposa la reina doña María fastidiosos días lejos de la corte con su hijo don Pedro, único heredero de la corona castellana. Lamentaban los buenos este abandono, causa futura de rivalidades y discordias; pero era tan denodado capitán el undécimo Alfonso, tan decidido á marchar contra los infieles del reino, que disimulábanle semejante flaqueza, y aun adulábanle á veces tributando honores y aplausos á la beldad protegida.

En esto comunicase la peste al campo de la cruz, y empieza á reinar la consternación y el desaliento donde se hacía poco antes alarde de ínclito esfuerzo y de esplendoroso triunfo. Los capitanes, la dama favorita, los infantes bastardos y cuantos caballeros de nota ennoblecían el

ejército, corrieron en tropel á las tiendas de Alfonso, conjurándole para que se pudiese en salvo de tan desgraciado azote. Agradecióles el monarca aquellas demostraciones de sincero interés, pero creyendo que su ausencia habia de enflaquecer los ánimos, negóse resueltamente á sus repetidas instancias.

— Antes que todo, decíales, debo mirar por el honor de la cruz y la salvacion de mis pueblos. ¿Qué se diria en el orbe cristiano si acobardados por el amago de una enfermedad pestilente levantásemos el sitio? No solo consiste el valor en arros- trar con pecho impávido las lanzas de los infieles, sino en menospreciar tambien cuantas calamidades trae consigo la laudable pertinacia de arrojarlos de mis reinos.

En valde opusieronse razones á estas razones, en valde las lágrimas de Leonor regaron sus ilustres plantas; el héroe mantúvose firme, y tomando la espada y arrojándola desde su tienda con pujante diestra, juró no salir del término que ella

marcaba antes que ondeasen sus pendones en las torres de la musulmana villa. Mu- dos de terror y asombro, inquietos por la vida de su natural señor, cuanto íntima- mente convencidos de que no habria po- der humano que le hiciese desistir de re-olucion tan heróica, inclinaron aquellos ilustres gefes sus laureadas frentes, y fué- ronse á los diversos cuarteles del campa- mento para atender á los enfermos y pre- pararse al asalto. Dentro de pocos dias cun- dió el aciago rumor de que el rey habia sido víctima de la enfermedad: voz al principio de las que se atribuyen á la malevolencia ó á la ociosidad, pero que insensiblemen- te fue tomando cuerpo á pesar de que na- da indicaba en la real tienda tan desas- troso catástrofe. Ocultábalo en efecto do- ña Leonor de Guzman con los grandes de su partido, temerosa de publicar tal fa- llecimiento antes de haber bien prepara- do las resultas. No obstante, don Juan Alonso de Alburquerque, como suma- mente interesado en semejante averigua- cion por ser el apoyo de la reina doña

María, llególo al fin á traslucir, y envió un oculto mensaje á esta señora, la cual hacia muy pocos dias que desde Toledo se habia trasladado á Córdoba.

Apenas recibió tan importante aviso se puso en marcha para Sevilla, llevando consigo al infante don Pedro, que contaba á la sazón sobre diez y siete años. El caballero Ruy-Díaz, llamado Cabeza de Vaca, mayordomo mayor del señor don Juan Alonso, formaba la comitiva de esta menospreciada reina, al paso que don Martín de Alburquerque, primogénito de esta ilustre casa, iba acompañando al príncipe, á quien era deudor de la amistad mas estrecha. Jóvenes ambos de una misma edad, aunque de muy distintos caracteres, comunicábanse todas sus ideas y pensamientos, y mantenian entre sí íntimo y provechoso comercio.

Mientras la abundancia, las riquezas y un lujo verdaderamente oriental decoraban los alcázares de doña Leonor de Guzman, y mientras desplegaban sus hijos deslumbradora magnificencia en luci-

das cabalgatas y torneos, la reina doña María no pudo hallar en Córdoba suficiente dinero para emprender su viaje á Sevilla sin dejar en prenda sus mejores alhajas. A pesar de este doloroso sacrificio apenas le fue posible reunir la necesaria suma para que la acompañase razonable número de criados, los que acaudillar debía su escudero mayor Gonzalo-Gomez, persona particularmente merecedora de su mas íntima confianza.

Al llegar á Écija recibió un aviso del caballero que mandaba en Sevilla, en el que manifestándose secretamente informado por Alburquerque del estado de los negocios, la aconsejaba introducirse de rebozo en el alcázar, donde él se proponía aguardarla para tratar el modo de que se realizasen los proyectos de ambos. Añadíale tambien que podría darle noticias muy fidedignas de lo que iba pasando en el campamento, puesto que el árabe Fez-Alhamar aguardaba por horas la llegada de un mensajero sumamente fiel.

Nada de esto comunicó la reina á su

hijo en razón á que temia sus arrebatos y despreciaba su carácter. Persuadida por Alburquerque de que proporcionándole pasatiempos y placeres seriales sumamente fácil reinar en su enflaquecido espíritu, lisonjeábase de tomar algun dia en su nombre las riendas del Estado con este audaz favorito, risueña esperanza que estaba acaso muy próxima á realizarse. Era temible no obstante el partido de los bastardos: Leonor de Guzman tenia á su devoción muchos castillos, y el de Trastámara y el gran maestro, además de su consideración y sus tierras, contaban con un razonable número de caballeros y ricos hombres. Mozos de temprana edad y acreditado valor, gallardos y lujosos, prodigos y cortesanos, habíanse atraído la flor de la nobleza, y persuadíanse con suma razón de aventajada influencia en el ejército. No era de consiguiente un capricho mugeril el recelo de que oponer pudiesen grandes obstáculos á la elevación del príncipe, sino temor sobradamente fundado, contra el cual se hacia indispen-

sable tomar medidas no menos vigorosas que discretas. Y como no solo se trataba de que reinase don Pedro, sino de que Alburquerque y la reina lo practicasen en su nombre, acordaron desde luego á mostrarse con mas empeño y ahinco firmes, decididos y valientes.

Durante el viaje de Córdoba á Sevilla eran por tanto frecuentes las conferencias entre la reina y Ruy-Diaz, mayordomo de Alburquerque, en las que tambien terciaba el escudero Gonzalo-Gomez. La especie de afectacion y reserva que se notaba en tales coloquios irritaba al infante, que sin duda se creía con un derecho muy positivo á que tuviesen la atencion de enterarle de su objeto.

— ¿Qué diablos trata mi madre con el escudero? preguntó ásperamente á Ruy-Diaz: cuidado que andan todo el camino como si combinasen un asalto contra moros.

— Cuando S. A. lo llama tan á menudo, creed que tendrá razones sumamente poderosas para obrar asi.

— Chócame con todo la impertinente familiaridad de ese fatuo.

— La reina, señor, es dueña de sus acciones y...

— Tampoco tardaré yo en serlo de las mias; pero no se trata de eso, si no de que me digas la causa de tan intempestivos cuchicheos.

— Juzgo que poco tardareis en saberla.

— ¿Y quién me la ha de decir?

— Sin duda, replicó sonriéndose, el sapientísimo Fez-Alhamar.

— ¿Y crees que me tome el trabajo de ir á preguntárselo á Granada?

— Es que habita á estas horas la casa de su amigo Maese-Paolo en Sevilla.

— ¿De veras?... ¿y me será lícito preguntarle y consultar esa maravillosa penetracion de que blasona?

— Sin la menor duda.

— ¿Y es cierto lo que cuentan de que lee en la bóveda celeste el destino de los hombres?

— Certísimo...



— ¿Pero sin que anden mezcladas en tales revelaciones las potencias del abismo?

— No sé qué responder á eso, aunque sí que es mago de tal calibre que hoy mismo hará caer una estrella del firmamento para que otra brille en lugar suyo.

— Siempre fuistes, Cabeza de Vaca, un viejo remolon, un vil talego de maullas... veo que te quieres divertir á costa de mi credulidad; pero dia vendrá en que me pagues algo caras tales burlas.

Al decir esto dió con la espuela al caballo y fuese al alcance de don Martín para contarle lo que le acababa de decir el estantigua del mayordomo mayor. Mucho habian oído ponderar los dos amigos los vastos conocimientos de Fez-Alhamar, y enterados por lo que se ha visto de que se hallaba en la capital, propusiéronse decididamente consultarle, de suerte que ardian de impaciencia para verificarlo sin que nadie lo supiese.

Las once serian de la noche cuando

;

secretamente se introducía la reina en el soberbio alcázar de Sevilla. Aguardábanla allí con todo sigilo Lope de Avendaño, adelantado de la frontera, el gobernador de la ciudad y el árabe Fez-Alhamar, que acababa de saber de positivo la muerte de don Alfonso. Merced á los esfuerzos y actividad de Alburquerque, habia proclamado el ejército al infante don Pedro rey de Castilla y de Leon, bien que el primer hidalgo encargado de anunciar á la reina tan fausto acontecimiento fuera detenido en Medina-Sidonia, villa perteneciente á doña Leonor de Guzman, la propia que en su nombre mandaba el padre de la linda Aldonza don Alonso Fernandez Coronel.

Al tiempo, pues, que la reina y sus secuaces conferenciaban entre sí acerca del modo de llevar adelante sus vastísimos proyectos, nadie se ocupaba de don Pedro, cuyo enojo subia de punto al verse tan desgraciado ó desatendido. Lleno de amargo despecho, y ardiendo por desahogar su cólera contra alguno, empezó á

ultrajar á Ruy-Díaz, honrado y pacífico anciano, que apenas sabia cómo contestar á sus dieterios. Mas irritado el príncipe con la sumision decorosa de sus respuestas, pedíale cosas que el sustituto de su ayo no le podia conceder, y levantando entonces la mano armada por casualidad con la cadena de oro que hemos dicho, aplicóle un bofetón tan recio que le bañó las mejillas en sangre. Apenas acababa de sufrir esta afrenta, cuando llamado por la reina corrió á su estancia y enteróla con sentidísimas razones ante el gobernador y el astrólogo del bárbaro tratamiento que debia al carácter díscolo del infante. Todos quedaron atónitos al eco de semejante ultraje, y empezóse una discusion muy animada en orden á la índole de un jóven que se anunciaba con tan atrevida violencia. Sobre todo, Fez-Alhamar tomó mucha parte en tal contienda, porque habiendo sido el verdadero objeto de su venida negociar una tregua para echar las bases de paz algo sólida y duradera, y encontrando viva opo-

sición para ello en el recio carácter del rey Alfonso, debía necesariamente interesarse en recoger nociones acerca de la condición de don Pedro. Y adivinando la reina por una especie de instinto los ulteriores disturbios que affligirian á Castilla, apresuróse á entrar en las miras del monarca granadino, para lo que firmó en nombre de su hijo una orden al efecto de que el favorito Alburquerque arreglase con Fez-Alhamar las bases de semejante tratado.

Don Pedro y don Martin, retirados en tanto en uno de los aposentos del alcázar, divertíanse oyendo á Zafiro, único page del primero, mozo de africano origen, y por consiguiente sumamente vivo y malicioso, la descripción que les hacía de los preparativos que acababa de notar en Sevilla para celebrar el toque de la media noche. Según él no había casa de donde no saliesen sabrosísimas fragancias, ni plaza pública que no escitase el apetito con voluptuosos dulces, rancios licores y limpios cuartos de cordero. Y al

ver que su amo escuchaba tal relacion, no sin cierta complacencia, adornóla con la belleza y el donaire de las muchachas que cruzaban por estos mercados, invitando á los transeuntes á ir á celebrar en su compañía el momento de poner fin al áspera penitencia cuaresmal.

— Puesto que V. A. quiere acostarse, continuó el page alentado por el buen humor que le mostraba don Pedro, déme permiso para salir del alcázar é ir á recrear el olfato en las comilonas que en tantos sitios preparan.

— ¿Y cómo te gobernarias para ello, siendo así que participas de la especie de cautiverio en que me tienen?

— ¡Toma!... escurriéndome por cierto portillo que solo tiene cerrojos de parte de adentro, y en el cual ninguno de esos feos alabarderos hace la guardia.

— Mil gracias por el aviso, amable page, y cree que cuando me halle con alhajas ó dinero no dejaré de agradecer-telo. Ea, Martin, no podia presentársenos ocasion mas propicia: salto de mata,

y no perdamos minuto para consultar á nuestro astrólogo.

Salieron esto dicho, guiándolos Zafiro hácia el portillo, en donde convinieron que les aguardaria hasta su regreso. Cerraron tambien el aposento que les estaba destinado para que creyese Ruy-Diaz que se habian recogido, y empezaron á andar por aquellas calles sin norte alguno, bien que como han visto nuestros lectores deparóles su buena suerte un eminente piloto en el sagacísimo Matías.

Fácilmente se adivina que enterado Fez-Allfamar de lo que acaecia en el campo y en el alcázar, quiso hacer alarde de una ciencia sobrenatural al efecto de aterrar el ánimo del príncipe y subyugarlo en cierto modo, presentándole un terrible porvenir si faltase á las leyes de la equidad y el honor. Como no tenia idea profunda de su carácter, en vez de someterlo con sus vaticinios no hizo mas que exasperarlo, y cuando se imaginaba oírle hablar contra los moros de Gibraltar y

de Granada, entregóse á un movimiento de ira que puso casi en descubierto su artificio. No obstante el éxito de la consulta, parecióle singularmente útil para sus intentos; y como emprendia la marcha hácia el campo de la cruz con los medios de echar los gérmenes de una guerra civil revelando á Leonor de Guzman y á sus bastardos los sanguinarios proyectos del nuevo rey, lisonjeábase de atajar por mucho tiempo la marcha victoriosa y pujante de la corte castellana. Proporcionóle ademas el conocer cuál era el juramento que ligar podia á jóven tan iracundo, y proponíase por tanto hacerle jurar en breve la paz con el rey de Granada sobre aquella santa reliquia, único y particular objeto de su culto.

Salieron los dos jóvenes de la casa de Maese-Paolo asombrados de lo que acababan de oír, y arrepentidos tal vez de haberse puesto en comunicacion con hombre tan terrible como Fez-Alhamar. En su turbacion no acertaron á enderezar el

rumbo por las calles que les enseñó Matías, y metiéndose en otras sumamente laberínticas y obscuras, alcanzaron una especie de plazuela que servia como de núcleo ó punto céntrico á varias de ellas. En valde quiso hacer don Martin algunas observaciones á su sombrío compañero, pues respondiéndole éste con rápidos monosílabos, dejábale con la palabra en la boca, hasta que llegando al sitio que hemos dicho, mostróse algo mas dócil, y permitióle que le guiase por entre aquella confusion de encrucijadas y revueltas. Dificil era ya semejante encargo, puesto que no se hallaban en punto de donde tomar una direccion segura, por lo cual empezaron á engolfarse encomendándose á la suerte, no menos deseosos de tropezar con quien les pudiese dar consejo que de llegar al alcázar antes de que sospechasen su ausencia. Asi, pues, prestando el oido, y adelantándose no sin precaucion y recato, llegaron á percibir los delicados sonos de un laud, y el eco de una voz mas espresiva que tierna que dirigia blandas quejas á



alguna desenvuelta hermosura. Un viento sumamente grato llevó á nuestros nocturnos campeones las aromosas fragancias de oriental vergel de naranjos y jazmines, razón por la que volviéndose don Pedro á su amigo preguntóle si conocía aquellos barrios.

— No por cierto, respondió don Martin, aunque me felicito de hallar en ese cantor alguno que nos pueda advertir la direccion que nos conviene.

— Eres un pobre hombre, amigo Martin: ¿no estás viendo por esa fragancia y la disposicion de la calle que ya hemos pasado por ella, y que es precisamente donde mora la donosa Cantarilla?

— Bien podrá ser lo que decís, señor, aunque de nada nos sirve en la actualidad: lo que sí importa es tomar lenguas de ese amartelado músico.

Encaminóse al decir esto hácia el que pulsaba con tanta destreza aquel melancólico laud.

— ¡Hola, buen hombre! gritóle: dejad á un lado la música, y hacednos merced...

— ¿Qué quiere decir buen hombre? interrumpió el incógnito; yo te enseñaré, so pícaro, el tono de dirigirte á gentes de calidad con el debido decoro.

Decir esto y echar mano á la espada fue obra de un solo instante. Desembainó don Martin la suya, y cruzáronse echando chispas para satisfacer el capricho del hidalgo presuntuoso. Al rumor de las cuchilladas que se tiraban retiróse algunos pasos el infante, dando tales gritos que movió la curiosidad de cierta vieja, la cual con un candil en la mano á fin de alumbrar la calle sacó la cabeza por el sombrío agujero de una especie de guardilla.

Es de advertir que en el calor del primer choque habian cambiado de sitio los combatientes, de suerte que el infante de Castilla se hallaba con la daga desnuda á espaldas del puntilloso cantor. A beneficio de la escasa luz que arrojaba el candil de aquella abuela reconoció los vestidos y la estatura de este hombre, circunstancias que confirmaron en su mente la

idea que ya habia concebido por el metal de su voz. Otro movimiento de la vieja lanzó en el rostro de los dos espadachines un pasagero reflejo, por lo que retrocediendo el incógnito algunos pasos, limitóse á la defensa, no obstante de que la echara de agresor, y dirigió á su contrario estas palabras:

— ¡ Señor! ¿ es posible que seais vos?...

— ¡ Calle!... ¿ qué aventura os trae por estos barrios, Gonzalo-Gomez? preguntóle don Martin, reconociéndolo al golpe y dejando por lo mismo de acosarle.

Con esto disipáronse enteramente las dudas del príncipe, y atacando por la espalda al escudero favorito de la reina, metióle furioso hasta las entrañas el afilado acero de su daga. Cayó el hombre con grande estruendo, y testigo la vieja de cuchillada tan alevosa y traidora, tiró el candil á la cabeza del asesino desatinada y colérica, y cerró con desabrimiento la ventana.

— ¡ Qué es lo que habeis echo! exclamó don Martin en medio de las espe-

sas tinieblas que obscurecían la calle.

— Déjate de aspavientos y reconoce si ha muerto.

— Espero que no, respondió incli-  
nándose para averiguarlo...

— ¡Pues cuchillada en él, amigo Mar-  
tin!...

— Libreme Dios de tal infamia... ¡ay  
de mi! el infeliz yace en tierra sin el mas  
leve movimiento... es fuerza que la daga  
haya penetrado hasta el corazon...

— ¡Bravo golpe! no se dió mas lim-  
pio en el torneo de Medina. ¿Pero estás  
seguro en efecto?...

— Sobrado seguro, señor; y por cier-  
to que mas hubiera querido ser víctima  
de su espada que verlo asi tendido por un  
acto de perfidia...

— Alejémonos, pues, interrumpió el  
infante cogiéndolo del brazo: por alli se  
acercan algunas gentes, y no seria discre-  
to hacer rostro á otras quimeras.

Las gentes de que hablaba eran va-  
rios menestrales que alumbrados con teas  
volvian á sus hogares despues de haber

celebrado la noche pascual en casa de sus amigos. Siguiendo á lo lejos sus pisadas, pudieron llegar en breve á la plaza de la catedral, desde donde les fue fácil tomar el camino del alcázar. Entraron sin el mas leve rumor con las mismas precauciones que observaron al salir, bien que nadie habia advertido su ausencia, y aun seguia cuando llegaron la junta ocupada en discutir el impulso que en tan críticas circunstancias debia darse á los negocios. El gobernador de la ciudad, el alcalde mayor y algunos canónigos aconsejaban medidas de prudencia y de energía, encaminadas á sentar al infante don Pedro sobre el trono, hartos lejos entonces de creer que anduviese este jóven por la ciudad cometiendo los desacatos que hemos referido. Todo su anhelo consistia en cortar los vuelos á doña Leonor de Guzman y á su partido, apaciguar los tumultos que acaso nacer podrian en el acto de la elevacion de don Pedro, y asegurarse á sí mismos, como acontece constantemente en tales lances, algunos de los honores y

dignidades que á la sazón ennoblecían las orgullosas hechuras de la dama favorita.

Al llegar don Pedro y don Martín al aposento destinado al príncipe, notábase cierta diferencia chocante en el respectivo humor de estos dos jóvenes. Parecía don Pedro más jovial, petulante y satírico que de costumbre, al paso que el otro profundamente abismado en dolorosas reflexiones: vanamente prodigaba aquel las más chistosas y felices ocurrencias mientras íbalo desnudando el page favorito, pues que en nada influían en el ánimo triste y meditabundo de su generoso amigo. Sobrecogido aun de horror por el frío asesinato que acababa de presenciar, no se atrevía á fijar los ojos en el rostro del sucesor del trono, temeroso de leer en sus líneas la bárbara crueldad que indicaba una acción tan digna de vituperio. Así que el page acabó de desnudarle quiso hacer el mismo servicio al primogénito de Alburquerque, pero desdeñándose éste de admitirlo, echóse vestido como estaba en la cama que le preparaban siem-

pre en el mismo cuarto del príncipe. El page dió un brinco con extraordinaria ligereza como para ponerse á salvo de la caprichosa cólera de don Martin, y tomando los vestidos del infante al efecto de atender á su arreo, violos manchados de aceite, y empezó á soltar chuscas exclamaciones sobre el mal estado de las blandas plumas, lustrosas sedas y primorosos bordados.

— A buen seguro, decia, que si hubiese yo acompañado á S. A. no le acaeciera tal desman. ¡Mala peste al pícaro que tal desaguizado nos hizo! ¿No me dirá V. A. en dónde fue, para que mañana le mueva una burla algo pesada?

— Pregúntaselo á don Martin, respondió el príncipe soltando una risotada escandalosa.

— Paréceme que su señoría no tenga humor de satisfacer mi curiosidad.

— No por cierto, Zafiro, por lo que trata de despejar para que S. A. descanse.

— Tiene razon, exclamó el príncipe; las hazañas de esta noche piden largo

reposito. Por lo demas, yo te regalo esos vestidos para que los cambies en el barrio de los hebreos por doblas bien ensayadas. Cuenta con que encuentre al levantarme otros mas lujosos y brillantes, pues las niñas de esta tierra ya me tienen vuelto el juicio.





---

---

(30)

## CAPITULO IV.

.....

Yacía entre nobles dueñas  
y ministros del Santuario,  
sobre pérsicas alfombras,  
el cadáver de don Sancho,  
Cuando se oyeron los gritos  
de sus infieles vasallos,  
por nuevo monarca alzando  
los pendones castellanos.

ANÓNIMO,

.....

**Y**a reflejaba el sol en los pintados vidrios de las góticas ventanas del alcázar, cuando manifestó don Pedro deseos de levantarse. Como al mirar á su amigo notase todavía en su mustio semblante ciertos indicios de melancólico despecho, apresuróse á decirle: — ¿Estarias aun incomodado conmigo, don Martin?

— Confieso, señor, que lo estoy, y no solo por el golpe que sacudisteis á Gonzalo, sino por la indiferencia con que hablais de tal desgracia.

•

— ¡Ingrato!... ¿exiges, pues, que me aflija de haber salvado tus días?

— ¡Cómo, señor! ¿en efecto creísteis que se hallaban amenazados de algun inminente riesgo?

— Lo creí, porque la punta de su espada describía rápidos giros en derredor de tu pecho...

— Pero desde que me conoció no hizo mas que defenderse de las cuchilladas que furioso le tiré. Comprendo no obstante que el reflejo de mi acero pudo deslumbraros cuando á la tibia luz de aquel peregrino candil contemplasteis el combate. ¡Cuánta no es mi satisfaccion al ver que no obrasteis por venganza, sino por un movimiento generoso de amistad! En toda la noche he cerrado los párpados temiendo que realmente fueseis aquel príncipe pusilánime y cruel que con tanta energía nos pintaba el buen astrólogo...

— Nada me digas de ese perro; todas sus encastilladas frases no eran mas que hipocresía y presuncion.

— Pero es harto cierto que la ven-

ganza trae venganza, y que el que levanta el brazo para herir cobardemente á su enemigo habrá de perecer un dia á manos de vasallo desleal. Vuestra gloria, continuó el jóven animándose con entusiasmo sublime, vuestra gloria no me es menos cara que vuestra vida, y puesto que el honor de un caballero se marchita por la mas leve bajaiza...

— Pierde cuidado: mi reputacion se mantendrá limpia, estando resuelto á no seguir mas consejos que los que me dictare tu pundonor. ¿No me digistes, hablando de otra cosa, que en tiempos de tu primer viaje á Sevilla te habia prestado cierto judío razonable suma de dinero?

— Asi es; pero dándole en prendas una cadena de gran valor que me regaló mi tia la de Osorio. Por lo demas, llámase Samuel Leví, y es almojarife de mi padre.

— ¡Cuán feliz eres en tener tias que con regalos te mimen! Pero á falta de alhajas no escasearemos las promesas para que ese descreido de la tribu de Ju-

dá nos entregue algunas doblas. Accede en mi nombre á las condiciones que quiera, oblígate con todos los vínculos que le inspire su codicia, como no dejes de venir con el apetecido refuerzo. Júrote, querido Martin, que toda la noche he soñado con Juana y Aldonza, y que han estado presentes á mi fantasía llenas de ternura, amabilidad y donaire.

— ¿Y juzgais segun eso que sea indispensable el dinero para atraerse el cariño de una muger bien nacida?

— Es que no aspiro á la correspondencia de una sola, sino á la de cuantas se precian de gallardas y festivas. No temas que deshonne tu amistad por irreflexion ó cobardía; pero déjame un poco de ensanche para que disfrute de mi lozana juventud. Si algun dia me viere sentado en el trono, tú serás mi apoyo, mi amigo, mi ángel tutelar... sobrado contento con pasar en agradable ocio algunos instantes de la vida, sobrado feliz en andar vagando de la caza á los festines, del festin á las hermosas, y de los brazos de mil

sirenas al espectáculo brillante de espléndidas justas, no envidiaré la suerte de persona alguna, y seré para todos un rey recto y benéfico, amigo de la paz, y de ostentar decorosa magnificencia. Pero dime, Martin, ¿crees tú que logre tan inesperada dicha? ¿presumes que adorne algún día la diadema de los reyes está frente juvenil?

Iba á responderle el jóven, al tiempo que abriéndose de par en par las puertas entró, precedido de varios pages, el anciano Ruy-Diaz, trayendo unos vestidos cuajados de perlas y oro. Adelantóse con gran ceremonia hácia el infante, é hincando respetuoso la rodilla, pronunció con balbuciente voz estas palabras: — Vengo á cumplir en ausencias de mi señor don Juan Alfonso de Alburquerque las funciones que en el regio alcázar le competen.

— Está bien, pero no creo que os obliguen, señor Cabeza de Vaca, á servirme de rodillas como si me saludasen ya los pueblos con el suspirado título de príncipe de Castilla.

— Cumplo, señor, con mi deber...

— ¿Con tu deber, Cabeza de Vaca? preguntó chispeándole los ojos de alegría.

— La reina, mi señora, me manda suplicar á V. A. se sirva pasar á su aposento para comunicarle ciertos pliegos que acaba de recibir, enviados por el señor de Alburquerque.

— Voy á obedecer á S. A., respondió el infante; corre entre tanto á decirle que inmediatamente me presentaré en su estancia.

Apenas hubo salido el anciano Diaz cuando, prosternándose el page ante el lecho de su señor, saludóle pidiéndole albricias como á rey de Castilla y de Leon.

— ¿Con que murió mi padre? preguntó el príncipe.

— En efecto, señor, y aqui traigo á V. A. las condecoraciones de gran maestro de la Banda, á las que acompañan esta soberbia espada, cuya empuñadura deslumbra con su brillantez, la rica cadena de preciosísimas piedras que llevaba el rey difunto, y ese dorado yelmo sobre

el que airosamente tremolan raras plumas de avestruz. Levantan entre tanto un trono en el regio salon de las galerías, donde aguarda á V. A. el arzobispo con lo mas brillante y distinguido de la corte. Escuchad, señor... resuenan por donde quiera las jubilosas chirimias, hiere sonoramente el oido el son de la campana grande de la catedral...

— ¡Y á todo esto, murmuró don Pedro, es mi madre la que recibe los homenajes de los grandes!...

— No señor, antes retirada en su aposento entrégase como es justo al mas profundo pesar.

— ¡Ah! ¿y si se alzarán contra nosotros los bastardos?...

— Antes bien todos confirman que acaban de reconoceros por único y legítimo monarca. Pero al fin pierde la reina un esposo, y cual si quisiese el destino apurar su sufrimiento, acaban de traer al alcázar el yerto cádaver de su favorito escudero.

Soltó el infante insultante carcajada

al oír esto, y el primogénito de Alburquerque allí presente no pudo disimular un movimiento de horror.

— ¿Pero dónde ha muerto el rey? continuó preguntando al page.

— Ante Gibraltar, señor; víctima de la peste que se introdujo en el campo.

— Hé aquí, dijo en voz baja don Martín á su augusto amigo, como efectivamente no erais anoche lo que vos creiais ser. ¡Plegue á Dios, señor, no acierte el moro en los demas vaticinios!

— Nada temas, respondió el príncipe apretándole la mano con muestras de gran cariño; ya te he dicho que eternamente serás mi amigo y mi consejero.

— ¡Ay de mí! ¡aseguró tambien el árabe que perecería el amigo á manos de su propio amigo!

— ¡Ingrato!...

— No lo digo porque tema por mi vida; sé despreciarla, señor... pero la salud del reino, la gloria de vuestro nombre...

— ¡Ingrato! repuso generosamente el



príncipe sacando de su propio seno la reliquia que tanto veneraba: ¡castígueme el cielo con muerte desastrada y prematura si falto al juramento que sobre esta cruz te hago de respetar tu vida y merecer eternamente tu amistad!

— Esto es demasiado, exclamó el joven hincando humildemente la rodilla: yo os saludo desde ahora, no tanto como alto príncipe, sino como padre heróico de estos reinos.

— Y yo te lo agradezco, Martin, pero alza del suelo y escucha. Mientras me esté yo secando con la reina, corre en busca de Samuel Leví, puesto que no puede ya rehusarme sus cofres. Sobre todo, date muchísima prisa, y no vuelvas con poco dinero.

Echóle al pronunciar estas palabras una significativa ojeada, y marchóse precedido de su page á los soberbios aposentos de doña María. Quedóse contemplándolo el hijo de Alburquerque con embarazosa mezcla de desconfianza y gratitud; pero presentándose muy en breve á su

imaginacion ardiente y juvenil la brillantísima carrera que bajo de sus propias plantas se abria, adornóse con un vestido mucho mas magnífico del que solia llevar, y salió del alcázar lleno el pecho de júbilo, llena la mente de dulcísimas imágenes, aunque hiriendo de tiempo en tiempo su corazon el desagradable aletazo de un presentimiento sombrío.



---

---

**CAPITULO V.***Doña María de Padilla.*

---

**M**ETIÓSE el jóven cortesano por las calles de Sevilla, y acordándose de la casa en que viera en otro tiempo al ricote Samuel, encaminóse á ella y llamó á su puerta con la resolucion de un hombre que quiere ser prontamente obedecido. Presentaba el edificio un aspecto decoroso, aunque no magnífico: tres ventanas arabescas con su columnita en medio y ostentando el lujo de peregrinas labores dividian en proporcionados espacios todo lo ancho de la fachada. Consistía el resto de sus adornos en los que coronaban el arco de la puerta grande, sobre cuyo vértice mostraba sólido escudo de piedra los blasones de alguna familia ilustre. Si bien eran en aquella época los judíos los depositarios del dinero, no acostumbraban á vivir fuera de su barrio ni en ca-

sas que indicasen tanta decencia, antes meterse en obscuras madrigueras donde ocultaban bajo sutilísimas trampas los tesoros arrancados á fuerza de exorbitantes usuras. Sin embargo, continuó llamando el mozo para cerciorarse de si en efecto era aquella la habitacion del astuto hebreo, ignorando que el haber morado allí fuera debido á la proteccion que le dispensára el rey Alfonso, hasta que asomándose una doncella á la ventana con manifiestas señales de algo azorada y confusa, dijóle que no repitiese los golpes, puesto que el caballero en busca del cual venia acababa de ser conducido á la cárcel pública.

— ¿Cómo es posible que hayan llevado á la cárcel al riquísimo Samuel?

Pero la muchacha ya se habia metido dentro, y si por casualidad no oye la pregunta una de estas vecinas dispuestas siempre á referir lo que pasa en el barrio, fuera de temer se volviese el jóven galan sin saber á punto fijo si era ó no era aquella la casa del usurero.

— Pues señor, decíale, si buskais á ese descreido Samuel es preciso dirigiros al barrio de los hebreos, donde le hallaredes detrás de su obscuro mostrador contando dinero á los nobles como dejen en prendas buenas fincas ó alhajas de gran precio. Lástima tengo á los mozos bien nacidos que van á dar de hocicos en manos de ese pícaro usurero... mas á cuento les tuviera caer en las de los salteadores de la sierra. Pero en fin, no son cuentas mías, y os aseguro que solo vive en la tal casa una familia recién llegada de Alburquerque.

— ¿Y qué nombre lleva esa familia? preguntó no sin viva curiosidad el que debia ser señor de esta villa.

— El viejo es un comendador de Santiago, y trae cierta sobrina consigo que dicen por el barrio que es una perla oriental. Ahora bien; la dicha sobrina tiene un hermano, hombre asi alto, de mal visage, cegijunto, mas propio para espantar á moros que para acariciar á cristianos. Y habeis de saber, señor hidalgo,

que ese valenton, ese espantajo de la turba infiel, partió ayer mismo para el campo de Gibraltar, en donde dicen...

— Pero en resumidas cuentas, ¿cómo se llama esa familia? replicó con notoria impaciencia el caballero.

— A eso voy, señor: el tío, varón como tengo dicho de edad respetable, especie de señor mayor, á quien profesamos singular cariño los del barrio, llámase, si mal no me acuerdo, el comendador de Hinestrosa, y su sobrina, esa señorita tan agraciada y tan linda...

— Doña María de Padilla... interrumpió con viveza el impaciente primogénito...

— Cabalito; y si hubieseis oído los clamores que soltaba cuando se llevaban preso al comendador... vamos era cosa que ablandára hasta las piedras.

— ¡Pobre niña! es preciso que le hable, que la consuele, que esta misma mañana le restituya su buen tío... pero ¿no se dice por qué lo han preso?

— Tantos motivos se alegan, que miro

como imposible descubrir el verdadero.

— ¡Picardía! desde ahora digo que no hay uno fundado en la verdad...

— Hablan por ejemplo de cierta amistad sobrado estrecha entre el hermano de doña María y el gran maestro de Santiago.

— No llameis así, señor; no deis tantos golpes á la puerta, gritó desde la ventana la doncella que se habia asomado antes; no parece sino que esté todo el mundo en disposicion de insultarnos.

— Déjalo entrar, Paloma, gritóle la picotera vecina: es un caballero, un amigo de la casa, un señor que trata de poner al viejo en libertad...

— Acabáramos... allá voy de un brinco, y bien venido sea...

Abrió el antiguo porton, y metiéndose don Martin por él con una viveza singular, dijo á la muchacha que le condujese sin perder instante al aposento de doña María.

— Poco á poco, señor galán, replícole aturdida de tanta precipitacion: la pobre ha querido echarse un momento,

porque en toda la noche hizo otra cosa que desesperarse y llorar.

— Pues despertarla, Paloma, y no te quede duda de que te lo ha de agradecer cuando sepa que te lo manda el primogénito de Albuquerque.

— ¡Por supuesto que se alegrará!... ¡es posible que ese don Martin, de quien tanto me habla, seais vos!... ¡no en valde me ponderó su gallardía y buena traza, no en valde se deleitaba en pintármelo como uno de los jóvenes mas bien dispuestos y galanes!

— Asi diciendo, hacíale subir, ó introducíale á una galería, en la que le rogó que le aguardára. Entróse en un aposento contiguo, habló de él en voz baja, sin duda con su señora, conversacion que entender no pudo el caballero, aunque sí percibir al fin el dulcísimo acento de doña María exclamando: ¡Bendita seas, Paloma! ¡pero estás segura de que es él?...

— Sí, yo soy, yo soy, repondió don Martin adelantándose á la puerta: ven, no tardes, querida mia; déjame que



cuanto antes te abrace y te consuele...

— Vísteme, vísteme presto, Paloma... ¡él es!... pronto, esa saya, la otra, cualquiera... ahora el corpiño... envuélveme las espaldas con ese manto... ¡válgame Dios!... ¡qué desórden!... ¡qué desasosiego!... ¡qué torpe y pesadísima estás!...

— ¡Picaruela! ¿no sabes cuánto mas linda pareces envuelta en ligera túnica?...

— Pero pasaron, querido Alburquerque, los deliciosos tiempos de la niñez...

— ¿Y no me amas con la misma vehemencia que entonces?

— ¡Si te amo!... nunca ceso de acordarme de tí, de hablar de tí, de ocuparme en la deliciosa memoria de nuestros juegos é inocentísimos deleites.

— ¡Ah! no tardes: los momentos son preciosos, y esa ventura triste que me los arrebató tantas veces...

Y abriéndose entonces la puerta, salió por ella una ninfa suelta, deliciosísima y ligera, una ninfa semejante á las risueñas ilusiones del extasiado trovador, breve compendio de las irresistibles gracias

:

que imprimió el autor de la naturaleza en la muger. Cual una Sylfide por la ligereza y soltura de su talle, corrió á echarse con inocencia todavia infantil en los brazos del entusiasmado Alburquerque; pero sorprendido este al mágico aspecto de tan peregrina hermosura, retrocedió algunos pasos, y estúvola contemplando como si á la vista tuviese las aéreas formas de una aparicion ó de un encanto. Habria como ocho años que se habia separado de esta niña en el castillo de Alburquerque, cuando ambos salian apenas de la risueña infancia. Verdad es que alimentaban á la sazón en su tierno pecho una pasion amorosa; pero envuelta en los juegos y frivolidades de aquella edad feliz, no podia decirse si tomaria con el tiempo un carácter serio y decisivo. Ahora, cuando repentinamente se vieron, lanzóse la jóven en sus brazos, enlazando con extraordinaria viveza este momento con el último de su dolorosa despedida, mientras el hijo de don Juan Alonso, mas reflexivo y prudente, esprimia su admira-

cion por medio de palabras respetuosas y corteses. Advirtiolo María, y poniéndose encendida como un rubí oriental, inclinó ruborosa los dilatados párpados, y empezó á responder con timidez, cual si recelase haber cometido algun desman en el natural fervor de aquellas demostraciones. Entonces advirtió la suma diferencia que existia entre el jóven graciosísimo y travieso, á quien tanto amaba en Albuquerque, y el caballero mozo y galan que magestuosamente descollaba á su presencia. Advirtiolo decimos, porque causóle una impresion mas profunda y encogida, y retirándose del lado de su amigo, temerosa de respirar su aliento, de tropezar con la ardentísima llama que despedian sus ojos, cruzó las manos sobre el delicadísimo seno, y estuvo como aguardando á que don Martin volviese á entablar el coloquio.

— ¡Qué es esto, María, qué es esto! díjola devorando con la vista las gracias de tan amable niña: no parece sino que mi presencia os cause miedo.

— No diré miedo, Alburquerque, pero al creer estrechar en mis brazos un page festivo y risueño, halléme sin pensarlo en los de un desconocido caballero.

— También yo en la presencia de una jóven capaz de deslumbrar al mas poderoso monarca. Os aseguro que nunca hubiera creído...

— ¿Que llegase á crecer tanto?...

— ¡Ah! no es eso... que llegaseis á reunir ese conjunto de gracias superiores á las que concede el cielo para orgullo y embeleso de nuestra especie. Pero decidme, hermosa María, ¿es cierto que durante tan larga ausencia os acordabais de mí?

— Acordábame de aquel niño lleno de amabilidad y travesura, á quien veía adiestrarse en los brillantes ejercicios de un guerrero, y que recibia conmigo las lecciones de cierto monge anciano para el arte difícilísimo y raro de leer y de escribir. Pero vos, amigo mio, vos que formais constantemente el séquito y el adorno de la corte de Castilla, que en sus

deliciosos festines, en sus célebres torneos vereis las aplaudidas bellezas de este reino, ¿habreis tenido un leve instante para acordaros de la infeliz que dejasteis en aquella soledad de Estremadura?

— No un leve instante, María, sino largos y dulcísimos momentos de suspirado embeleso. Cuando mas frecuentaba los salones, cuando enristraba mi lanza en las justas, nunca se apartaba vuestra imágen de mi espíritu, y era todo mi afan adquirir claro renombre para que os revelase la fama que no era indigno de vos. Y como pudiese escapar de tanto bullicio, y transportarme con mi imaginacion á las antiguas florestas de mi patria, acordábame de cuando atravesábamos el solitario valle, y contra vuestro parecer saltaba el indómito torrente. No sé qué magia tan suave para mí tenían semejantes recuerdos que, embebecido, extasiado en ellos, hacíame casi sordo al clarin que anunciaba las justas, y á las cariñosas voces de mi ilustre amigo. Y sin embargo, no serán ya estas memorias las que

inspiren á mi alma una melancolía voluptuosa y solitaria.

— ¿De veras?... ¿puedo preguntaros qué objetos inflamarán desde ahora vuestra imaginacion?

— Vos misma, pero no cual erais inocente ninfa de las selvas, sino cual os presentais hoy dia dama arrogante de las cortes. Ensoberbecíame antes el título de amigo vuestro; permitidme que mas me ensoberbezca ahora el de vuestro caballero.

— ¡Lisonjas vanas!... el primogénito de Alburquerque, favorecido de reyes, amigo de príncipes, famoso y denodado paladin de las Castillas, se avergonzaria de llevar los colores de una huérfana desconocida.

— ¡Cruel!... no me muestres una opinion mas dura tal vez que tu propia indiferencia... mándame mas bien entrar á viva fuerza en Gibraltar y Algeciras, acometer al frente de mis vasallos las murallas de Málaga ó los robustos torreones de la Alhambra, y verás como me será posible vencer, escalar, morir, sin que

nunca lo sea borrar tu imágen de mi ardentísimo pecho. Quiero ser tu caballero, María, tu caballero...

— Otorgadme, pues, un don...

— Exígelo, ángel mio, exclamó hincando una rodilla y tendiendo los brazos hácia ella...

— Suplico al amigo y al favorito del rey que mande poner en libertad al comendador de Hinestrosa.

— Yo te lo juro, exclamó levantándose con ímpetu... ¿quién ha sido el vil que ha mandado prenderle?

— ¿Quién?...

— Sí; dímelo por tu vida, y verásme correr á él, y amenazarlo con mi acero y la indignacion del monarca.

— ¡De qué modo, si ha sido el monarca mismo el que lo mandó prender!

— ¡El rey!... mienten, María: declaro por impostores...

— He visto la orden firmada de su mano...

— Pues te digo que ignoró lo que firmaba.

— ¡ Ah!... ahora caigo en que don Lope de Avendaño tiene particular ojeriza á mi hermano y á mi tío. Sin duda habrá querido vengarse, y valiéndose del destino que ocupa arrancar una firma al ignorante monarca. ¡ Infame! ignora que se haya descubierto su perfidia, y que apesar de ser tan jóven tengo resolucion suficiente para arrojarme á las plantas de don Pedro...

— ¡ Oh! no, no lo pienses, María, interrumpióla sumamente agitado el heredero de Alburquerque...

— ¡ Y por qué nó? cuando todos se hacen lenguas de su bello carácter, cuando ponderan todos su generosidad y su mérito...

— Sin embargo, no le veas, María, no le veas... déjame á mí la gloria de conseguir la libertad de tu tío... pero no sueñes siquiera en dirigirte al alcázar. ¿ Me lo prometes? ¿ me lo juras? ¿ podrias negarme esta prueba de cariño?... de un salto voy á practicar las diligencias necesarias: estáte aqui con Pa-



loma, y espera mi vuelta, que no tardará en verificarse.

Dejóla al pronunciar esta imprevista súplica, y entusiasmado con el coloquio que acababa de tener, empezó á andar por las calles de aquella capital deseoso de evacuar la agradable comision que acababa de tomar sobre sus hombros. Acordóse empero de que antes de todo debia verse con Samuel, y bien á pesar suyo encaminó sus pasos hácia el barrio judáico. Herida su imaginacion por la resplandeciente belleza de María, iba embelesado en la imágen de sus gracias, cuanto desasosegado y celoso de que el rey llegase á verlas. Formaba al efecto de alejar este desgraciado incidente mil planes mas ingeniosos que sólidos, y distraido en los medios de ponerlos en ejecucion, hallóse junto á las tapias del recinto hebráico sin haber apenas advertido el corto trecho que lo separaba de él. Andúvolas costeando hasta llegar al portillo por donde se entraba en aquel separado cuartel que tanto atraía el odio de los fieles y el deseo

poco caritativo de apoderarse de sus riquezas. Muchas eran segun fama las que se encerraban en tan inmundo círculo, sin que el aspecto de sus habitantes ni el de sus habitaciones diese otra idea que la de una miseria degradante y asquerosa. Sobre ser angostísimas las calles, y muy frecuentes las encrucijadas y revueltas, mostrábanse llenas de barro é inmundicia, formando de cuando en cuando profundos charcos de agua al parecer bituminosa y sulfúrea. A duras penas podia hallarse una senda entre tan fétida basura y amontonados escombros, y como presentábanse ingeniosamente tortuosas, era imposible tambien que tan escasos cuanto difíciles senderos no fuesen á cada instante interrumpidos por un efecto natural de sus frecuentes y mal acondicionadas esquinas. Sucias bandadas de animales domésticos se revolcaban por el cieno de semejantes tránsitos, revueltos con niños medio desnudos, que al parecer solo vivian á espensas de la caridad pública. Los hombres que las cruzaban, guardando en

las arrugas de sus frentes y en los andrajos que cubrían sus carnes cierta armonía lúgubre con la pestilencia de todo aquel barrio, apenas hablaban entre sí, entendíanse por señas, y arrojaban suspicaces é indagadoras ojeadas á los pocos cristianos que hallaban por el camino. Añádase á lo dicho, que deseosos de mostrar su aflicción por el súbito fallecimiento del rey don Alfonso, habíanse desnudado de sus túnicas amarillas para vestirse groseros sacos, ceñirse con toscas cuerdas, y echar ceniza sobre sus bonetes grises. Este rigoroso luto hacia mas dolorosa impresion en aquel lóbrego recinto observado por gentes cínicas, groseras, lúbricas, semejantes á la imágen desabrida del invierno, á la de hipócrita codicia, ó á la de inmunda y ardentísima lujuria.

Alfonso onceno habíase mostrado favorable á los judíos, y bajo el abrigo de su proteccion generosa, obtenida sin embargo por medio de exorbitantes pechos y tributos, ejercian su comercio, y libremente disfrutaban de sus inmensas rique-

zas. Juntábanse á la pérdida de tan benéfico príncipe los aciagos rumores que cruzaban por el barrio de que el pueblo cristiano iba profiriendo contra ellos imprecaciones y amenazas, deseoso de probar si la inesperienza del nuevo rey le permitiría arremeter contra los enemigos de su creencia, y arrebatárles alguna parte de sus incalculables tesoros. Y como las infinitas víctimas de sus desapiadadas usuras alcanzaban notable ascendiente con el populacho, no podían menos de recelar que lo ostigasen y ensoberbeciesen para satisfacer el inveterado odio que no sin algun motivo les tenían.

Preguntaba entre tanto el primogénito de Alburquerque por la casa de Samuel, uno de los principales miembros de aquel reprobado gremio, y cuando se la hubieron indicado, sorprendióle que no manifestase su exterior mas ostentacion ó decoro que las otras habitaciones. Atravesó al entrar un descompasado zaguan, poblado de yerbas silvestres, y metióse en ciertas salas bajas donde acostumbraba

recibir el hebreo á los que querian traficar con él. Hallólo al fin en una de ellas vestido de luto y paseándose silenciosamente con aire meditabundo y melancólico. La edad del israelita frisaba con los cincuenta, y su figura, harto menguada y comun á pesar de sus pretensiones á noble ascendencia levítica, nada ofrecia digno de atencion, esceptuando cierta notable mezcla de penetrante perversidad y astucia que campeaban por su áspera fisonomía. Al rumor de los pasos volvió la cabeza y quedóse pálido distinguiendo en el trage un nazareno; pero conociendo que era el hijo de Alburquerque, calmóse súbito, y dirigióle la palabra en estos términos:

— Por las barbas de Abraham que en este mismo momento me estaba acordando de vos. Harto sabia yo que un caballero de pecho tan hidalgo no dejaria de acudir á nuestro socorro en la hora del peligro.

— ¿A tu socorro, Samuel? por vida mia que yo soy el que viene á reclamarlo de tí.

— Entiendo, señor don Martin; corre urgencia de metálico... pero si alcanzarlo quisierais será preciso, indispensable, que mediando con vuestro augusto amigo libreis á este pueblo infeliz de las violencias con que le aumenaza la turba de los nazarenos. Poderosos son nuestros contrarios: abundan los que envidiaban la proteccion que nos concedia el difunto rey, y cuando han empezado ya á manifestar su resentimiento encerrando en las cárceles á varones de su secta con quienes por cierto tiempo estuvieran en guerra feudal, será terrible, inaudita la venganza que tomen del infeliz pueblo judáico.

— Algo me han dicho de tales atropellamientos... por fuerza ha de ser cosa de la reina... y te aseguro que su augusto hijo se ha de irritar en gran manera al saberlo.

— ¡Ay de nosotros si toma el cetro de Alfonso, hasta ahora tan benéfico y paternal! Cuantos la rodean, cuantos ascendiente alcanzan bajo su gobierno, odian de muerte al pacífico pueblo de Israel, y

desean abandonar á sacrílego pillage este recinto. Y no obstante, el rey tiene falta de dinero, y solo estos mismos israelitas que desprecian allegárselo podrán bajo tolerables condiciones. Pero si todo nos lo quitan, si nos hacen perecer bajo el puñal de cobardes asesinos...

— No, no lo creas, Samuel; yo te salgo garante de que os protegerá el rey, y aun vengo de su parte á asegurártelo.

— ¡Caigan las bendiciones del Altísimo sobre su testa privilegiada!... ¡Ah! como me proporcionáseis una entrevista con S. A., las arcas de su tesorería podrian contener apenas las riquezas que por mi conducto lograrse.

— ¿Hablas de veras Samuel?... ¿estaria en tu mano procurarle mil alfonsis?

— Y diez mil, y veinte mil, y doscientos mil...

— ¿Y en el discurso de hoy?

— Y en esta misma mañana, y en este mismo momento...

— ¿Sin mas dificultad que la de poder hablarle?

— Sin otra dificultad que la de que quiera dar pábulo á sus intenciones benéficas procediendo como legítimo rey.

— Pues no tienes mas que seguirme, y te conduciré á su presencia por escusadas puertas y secretos tránsitos...

— ¡ Ah! sí, secretos, interrumpió el judío, porque el guarda del real tesoro es mi mas terrible enemigo desde que demostré al rey Alfonso los cuantiosos robos que en este empleo ejercia. No hay quien ignore que la reina, don Juan Alonso de Alburquerque y don Lope de Avendaño todo lo manejan, de suerte que sus mismos amigos van esparciendo por Sevilla que el rey es un mozo inesperto y barbilindo, absolutamente inútil en lo que atañe al gobierno.

— Pues dígote que mienten, replicóle irritado don Martin.

— Tambien añaden que vuestros consejos, como hijos de torpe inesperienza, solo contribuirán á perderle...

— ¿ Y quiénes son esos insolentes?

— Nada menos que el gobernador de



Sevilla, el adelantado general de la frontera, el mariscal de Castilla...

— Pues bien, envuélvete en tu manto, encasquetate el bonete, y sigue mis huellas sin afectacion, á ver si bastaremos los dos para conjurar la tormenta.



:

---



---

**CAPITULO VI.**
*El almojarife Samuel.*

**P**OR abovedados tránsitos y sutiles pasadizos condujo en efecto don Martin al astuto vástago de la tribu de Leví hasta una pieza que se hallaba contigua al aposento del monarca. Introdujose en él, y hallóle despechado y abatido midiendo la estancia con precipitados paseos. Admiróse Albuquerque de su afligido continente, y preguntándole la causa de mutacion tan súbita, respondióle entre amilanado y colérico:

— ¡Qué ha de ser Martin!... la reina manda, y no soy mas que una figura de tapiz para echar firmas. Por Santiago que cuando me besaban la mano y dirigíame el arzobispo aquel fastidioso discurso, créime haber finalmente llegado al apetecido punto de mis deseos; pero todo se les fue en arengas y genuflec-

siones, por manera que al oír á esos viejos, incluso el adelantado Lope de Avendaño y cuantos seguir uo pudieron á mi padre por hallarse cascados y achacosos, no seré bueno para el mando hasta que el tiempo tuerza mis piernas y eche nieve á mis cabellos.

— Y yo, señor, añadió don Martin con igual fuego, soy segun su opinion un mozo sobrado inexperto y barbilucio para merecer la confianza de S. A... Sé que han esparcido falsos rumores por la villa, que la reina, harto mal aconsejada, se ha juntado á su partido...

— ¡Y con qué ahinco! ¡Con qué vehemencia, querido Alburquerque!... hácenos guerra abierta, y si añades á ello que suenan huecas las arcas del real tesoro, y que es preciso juntar cortes para lograr siquiera un momentáneo subsidio...

— No señor, que ya es inútil apelar á tan lejano é incierto socorro, gracias á los ofrecimientos del judío Leví, que desea presentarse á V. A.

— ¡Y dónde está?... ¡ah! querido

Martin, tú me vuelves á la gloria y á la vida... hazlo entrar, ni un momento quiero que se retarde esta importante consulta.

Introdújolo al instante, y el rey pudo apenas contener la risa al ver aquella rarísima figura adelantándose hácia sus plantas con cierta timidez pueril y casi tocando con las barbas las recamadas alfombras.

— El mas ínfimo vasallo de V. A., el indigno representante de tribu desgraciada y proscrita, besa el polvo de vuestros pies para rogaros que os digneis protegerle con una benigna ojeada. Vuestros son nuestros corazones, nuestros bienes...

— ¿Cómo los bienes? interrumpió sonriéndose el monarca; acuérdaste al fin de que está escrito que es fuerza dar al Cesar lo que es del Cesar...

— Máxima del evangelio, señor; no precepto de nuestra biblia santa.

— ¿Y por eso la prefieres sin duda al libro que nosotros veneramos?

— Bien al contrario, señor; es precepto que yo admiro, y solo desearia que

penetrados todos los cristianos del espíritu de verdad que lo dictó, diesen fielmente al Cesar lo que pertenece al Cesar.

— ¡Bravo, bien respondido, victor al astuto Samuel!... ¿pero es cierto que me puedas proporcionar los alfonsis que necesito?

— Sí señor.

— ¿Y en mucho número?

— Correspondiente al valor de las alhajas que sirvan de fianza.

— ¡Alhajas, pícaro! ¡alhajas!... ¿y te atreves á exigir condicion semejante de tu rey?

— ¡Líbreme el cielo de tan criminal orgullo! V. A. puede disponer como absoluto dueño de todos mis recursos... ello es positivo que los adelantos hechos al rey vuestro padre y al señor de Alburquerque en gran manera me disminuyeron los pecuniarios; pero á falta de capitales disfruto algun crédito con los mercaderes de mi tribu, y me precio de hábil manejo para semejantes negocios.

— ¡Valiente manejo, encontrar dinero sobre prendas!

— Mucho mas sátrapa y sutil de lo que puede V. A. sospechar. El oro es de suyo receloso y tímido, escóndese al menor grito de alarma en el corazon de la tierra, y como está amenazado el barrio de un desapiadado saqueo...

— ¡Qué es lo que dices, hombre!

— Nada mas que la verdad, observó Alburquerque: la ciudad se halla próxima á un tumultuoso levantamiento, y los mismos que con tanta insolencia nos juzgan incapaces de gobernar, reuniéronse en consejo y mandaron prender en nombre vuestro á honradas gentes y á valientes caballeros.

— Añadid, señor, interrumpió el judío, que no sin mala intencion sublevaron al populacho. El deseo de que arruine y maltrate á los hijos de Israel, y la ambicion de alejar de los negocios á un monarca á quien suponen espantadizo y menguado, les ha sugerido el diabólico ardid de deslumbrar con la esperanza del

pillage á los hombres mas andrajosos y peor intencionados de Sevilla. Acúsannos tambien del celo que manifestabamos en favor del rey difunto suministrándole dinero cuando Gutierre, el director indigno del tesoro, desperdiciaba el de las arcas reales para acudir al regalo de Leonor de Guzman y sus bastardos.

— Pues qué, ¿era Gutierre amigo suyo?

— Y con tal extremo, que todo lo sacrificaba á sus caprichos. Nosotros al contrario, nos preciamos de leales á V. A., y deseamos servirle, aunque resueltos á tratar directamente con vos y en manera alguna con ese hombre que se burla de las palabras que da ni mas ni menos que de las escrituras que firma. Ahora ensaye diestramente á sus verdugos, ahora prepare nuevas máquinas ó invente mas infernales suplicios, no logrará desenterrar los tesoros de mi tribu, antes bien cada zurriagazo de la penca, cada vuelta del áspero dogal hundirálos con mayor fuerza en las profundas entrañas de nues-

tra madre comun. Pero si en vez de recurrir á medios tan bárbaros se digna V. A. estender sobre nosotros una mano paternal, no tiene mas que ordenar al que custodia el tesoro que traiga las riquísimas pedrerías que guarda bajo cien llaves, y dignándose confiar una parte de ellas al humilde esclavo en quien depositan su confianza los buenos del pueblo escogido, como garantía mas bien contra las violencias de sus enemigos que de resguardo de las cantidades que se adelanten, llenos vereis los cofres y preñadas de áureas doblas las arcas del real tesoro...

— Alza del suelo, dijo el monarca sumamente regocijado de tan espléndida oferta. Lisonjeras son tus palabras, y si á ellas corresponden los hechos puede contar con mis favores la descreida grey. Y supuesto que basta para lo que me dices expedir una orden al guarda del tesoro...

— Es indispensable tambien, añadió el judío, una voluntad decidida de obligársela á cumplir, que no será flaca por cierto la resistencia que oponga...



— ¿A tanto ha de llegar su osadía?

— Y á contestaros el derecho de disponer de vuestros bienes sin prévio consentimiento del consejo de los grandes. Si le pedís las alhajas desobedecerá la orden, y si le pedís dinero dirá que lo espereis de las cortes.

— ¿Oyes, Martin?... lo propio me respondió mi madre al mostrarle la escasez de mis erarios.

— Otro tanto alegaría el adelantado y cuantos títulos de Castilla tengan conocimiento de vuestra justísima demanda.

— ¿Y llaman á eso reinar?

— Bien al contrario, exclamó el judío; esto es ser esclavo de la Guzman, juguete de los bastardos...

— ¡Primero morir!... venga acá esa orden, Martin, y deja que la firme para que inmediatamente la lleves á ese pícaro... á ver si se atreverá en efecto á resistirla.

— Bien pudiera ser que sucediese lo contrario, pero como tengo una exacta enumeracion de las alhajas de la corona,

dudo que le sea posible presentarlas por completo. Milagro fuera que no hubiesen tentado con su brillo la presuncion de Leonor, ó la suma galantería del gran maestre.

— ¿Y puedes presumir que hubiese cometido la perfidia de entregárselas?

— Solamente para que brillasen en festines y torneos, bien que no habrá creido á propósito recordárselo si por acaso les pasó por alto la restitucion.

— Allá lo veremos, respondió el rey al tiempo que ya salia don Martin; dame acá esa lista para que le sirva de dogal.

— Ahí la teneis, señor, y creed que me engaño mucho si la cadena en que termina no es la misma que me trajo para empeñar no ha muchos dias el almorjate de la altanera Guzman.

— Como verdad sea, yo te aseguro que se han de arrepentir de tal perfidia.

— Cuando se confiaba la custodia del tesoro á un israelita de corazon sencillo, austeros principios y modestas costumbres, siempre pronto á mirar por los in-

tereses del reino, á suministrar al monarca oportunos tesoros...

— Parece que te diviertes en hacer la apología de tí mismo, astuto descendiente de Judá, interrumpió el rey con sardónica sonrisa.

— No de Judá, señor, replicó el hebreo sin alterarse, pues todo el mundo sabe que descienden los israelitas de España de las tribus nobilísimas y puras de Benjamin y Leví.

— Es decir, buen Samuel, que te precias de hidalgo entre los tuyos; pero ahí viene Martín, y si no me engaño con rostro algo desabrido. ¿Y bien?

— Ha rehusado obedecerme, diciendo que va á dar cuenta al consejo de tan arriesgada demanda.

— ¿Qué quiere decir demanda? gritó el rey con furia.

— ¡Pues; de la demanda que el rey de León y de Castilla se atreve hacer al omnipotente Gutierre!... murmuró el judío con venenoso sarcasmo.

— ¿Y la reina es la que todo lo ar-

regla? ¿la que ha de tener un consejo sin que yo no le sirva de otra cosa que de estorbo?...

— Ahora mismo iban á convocarse, llevando al frente el adelantado Lope de Avendaño.

— El amigo íntimo del maestre de Santiago, observó Samuel.

— Quise detenerle un momento, prosiguió Alburquerque, en favor de un vasallo de mi padre encarcelado por su orden sin otra causa que la de tenerle cierta ojeriza indigna de un pecho noble. Habléle en nombre de V. A., y sin embargo...

— ¿Ha rehusado también?

— Diciendo que someterá igualmente á la sabiduría del consejo...

— ¿Y en dónde se convoca el tal consejo? preguntó don Pedro temblando de cólera y rechinando los dientes.

— En el cuarto de la reina.

— ¿Qué gentes le hacen la guardia?

— Los alabarderos de la villa, de quien es Ruy-Díaz capitán.

— Basta, repuso con aire feroz y resuelto; ahora verán si han de haberlas con un desbarbado mancebo ó con un enérgico varon. Espéranos aqui, Samuel, y tú vente conmigo, Martin.



---



---

**CAPITULO VII.**

*El consejo de la reina doña  
María.*

---

**D**OÑA María de Portugal, viuda del rey Alfonso el oncenno, fuera durante la vida de su esposo objeto tierno de amor y compasion comun. Comparar solian las gentes de aquella época la suerte de esta distinguida señora, reducida siempre á la soledad y escasez, con el brillante destino de la favorita que usurpaba sus honores, insultando con su esplendoroso séquito la pública miseria. Exaltaban donde quiera el mérito de la una para despreciar el orgullo de la otra, y si bien en semejante paralelo mas se dejaban llevar de cierta envidia contra la Guzman que de verdadero entusiasmo por la esposa de don Alfonso, á fuerza de recrearse en semejante pintura vino á formarse la reina una especie de opinion

no solo en las clases ínfimas del Estado, sino entre los grandes que se preciaban de amar el público recato y las buenas costumbres. No es decir que estuviera doña Leonor de Guzman exenta de todo defecto; pero la reina era acaso mas culpable, puesto que en vez de las virtudes que debieran hacerla amar en su desgracia, abandonábase á la índole de un carácter envidioso y dañino, que imprimiéndose en cierto modo en el heredero del trono, hizo de él un monarca vengativo ó desapiadadamente justiciero.

El mas ilustre de los personajes que componian el consejo privado de esta dama era el que llamaban adelantado de la frontera por tener bajo de su dominio las floridas provincias de Andalucía y Murcia. Ademas del gobierno de las plazas fuertes, que servian de baluarte á tan importante línea, competíale el mando de los aguerridos tercios que mantenian porfiada guerra aun en tiempos de paz con los pueblos fronterizos del

morisco rey de Granada. Los demás vocales, si bien no comparados á este en la importancia de su alta dignidad, pertenecian á la grandeza castellana, y hallábanse á la sazón revestidos de los mas ilustres cargos de Sevilla. Notábase entre ellos el respetable prelado de esta antigua metrópoli, que osaba disputar la primacía al que con pública aceptación ocupaba la silla de la imperial Toledo, y los Benavides y Paredes, que veces tantas alcanzaron de los moros completas é inesperadas victorias. Creíanse estos señores que de concierto la reina con don Juan Alonso de Alburquerque los reunia en su alcázar para tomar solemnemente las riendas del gobierno bajo pretesto de la edad sobradamente tierna de su hijo, por lo que despues de haber formado mil planes públicos ó secretos de ambicion ó de venganza, rigorosamente apoyados en este supuesto principio, quedáronse atónitos al ver que con iracundos ojos y atropellados movimientos levantábase sobre el trono para decla-



rarles que solo se trataba de una injuria personal, por la que exigía pronta y ejemplar venganza. Gonzalo-Gomez, su privilegiado escudero, habia sido vilmente asesinado la noche antes en las calles de Sevilla, crimen que miraba como un atentado atroz contra ella misma, y del que pretendia averiguar en continente los autores y cómplices. Si bien tan impensada salida cortó los vuelos á la cortesana ilusion de los circunstantes, tomaron al parecer grande empeño en el infausto suceso que les anunciaba la reina, y preparáronse para pronunciar terribles anatemas y proponer eficaces medios, cuando abriéndose á deshora las sonantes puertas de la magnífica estancia, dejóles inciertos y aturdidos la imprevista presencia de don Pedro. Impetuosos eran sus pasos, provocativo su mirar, bien que tropezando con el indignado rostro de la autora de sus dias disminuyóse algun tanto aquella insolente audacia.

— Hijo mio, dijóle esta señora, ocupados nos veis en el arriesgado negocio

:

de afirmaros en el trono contra la recia ojeriza de nuestros comunes enemigos. Ellos me han ultrajado en la pasada noche...

— ¿Y me juzgais menos digno que esos hidalgos de reparar vuestras afrentas?... Las siento cual si dirigidas fuesen contra mi propia persona, y quiero entregaros la impúdica Leonor de Guzman para que os deleiteis en pronunciar sobre su suerte. Harto sé que toda la sangre de esa infame reparar no puede las lágrimas que os ha hecho verter, pero yo seguiré arrojándoos uno por uno sus bastardos, á fin de que vengueis en su traidora cabeza tan largos años de privaciones y oprobios.

Difícil seria pintar la desagradable impresion que produjeron estas furiosas y desconcertadas razones en el ánimo de los circunstantes. Pronunciadas con evidentes indicios de un carácter naturalmente provocativo é indiscretamente justiciero, revelaban eternas y desabridas discordias al vasto reino, en cuyo desgarrado seno

hervían ya poderosos elementos de guerra civil. Ninguno de ellos hallaba expresiones bastante eficaces para desahogar los recelos de su pecho, hasta que ofendido de la especie de mengua que denotaba este silencio, atrevióse á romperlo Benavides, personage encargado del gobierno de Sevilla.

— Paréceme, señor, que el reino no carece de sabias leyes ni de sesudos magistrados, para que V. A. haya de tomar por su propia mano venganza de sus enemigos.

— Y aun cuando os asistiera este derecho, añadió el adelantado general de la frontera, considerar diebiérais que los hijos de Leonor de Guzman lo son tambien del invicto rey don Alfonso, y que si no os hablase por ellos la sangre que circula en vuestras venas, la salud del reino debiera haceros mas cauto en provocarlos. Dueños, señor, de numerosas villas, de fortificados é inexpugnables alcázares, soberanos de infinito número de gentes entre las cuales abundan diestros

caudillos y resueltos caballeros, diéranos mucho que entender si levantasen los pendones é hiciesen bajar de la sierra sus aguerridas mesnadas. No os ofendais de la energía de un language hijo de la lealtad de un antiguo vasallo, pues que llamado al honor de tomar asiento en este ilustre consejo...

— ¿Y quién te ha conferido, Lope de Avendaño, tal honor? interrumpióle el rey con su irritante sonrisa.

— La reina vuestra augusta madre...

— ¿Y te ha conferido tambien el honroso empleo de que defiendas los bastardos?

— No por cierto, exclamó la reina sumamente encolerizada; estaba yo muy distante de tal perfidia.

— Pues ahí vereis, señora, de qué pie cojean los consejeros que escogísteis, continuó el rey con provocativo sarcasmo; y por cierto que me place haberos súbitamente ofrecido una ocasion en que reconozcais todo su mérito.

— Mis intenciones, exclamó el ade-

lantado, son las de un vasallo leal que únicamente aspira al bien de vuestro servicio.

— ¿Y exigía el bien de mi servicio, fidelísimo don Lope de Avendaño, que desoyeras al ilustre primogénito de Alburquerque cuando te hablaba en mi nombre? ¿y será justo que te dé gracias de esa petulante insolencia ni mas ni menos que de la impertinente leccion que en nombre de la salud del Estado ante estos señores me diste?

— No señor, replicó el adelantado montando en cólera, porque sabré castigarme de un exceso de lealtad desterrándome para siempre de vuestra corte. Solo suplico á V. A. que alivie mis hombros del grave destino que merecí á las bondades de su ilustre antecesor.

— No hayas miedo de que te rehuse una gracia que con tanta sumision me pides... ni seré yo, don Lope, quien te impida partir para tus tierras y llevar en ellas vida solitaria y pacífica... hincó la rodilla, ilustre primogénito de Alburquerque.

que, y besa la mano de tu amigo y de tu rey en premio de conferir á tu fidelidad y esfuerzo el adelantamiento de la frontera.

— ¡Cómo se entiende! exclamó la reina entre enojada y confusa; ¿un empleo de tanta consideracion y trascendencia encargarlo á un jóven, si bien reputado de valiente, sin las luces todavia necesarias para el arte de mandar?... Yo proveeré en quien merezca...

— Lo he provisto ya, señora, y mi voluntad es ley.

— Pero estoy persuadida de que no será tanta la audacia de don Martin...

— Ilimitada, invencible, interrumpió con fiereza el caballero, cuando se trata de obedecer á mi señor y á mi rey. El Dios de nuestros padres protegerá nuestra juventud en gracia de las laudables intenciones que nos alientan por la prosperidad de los pueblos y la estincion total de los moriscos.

— ¡Oh! todo lo llevaremos á cabo reconcentrando el poder bajo mi cetro...

— Pues ya que vuestra madre, dijo la reina con mal reprimida furia, no es mas que simple vasalla, sin percibir recompensa alguna de los sufrimientos continuos que la obligó á devorar la insolente cortesana, hacedla justicia á lo menos como rey, y procuraré olvidar que me hayais súbitamente negado el respeto de buen hijo. Justicia, digo, contra los asesinos de mi primer escudero, y exijo que en medio de los mas horribles tormentos se les arranque la confesion de cuáles fueron sus cómplices, que no dudo jueguen gran papel en tan tenebrosa tragedia la Leonor y los bastardos.

Al eco de acusacion tan imprevista, pronunciada con manifiestas señales de un indecoroso rencor, bajó modestamente los ojos don Martin, y brilló en las facciones del rey cierta complacencia sardónica que las alteraba, revelando ser cosa para él de pasatiempo asesinar á un hombre que por su ambicion ó petulancia le habia directa ó indiscretamente ofendido. Por lo demas, sin que en nada le conmoviesen las

palabras de la reina, volvióse á don Alvaro Benavides, respetable adalid de Castilla, gobernador, segun digimos, de aquella insigne ciudad, diciéndole que á él tocaba la pronta indagacion de tal negocio.

— No dejaré piedra por mover al efecto de averiguarlo, satisfizo el caballero.

— Cuento con esa eficacia, pero ya ves cuán á pechos lo ha tomado la reina, y debes traslucir por consiguiente que te podria ser funesta una indolencia culpable. Lánzate por esas calles, indaga, pregunta, averigua... si hallas al asesino lo mandas ahorcar en mi nombre, si no lo encuentras... te mando ahorcar á tí...

— ¡A mí, señor! ¿y no sabe V. A. que por mucha que sea mi diligencia es harto posible que se escape el delincuente?

— ¡Escaparse!... ¿y dónde estarian entonces esas sublimes leyes y esos profundos magistrados de mi reino? Hé aqui cuánto importa que el amo atienda á sus negocios sin contar con mucho en la decantada sabiduría de los viejos. Sobrado lo sabia yo antes de venir á poner tér-



mino á vuestro cómico consejo; pero muy presto manifestaré al mundo lo que vales y lo que valgo. Como no alcances antes de la noche al asesino, sufrirás el castigo que te indiqué, sin que haya poder en el mundo que lo pueda revocar. Síguele tú, gran prevoste.

Súbito terror pintóse en el rostro de cuantos componian la interrumpida asamblea. Salió Benavides acompañado del justicia mayor, y echáronle todos una compasiva mirada en tanto que atravesaba con vacilante paso aquel suntuoso aposento. Confuso con lo que veía, y sintiendo en su corazón que se abandonase el rey á tan desatinada cólera, meditaba don Martín los medios de inspirarle mas cordura y atajar el torrente de su indignacion indiscreta.

— ¿Qué es lo que tienes? díjole don Pedro: ¿no te ves con fuerzas para la nueva dignidad de adelantado general? Alza con arrogancia la testa, y no creas que á la sombra de tu rey se atreva persona alguna á disgustarte. ¡Hola!... señor Ruy-

Diaz, veterano capitán de alabarderos, éntre con ellos en este salón, y écheme mano al señor guarda del tesoro para que aprenda á respetar mis órdenes. ¿Me oíste? ¿ó te han salido también canas en las orejas?

— No es eso, señor, respondió el anciano con trémulo y pundonoroso acento, si no que no compete á un caballero meter mano en las odiosas atribuciones del prevooste.

— ¿Y tendrías tú esos escrúpulos de monja? preguntó don Pedro á uno de los soldados que habían entrado, cuya elevada estatura, recios miembros y desvergonzado gesto indicaban á tiro de lanza un hombre siempre dispuesto á perseguir y acometer.

— No por cierto, respondió con acento berberisco: llámanme el Zurdo, soy natural de África, y sírvese de mí el prevooste para casos que piden empedernido corazón y sangre fría.

— ¡Bravo! desde ahora te nombro, en vez de Cabeza de Vaca, capitán de

alabarderos. Lo primero que has de hacer es echar mano á ese hebreo de Gutierrez, y llevar á mi aposento las arcas en donde depositadas tiene las joyas de la corona.

Sumamente pagado de su ascenso, cuanto deseoso de manifestar al rey resolución y ardiente celo, echó mano á la custodia del tesoro, y metiólo de un empujón entre los soldados con gran complacencia y pasatiempo del vengativo monarca. Con mustio semblante, y fijos los ojos en el suelo, retiróse Ruy-Díaz para no ser testigo de nuevos desacatos; pero detuvo la reina sus pasos con estas imperiosas palabras:

— Aguarda, que sin duda ignora mi hijo que te he nombrado yo misma capitán de ese escuadrón, para que me haga pasar por la afrenta de que se revoque la orden.

— Empleado si os place en vuestro particular servicio, replicó el rey sin mirarla; pero absteneos de mezclar vuestro dictámen en cosas pertenecientes al régi-

men de mis Estados. Ahora verán los que incapaz me juzgaban de gobernarlos...

— Desatinos, tropelías, locuras... hé aquí, gritó la reina, lo único que contemplarán en vuestro infantil gobierno...

— No me acusarán por lo menos de ser juguete de nadie. Dispondré de mi autoridad, y daré impulso á mis tesoros sin que nadie se abrogue el escandaloso derecho de contrariar mis caprichos y negarme pasatiempos correspondientes á mis años...

— ¡Y es ocasion de acordaros de ellos cuando yace todavia en el féretro el cuerpo del rey difunto? ¡Ah! ¡si estan secos vuestros párpados para verter lágrimas sobre sus despojos, respetad á lo menos el luto de una desolada viuda!...

— Paréceme sin embargo, replicó don Pedro con su sonrisa ordinaria, que me habeis suficientemente enseñado á respetarlo y quererlo para que tema que os parezca fuera del caso esta indiferencia mia. Pero sea como fuere, no ha de privar vuestro luto que se abran las puertas del alcázar á mis vasallos para que ven-

gan á pedirme justicia , y borren mis justas sentencias las perversas voces que gentes ambiciosas y malsines en orden á mi carácter esparcian. Quiero que formen en derredor mio esplendoroso círculo las damas y los cababalleros, que embellezcan mi corte el culto gracejo y la noble galantería , y que se eleve la sociedad sevillana al rango que ocupan las de París y Venecia. Ea, vente conmigo, Martin, y dejemos en libertad á estos señores , hasta ver si obran de suerte que les haya de alcanzar el brazo de mi justicia.

Salieron de la estancia , quedando los individuos del consejo como asombrados de un rayo que hubiese caído en medio del privilegiado círculo. Sobre todo, la reina no podia digerir aquel tropel de afrentas y el repentino paso de autoridad tan suspirada á esclavitud tan odiosa.

— ¡ Ruy-Diaz ! ¡ buen Ruy-Diaz ! exclamó al fin traspasada de amargura: ¿ habrias podido suponer en mi hijo semejante ingratitude ?

— Nada me admira, puesto que tanto V. A. como el señor de Albuquerque despreciaron largo tiempo mis avisos. Ya no es ocasion de aprovecharlos, y como me hallo tambien sin destino en el alcázar, no llevareis á mal que me retire.

— ¡Ah! no lo hagas, que nunca tuve tanta necesidad de tus consejos...

— Aun cuando en mi mano estuviese el darlos, sé que no estaria en la vuestra el admitirlos.

— Muy al contrario, Ruy-Diaz; solo deseo para ponerlos en práctica que francamente los indiques. No vuelvas con desabrimiento el rostro... habla, ¿qué debo hacer?

— Refugiaros en un claustro...

— ¡Qué pronuncias! no esperes que me someta á tan caprichoso dictámen.

— ¡Harto lo sabia yo!...

— En efecto, porque seria la mayor sandez dejar las riendas del gobierno en manos de ese mozo arrogante y casquivano. Conózcolo mejor que tú, y sé que su valor solo consiste en brayatas. Algo

temo la prevision y la sagacidad de don Martin, pero yo haré que sea breve el período de su funesta privanza. Monta á caballo, buen Ruy-Diaz, corre al encuentro del señor de Alburquerque, que al frente de los caballeros que conducen los despojos de mi difunto esposo habrá ya llegado á Medina-Sidonia, y cuéntale lo que has visto, y mándale abandonar en mi nombre la comitiva fúnebre para precipitar su marcha hácia Sevilla. No olvides que depende todo de tu ligereza, y depon el funesto recelo de que sigan esos dos barbilampiños en su despótica marcha. No pierdas de vista que la que de tí se fia ha sido desgraciada esposa y empieza á ser actualmente desgraciadísima madre... y mucho menos que me hallo rodeada de enemigos, cuyo sangriento puñal á cebarse empieza en mis mas leales servidores... ¡Gonzalo-Gomez! ¡Gonzalo-Gomez!... ¡ah! pues contemplas, Ruy-Diaz, mi desesperacion y mis lágrimas, yo te conjuro para que en este momento de crisis no me abandones.

— Voy, señora, á obedecer vuestras órdenes, respondió el buen anciano imprimiendo respetuosamente sus labios en las manos que le alargaba doña María; pero tened entendido que despues de haber desempeñado esta comision importante adoptaré en mi propio beneficio el consejo que ahora os dí. Un sayal tosco, un apartado monasterio serán suficientes al reposo de mis canas, desde donde rogaré al cielo que no tengais que arrepentiros de haber despreciado mi último saludable aviso.





---

---

**CAPITULO VIII.**

*Don Fadrique.*

---

**D**ETENIDO toda la mañana en el alcázar por los deberes de la sublime dignidad á que el rey acababa de elevarle, maldecia el primogénito de Alburquerque el influjo del mando y la pompa de las grandezas que le privaban de correr á las plantas de la hermosísima Padilla. Fue con todo necesario ayudar primero al rey á poner en orden los muchos talegos que le trajo Samuel Leví, puesto que era ya un placer para el soberano de Castilla el contemplar y colocar simétricamente aquellos tesoros. Chispeaban sus ojos de lujuria hablando á su amigo de doña Juana de Castro y doña Aldonza Coronel, al paso que encerraba éste cuidadosamente en su pecho el secreto de sus ardientes amores. Temblaba solo de pensar que instruido el impetuoso monarca de

:

que encerraba Sevilla una beldad mil veces preferible á las que tan fácilmente lo inflamaban podria poner en movimiento todos los medios de seducirla y deslumbrar á la lindísima doncella por la brillantez de su conquista, titubear entre la gloria de aherrojar un rey y la modesta ambicion de haber fijado á don Martin.

Tuvo por último ocasion de salir del vasto alcázar, y envuelto en una capa obscura atravesó las calles para dirigirse á la morada de su querida. Con el brillante empleo que le habian conferido ya solo de él dependia poner en libertad al comendador de Hinestrosa, libertad empero que se propuso retardar algun tanto á fin de evitar este importuno testigo en su próximo coloquio con María. Ardiendo en deseos de verla, de hallarla sola, de pintarla con fervoroso acento la irresistible fuerza de su cariño, atravesaba con rápido paso las arabescas calles de Sevilla, hasta que contemplando ya algo inmediata la habitacion de su querida, vió salir de ella á un desconocido y perderse

entre varios grupos de gentes que se paseaban á cierta distancia. Inquieto de quién podia ser, apretó el paso para alcanzarle, y al volver la primera esquina topó con él y reconoció al ciego Matías disputando con unas mugeres del vecindario. Algunas palabras sueltas, recogidas por azar en esta cómica querella, excitaron su curiosidad, bien que el temor de ser descubierto obligóle á proseguir su camino. Llegó á la puerta de la casa de Hinestrosa, y al entrar preguntó á Paloma quién era el hombre que acababa de salir.

— Es mi marido, respondió la muchacha.

— ¿Matías el ciego? ¡valiente pícaro!...

— ¿Tan á fondo lo conoceis, señor?

— No por cierto... ¿dónde quieres tú que lo haya visto?... pero la muger que me hablaba esta mañana decia que él tuvo la culpa de la prision del comendador por haber introducido en tu casa el infante don Fadrique.

— Pues no fue mi marido quien lo trajo...

— ¿Luego ese gran maestro de Santiago ha venido alguna vez?

— Estas no son cuentas mías, repuso la muchacha sumamente turbada; otros hicieron el mal, y echan sin duda la culpa al pobre que no la tiene.

— Háblame con sinceridad, Paloma, replicó el mozo esforzándose en disimular sus iras: yo te prometo mostrarme generoso contigo.

— Repito que mi Matías no tiene arte ni parte en tal asunto; que no se mezclaba en cosa alguna; y que toda su intervencion se reducía á llevar al maestro sin luz hasta la plaza de san Francisco, donde dejaba sus gentes cuando venía de noche...

— ¡De noche, pícara! interrumpió el jóven sin poder reprimir la cólera... como inmediatamente no me digas quién se atrevió á introducir en casa de doña María sin conocimiento de su tío ni de su hermano don Diego á...

— ¡Qué! no señor: bien al contrario; era el mismo don Diego el que conducía al infante...

— ¿Sin que se opusiese el comendador?

— Antes rebosábale la alegría por el cuerpo.

— ¿Y tu señora? siguió preguntando, aunque con tímido acento.

— ¡Oh! respecto de mi señora, no la ha visto mas que una vez, y esto por casualidad. Encerrábase siempre que el otro venia en su aposento, sin que fueren parte para obligarla á salir las amonestaciones del tio y las instancias algo mas vivas del hermano.

— Refiéreme por tu vida cómo empezó este conocimiento, y qué causa habia para que el maestre les visitase á tales horas.

— Por la Vírgen, señor, que me repugna el hablar contra mis amos; pero no puedo dejar de advertiros que don Diego es hombre de poco valer, aficionado á tabernas y á pasar las noches con rufianes

y mugercillas. Sin duda en tales garitos contrajo conocimiento con el Zurdo, cierto capataz de maceros del alcázar que anda perdido de amores por vuestra humildísima sierva. A la cuenta debió de ver el tal Zurdo la incomparable beldad de doña María, puesto que le sorprendí en diferentes cuchicheos con su turbulento hermano acerca del modo de traer al infante para que conociese á tan ilustre doncella. Digo, pues, que como macero del alcázar no dejaba de tener con él alguna connexion y saber á fondo todas sus trazas y aventuras. Por esto aconsejaba al don Diego ocultar semejantes visitas á fin de que no llegasen á oídos de doña Aldonza Coronel, dama que anda perdida por el maestro, y es muy temible cuando la irritan los celos. De consiguiente, bien tomado el pulso á este negocio, afirmóse el Zurdo en que solo de noche podia y debia acompañarlo.

— Dígote, exclamó Alburquerque, que el tal don Diego es un infame, un caballero desleal...

Pero escapándosele esta indignada exclamacion con alguna vehemencia, oyóla doña María, y saliendo al momento de su estancia para saber quién gritaba, vió á don Martin, y llena de alborozo corrió á su encuentro.

— ¿Dónde está mi tio? preguntóle con infantil ternura: ¡ingrato! creí que me lo traeríais, y venís para anunciarme tal vez que no puede salir de la prision.

— Vengo para tener contigo un momento mas de libertad, pues me importa sobremanera hablarte á solas.

Asi diciendo, hizo seña á Paloma de que se alejara, y metiéndose con su amada en el salon empezó á dar grandes vueltas mientras pintábanse en su varonil semblante las mas contrarias pasiones. Mirábalo al soslayo la atónita doncella, y temblaba interiormente al contemplar la súbita alteracion de su espresivo rostro. Deseaba sin embargo que le manifestase sus cuitas, y sin atreverse á pedirle cuenta de ellas iba siguiendo con dulcísimos ojos sus varios movimientos, al paso que le

latía tímidamente el corazón cada vez que golpeaba con su planta la alfombra del pavimento. Detúvose al fin delante de ella, y arrojándole una ojeada de indignación, díjola que todo lo sabía, que no se ocultaban ya á su perspicacia las repetidas visitas que en desusadas horas había hecho el infante.

— Y bien, señor, respondióle con virginal simplicidad, ¿qué encontráis de malo en que el comendador y don Diego tratasen de merecer y captarse los favores del gran maestro de la orden, el hijo favorito del rey, y por quien delira doña Leonor de Guzman? Si considerais cuánto sufrió nuestra familia por adicta á la vuestra, y que la misma señora de Alburquerque, que tierna y generosamente me quería, no dudó aconsejarnos que nos valiésemos de semejante medio...

— ¡Qué es lo que dices! ¿mi madre aconsejarte contraer conocimiento con mozo tan relajado y libertino?...

— Sin duda no me comprendéis, señor... os hablo del príncipe don Fadrique,



el gran maestro de Santiago, caballero, según es fama, sumamente culto, y además algo íntimo de mi hermano...

— Pues ese hermano, María, ha cometido en traéroslo una acción indigna de vuestra cuna.

— Pero si no habeis olvidado que desde que vuestra madre se retiró á Sahagun quedamos espuestos á la ojeriza de la corte, sin otro motivo que haber formado parte del partido de Alburquerque, no debereis extrañar el empeño de don Diego en procurarse alguna proteccion de parte de los hijos de la dama favorita. Hacia algun tiempo que habiamos ido enagenando nuestros bienes para mantenernos con la decencia debida; mi tio solicitaba en vano otro destino de su orden á fin de poderlo pasar con mas ensanche, y como creyó alcanzar esta gracia por especial favor del maestro, no es mucho le tuviera cierta consideracion y le admitiese en su casa.

— Repito sin embargo que ese protector es hombre relajado y peligroso, y que vuestro hermano procedió muy de ligero...

— Moderad por Dios un lenguaje que me ofende. Desgraciado ahora, sin prestigio y sin poder, preséntase don Fadrique en el mundo á manera de un personaje proscrito, á quien se deben toda suerte de atenciones. Si en tiempos de su grandeza no se desdeñó de proteger á los Padillas, ¡cómo quereis que lo desechemos cuando mas necesita de la gratitud de sus amigos!

— No quiero tanto, María; pero la fama de ese príncipe en orden á su belleza, prodigalidad y galanterías, háceme temer por una familia ambiciosa cual la vuestra...

— Suposicion indigna de entrambos, don Martin... ni mi familia ignora que el maestre de Santiago no puede contraer matrimonio con nadie, ni ha olvidado tampoco lo que se debe á sí misma. Aun resuenan en los salones de nuestro antiguo castillo las palabras de aquel maestre de Calatrava que supo preferir una muerte ilustre á una vida vergonzosa.

— Admiro, amable niña, el temple

de vuestra alma, acreedora por mil títulos á mi pasión y respeto. ¡Ah! vuestra familia ha sufrido en efecto largo tiempo por sus conexiones con la mía, y es muy justo que procure recompensarla. La amistad con que me favorece el príncipe me abre vasto campo para atender al reparo de sus urgencias, y puesto que tiene vuestro tío fundados derechos á que le nombren uno de los primeros comendadores...

— ¡Ah! no espongais vuestra privanza por el deseo de favorecer á una familia infeliz...

— ¿A qué viene, María, este generoso cumplido? ¿estarias enojada por haberte hablado con alguna libertad?

— Paréceme que no, respondió sonriéndose, aunque no puedo dejar de decir que hace poco advertía en vuestras facciones no sé qué indicios de dominación que ocultaban á mis ojos el amigo de mi infancia.

— ¿Y no me disimularás un involuntario movimiento de despecho en gra-

cia del recelo de que hubieses podido amar á don Fadrique?

— ¡Disimularlo!...

— Disimularlo, olvidarlo, concederme, dulcísima María, un generoso perdón...

— ¿Y quién negarlo pudiera á caballero tan digno de ser querido?...

— Revélame además, ángel consolador de mis agitados días, si algún paladin mas dichoso que el maestre ha tenido la incomparable fortuna de hacerte sentir un amoroso cariño...

— No sé qué os diga, satisfizo la doncella echándole una tiernísima mirada; acaso percibo en lo mas recóndito de mi pecho cierto inesplicable movimiento de ternura por el único caballero digno á mi juicio de inspirarla. Pero al considerar que debe el sér á un señor de vasallos, no menos opulento que orgulloso, dificulto que me sea dado labrar su dicha ni unir mi suerte á la suya.

— Y si á pesar de tan intempestivo recelo no dudaba en asegurarte su fé sin que de obstáculo sirviesen las pompas de

la grandeza ni los vanos títulos de mas afortunada hidalguía, ¿hallaríaste dispuesta á sacrificarle por él y á jurarle eterno amor?

— ¡Ah !...

— ¿Qué serian entonces para entrambos las cárceles , las cadenas ó la muerte? ¿qué serian el rencor de las familias ni las violentas persecuciones de los que quieren en estos ominosos dias de disipacion y discordias sacrificarlo todo al orgullo y al poder?

— Débiles barreras , amigo mio , si consistiese la desgracia de entrambos en el capricho de sus parientes ó tutores; pero recuerdo por mi desgracia que existe cierta razon en favor de ellos , que acusarme pueden de haber cortado los vuelos á una fortuna colosal , y no sé qué secreta repugnancia me aparta entonces de mi suspirada dicha.

— ¡Suspirada !...

— En efecto , porque las primeras impresiones de la vida las recibí junto á tí , y no hay objeto en el mundo ni idea

en mi imaginacion que no guarden cierta armonía con tu caballerosa persona.

— ¡Qué oigo!... ven, ven á mis brazos, delicioso amor mio, y recibe en ellos el juramento eterno de no amar, no respetar en el mundo sino á tí. ¿Por qué lloras? prosiguió imprimiendo tiernamente los labios en sus ruborosas lágrimas; ¿dudarias tal vez de mis palabras y del punzonoso cariño que me las hizo proferir?

— No, no dudo, pronunció con tímidos sollozos la doncella.

— ¡Ah! ¿seria que no me amases? ¿que sintieses verte obligada á desvanecer la ilusion de mi fantasía?

— Tampoco...

— Pues ¡qué te detiene!... dime que no desprecias mi amor, que te dignas favorecer con tu ternura esta agitacion violenta que me inspiras, agitacion ¡ay de mí! que penetra hasta lo íntimo de mi alma y me convierte de repente en hombre desconocido.

— ¿Y es posible que al fin me exijas una confesion que harto te revela el llan-

to de mis ojos, la turbacion de mi rostro, el fuego de mis suspiros?... sobrado te ama ya esta infeliz para poderse prometer en el mundo la deliciosa paz de la inocencia, ni la que me proporcionó hasta ahora el vivir retirada y desconocida.

— ¡Desde hoy eres mi dama y mi señora! exclamó Alburquerque hincando una rodilla en tierra y besando con el ademán respetuoso de aquella época la orla de la leve túnica que dejaba traslucir los delicados contornos de María.

— Y tú, respondió ésta con encendido rostro y tímido acento, mi caballero y mi amante, la gloria de mis días, la esperanza de mis inocentes ilusiones...

Inclinóse hácia él para levantarlo, pero recibéndola en sus brazos estrechóla con generoso entusiasmo renovando la promesa de amarla siempre y de traer aquel mismo día á su presencia al comendador de Hiestrosa.

Al salir encontró á Paloma, que sin duda, cumpliendo con los deberes de fiel y discretísima criada, habria estado escu-

chando el dulcísimo coloquio de nuestros apasionados amantes. Acercóse á don Martin con picaresca sonrisa, y rogóle, por demas cariñosa y zalamera, que pusiese en libertad á su inocente marido. Ignoraba al pronto el de Alburquerque quién fuese : pero en cuanto se acordó de Matías, sobrecogióle la desagradable idea de que si lo hallaba en aquella casa podria venir en conocimiento de haberle servido de piloto en la noche del asesinato de Gonzalo-Gomez, y poner al de Benavides en camino de averiguar el verdadero autor de semejante alevosía. Esto fue bastante para que recibiese con desabrimiento las instancias de Paloma, á quien prometió sin embargo poner al ciego en libertad, bien que bajo el supuesto de que arreglaria las cosas de modo que no se encontrasen ambos en aquella casa si no queria perderlo para siempre.

— ¡Válate el diablo por la tema!... exclamó la doncella al verlo salir : ¿si habremos hallado otro Zurdo en tan vehementemente caballero?...



---

**CAPITULO IX.**

---

**L**LENO entre tanto de celo y de pesadumbre, iba siguiendo en sus averiguaciones el gobernador de Sevilla, con el objeto de alcanzar los asesinos de Gonzalo-Gómez. Ya declinaba rápidamente el sol hacia su poniente sin que hubiese podido recoger indicio alguno acerca de tan misterioso suceso. Varias muertes violentas habíanse cometido en el bullicio de la noche pascual, puesto que la agitación de un populacho estimulado con bebidas, danzas y comilonas, daba necesariamente pábulo á lamentables desórdenes. Tan pronto creíase marchar por la buena pista y soltaba sus alanos en la firme creencia de que iban á sacar el delincuente de entre la densa nube que lo envolvía, tan pronto desvanecíase esta esperanza marchando nuevamente al azar y dando principio á otras indagaciones igualmente pesadas, deslumbrantes é infructuosas.

:

Muerto de desesperacion y fatiga, y renegando interiormente de su menguada estrella, entró poco antes de anocheecer en su casa, y encontró en ella al formidable Zurdo, reciente capitán de alabarderos, que de parte del rey venia á buscarle para que fuese á darle relacion del fruto de su deligencia.

— ¡Qué cuenta he de dar, triste de mí, exclamó el caballero, si á pesar de árduas fatigas no me ha sido posible sacar nada en limpio!

— Tanto peor para vos, respondióle el otro con voz algo brusca.

— Pero no dejará de apreciar S. A. el afán con que he cumplido sus órdenes.

— Ahorcándoos mañana mismo en medio de la plaza pública...

— Modera esa lengua, bribon... que si por un efecto de su mocedad pónese el rey colérico y profiere quizás espresiones irritantes, no por eso permite que un pícaro de tu laya insulte sin mas ni mas á un magistrado de Castilla.

— Allá lo veredes, repuso el Zurdo

retorciéndose los vigotes y mirando de arriba abajo con insolencia y desprecio al ilustre Benavides: digo que allá lo veredes...

— Sabe ademas, señor valenton, que para decapitar á un hombre de mi gerarquía es fuerza que se reunan los jueces de aquestos reinos, sin cuya aprobacion de nada sirve la sentencia del monarca.

— Pues mientras llega el momento de que le digais cara á cara estas lindizas, reparad allá á lo lejos en la elevadísima horca que se ha plantado de orden suya para que danceis entre sus aspas. Y no es esto lo mas chusco, sino que el pueblo sevillano bendice á gritos la justicia de nuestro rey y el suplicio que lo venga de vuestra pertinaz tiranía.

Volvió la cabeza el infeliz, y tropezaron sus ojos con un elevadísimo patíbulo. Aturdido de semejante espectáculo, iba difícilmente siguiendo á su conductor con la vista alterada, con la boca abierta, espantadizo el rostro y la planta vacilante,

cual si acabase de despertar de un terrible sueño, y dudase si dar crédito á sus horrorosos cuadros, ó efectivamente suponerlos diabólico parto de una fantasía delirante. Pronto empero le quitaron hasta la leve esperanza de semejante duda las inmensas oleadas del populacho, que complaciéndose en ver humillado al hombre que sabia poner término con férrea vara á sus excesos, corria á su encuentro para recrearse cubriéndole de blasfemias y de oprobios. Como no habia dejado de sufrir bajo el reinado de don Alfonso á causa de las continuas guerras, frecuentes epidemias, malísimas cosechas y superabundantes cargas para sostener el lujoso atavío de doña Leonor de Guzman y la espléndida pompa de su corte, prometíase maravillas del nuevo rey, y trataba de celebrar su exaltacion al trono tanto para dar rienda á su entusiasmo como para chocar en cierto modo con los hidalgos y los grandes, sumamente pesados de haber perdido un protector en el monarca difunto. Vistieron para esto una

estátua de palo, en la que creyeron reconocer ciertos puntos de semejanza con los rasgos de don Pedro, y despues de hacerla mas notable adornándola con rubia cabellera, colgaron de sus espaldas un manto real, y cubrieron su cabeza con resplandeciente corona. Levantáronla en seguida sobre una especie de trono correspondiente ni mas ni menos que las insignias reales al rústico carácter de aquel siglo, y poniéndoselo en hombros corrieron de calle en calle proclamando al jóven rey, precedidos de una cuadrilla de ciegos que respondian á tanta algazara con los festivos instrumentos de una música morisca. Detenidos al fin ante el mismo alcázar, vieron llegar al gobernador precedido del Zurdo y escoltado por cuatro maceros con semblante tan mustio y acongojado que formaba contraste casi ridículo con la severidad y la arrogancia que distinguieran en todas ocasiones á su poderosísima persona. Recibiéronlo con innumerables voces, palmadas y silbidos, cual se recibe en la plaza á un toro de

fea estampa y desacreditada bravura, y saliendo el ciego Matías de la alegre comparsa que capitaneaba, pidióle con humildad irónica una limosna.

— Anda tu camino, hermano, respondióle con resignado talante el caballero.

— No quisiera en verdad sin mereceros un cornado para beber á la salud del monarca y rogar á los santos que no dejen de asistirnos en vuestros últimos momentos.

Nada respondió Benavides á esta desapiadada insolencia.

— Digo que para asistirnos en vuestros últimos momentos, insistió el ciego, porque ya veis, buen Benavides, que nos asalta la muerte cuando menos se la espera. Tal hay que cree recibirla bajo dorado arteson, y lo alcanza la muy indina en medio de la plaza pública, y el que solo teme á la calentura y á los médicos perece á deshora bajo los golpes de un macero ó á las vueltas de un cordel.

Entregado al placer de la venganza, y satisfecho de sus propios sarcasmos oyendo en derredor las risotadas y aplausos que escitaban, no advirtió Matías que colgado del prisionero ni mas ni menos que un encarnizado mastin habíase ya metido en los límites del alcázar regio. Hízoselo notar el eco de su propia voz resonando por las bóvedas, y queriendo revolver para remediar su imprudencia sintió que lo levantaban asiéndolo vigorosísimamente por la cintura al mismo tiempo que oyó temblando la voz del Zurdo, que con su natural insolencia repetía: — No lo solteis, alabarderos; aprenda, voto á Lucifer, que el pícaro que se atreve á faltar de esta suerte al respeto debido á la magestad es justo que algo le alcance del sabor de la penca y del corbacho.

Entraba á la sazón en el alcázar el primogénito de Alburquerque, y abriéndose la guardia en dos líneas para facilitarle el paso, descubrió á Benavides pálido y avergonzado entre los cuatro maceros.

— ¿Qué es esto? dijo: ¿qué motivo hay para tratarlo con semejante rigor?

Figuróse Matías que se dirigian á él estas consoladoras palabras, y reconociendo en la voz á uno de los dos que habia conducido á la habitacion de Maese-Paolo, púsose á gritar con todas sus fuerzas que lo aconiesse en tan negra desventura.

— ¡Miserable! interrumpióle el Zurdo dándole un recio espaldazo: ¿con tan poco respeto osas hablar al adelantado general de la frontera?

— Alejad de ahí á ese hombre, exclamó don Martin.

— El mismo es, el mismo sin que ya me quepa duda, repitió el ciego. Ea, señor estudiante, ved que soy el infeliz que os condujo...

Pero el Zurdo no le dejó proseguir, y acomodándole la mano en la boca para ahogar sus clamores, metiólo de un empuellon en el obscuro y abovedado aposento en que solian hacer su rancho los albarderos.

— ¿A dónde llevais al hidalgo. Be-



navides? preguntó nuevamente el de Alburquerque.

— A la presencia del rey, señor.

— Pues encárgome yo de conducirlo, replicó, tendiendo amigablemente la mano al magistrado.

Estrechóla Benavides entre las suyas, y empezó á seguir con mas aliento á su generoso conductor. Atravesando los arabescos salones del alcázar, notaba con extrañeza y displacer que no se advertia por él ningun indicio de la muerte de don Alfonso. Encontrábanse donde quiera pages de alegre rostro y cortesanos de semblante risueño, prontos á ensalzar los caprichos del nuevo rey, no menos que á hacer alarde de un intempestivo gozo. En valde hubiera sido buscar algun resto de aquella corte tan circunspecta y brillante pocos dias antes, puesto que la que se habia repentinamente alzado sobre sus ruinas mostraba por todos sus ángulos cierta algazara irreflexiva y juvenil, anunciando á tiro de lanza una época absolutamente contraria á la por tantos siglos

señalada con la imponente gravedad de los monarcas de Castilla.

Después de haber atravesado una prolongada hilera de estancias cubiertas con ligeros tapices, resguardadas por gruesas bóvedas del ardiente sol de Andalucía, llegaron á los umbrales del salón regio. Las macizas puertas permanecían cerradas, pero al descubrir los maceros al ilustre primogénito de Alburquerque abrieronlas de par en par rodando las doradas hojas sobre el sonante quicio. Descubrieron entonces al rey don Pedro sentado entre Juana de Castro y Aldonza Coronel, y recibiendo los homenajes y las honras de una corte desenfrenada y juvenil. Hermosísimas jóvenes, lindísimos pages, complacientes dueñas formaban vasto círculo en derredor del monarca, cuyos ojos chispearon de curiosidad y alegría al descubrir á Benavides por encima del hombro de Alburquerque.

— Ahora bien, señor ministro, preguntóle, ¿dísteis con el asesino de Gonzalo-Gomez?

— Ni nunca podrá dar con él, señor, satisfizo con aire resuelto don Martin.

— Por vida tuya, respondió el rey, que no haces justicia á los sutiles talentos de Benavides. ¿Ignoras era el mas sabio de cuantos adornaban el consejo de la reina?... por esto le encargué buscar al asesino de su gallardo escudero.

— Pero hácese necesario saber, observó el de Alburquerque, si el acero que hirió á Gonzalo-Gomez fue efectivamente manejado por el brazo de algun asesino. En estos tiempos de disensiones y revueltas pudieran haberlo muerto defendiendo la propia vida, ó la de un amigo tal vez.

— ¡No !... exclamó la reina entrando en la regia estancia con desordenado semblante y los ojos encendidos de cólera: el matador de mi escudero es un vil, es un cobarde asesino... ¿os admirais? prosiguió reparando en cierta sonrisa sardónica de don Pedro y no pocos indicios de confusion en el semblante de don Martin, pues venid conmigo, reconoced el cada-

ver, y notareis la herida en la espalda con todas las señales de una traicion baja é infame.

Al soltar estas espresiones con sobrado enojo creció el ruboroso abatimiento de Alburquerque, y convirtiése en vengativa la risita insultante del monarca. Como estaban presentes muchos ricos-hombres de Castilla, resolvió pillar desde aquel momento un hueco para sonrojar á su infeliz madre, sin consideracion á sus años, ni á que viviendo desde largo tiempo despreciada y solitaria tenia harta disculpa en no haber guardado todo el recato que debia á su propio nombre y á su esfera. Cabalmente volviése esta señora á Benavides preguntándole con exaltado interés el éxito de sus averiguaciones, y habiéndole contestado que ni lo habian tenido ni esperaba lo tuviesen, descubrió un indiscreto despecho echándole insolentemente en cara que habia faltado á sus deberes.

— Esa reprension es injusta, satisfizo Benavides indignado del ultrage; es-

peraba por cierto una recompensa mas correspondiente al afan de sacrificarlo todo por V. A. aun cuando arriesgaba los bienes y la vida en semejante sacrificio.

— Ni os pedia tanto entonces, ni queria que os mostraseis en la actualidad tan flemático y prudente. ¿Ignoras, mal aconsejado hidalgo, que me han herido á mí propia en el mas antiguo y fiel de mis escuderos? Arrimad esa vara que no honrais, y á mi cargo dejaredes la indagacion de este negocio. ¿En qué ángulo de Sevilla se ha verificado la tragedia?

— A la vuelta del candilejo, junto al portal de cierta jóven de sospechosas costumbres que llegó de Toledo hace pocos dias.

— ¿Y no has mandado prender á esa infame y tenderla en el potro para arrancarla del cuerpo cuáles han sido sus cómplices?

— Hallábase cabalmente desde la mañana anterior en casa de una amiga suya donde ha pasado la noche. Sin embargo,

no solo me apoderé de su persona, sino de cierta carta del escudero que llevaba encima.

— Venga esa carta, interrumpió la reina ya del todo airada y frenética.

— Ahí está, señora, respondiéndola Benavides con aire de menosprecio, ahí está... pero advierto á V. A. que nada sacará en limpio de tal documento fuera de la inmoderada pasión de Gonzalo por la Cantarilla y de los celos que escitara á cierta dama...

— ¿Y la nombra? atajóle el rey con manifiesta malicia.

— No señor, pero se venga acusándola de vieja, impertinente y maligna, y asegurando á la manceba que el amor que la tiene sube por lo menos tanto...

— Eres un insolente, interrumpió doña María fuera de sí, un insolente, y desde ahora te mando que pongas un freno á esa lengua viperina.

— No, no, exclamó el rey sonriéndose al mismo tiempo que se pintaba ás-

pera desaprobacion en los semblantes de todos los barones y caballeros alli presentes; digo que Benavides habló con singular acierto, y que no es acreedor á semejante castigo. A nadie si no á mí quiero que entregues la carta. ¿Pero es verdad que no se trasluzca por ella el nombre de la discretísima dueña?...

— Repito que no se trasluce, repuso Benavides con indiferente calma, aunque es imposible que la Cantarilla lo ignore, y adoptando el medio del tormento que se me indicó hace poco...

— Ese hombre, interrumpió la reina, no hace mas que abusar con invenciones absurdas de nuestra crédula sencillez. Dijisteis, hijo mio, que si uniéndose á los enemigos de vuestra madre se atrevia á rehusarle una justa satisfacion de la afrenta de que se queja, mandaríaisle perecer en infame suplicio... pues reclamo desde luego la ejecucion de tal promesa.

— Concedíle no obstante la jornada para descubrir al matador.

— Pero V. A. sabe bien, observó don Martín sin ya poder contenerse, que por mucho que sea el campo que se le abra no ha de dar con los que cometieron semejante alevosía.

— Tal se muestra empero la voluntad de la reina, respondió don Pedro con hipócrita sumisión. Ea, Benavides, concédote también el día de mañana para que conduzcas ante mi madre el asesino con una soga al cuello y arrastrando pesadísimas cadenas. Tu recompensa ó tu castigo serán correspondientes al éxito de tal negociacion. Retírate: cuide el adelantado de acompañarte á tu propio tribunal con el decoro debido hasta que en vista de tus procedimientos pronunciemos de tu suerte.

La amarga ironía que se descubría en estas palabras hizo verter lágrimas á su infeliz madre, que, si bien culpable, no era digna de tan insolente tratamiento. Es comun opinion que el hombre jóven, en los raptos de impremeditada cólera, muestra su carácter sin rebozo, y rara vez con



desventaja suya ; pero que cuando solo sirven estas violencias para poner en claro cierto deseo de venganza , incompatible con el generoso impulso de la juventud , preséntase al mundo como una escepcion de su propia especie , y anuncia á su siglo un genio sobradamente capaz de hacerlo desgraciado. Apenas creyendo los que presentes se hallaban á la escena que acabamos de describir que se hubiese convertido en persecucion dañina , en deseos de maliciosa ofensa la antigua gravedad de los Alfonsos y el denodado esfuerzo de Sanchos y Bermudos , dudaban si era en efecto el mozo que tenian delante el vástago precioso de tan clarísimos reyes. Disculpáranle algunos en razon á la necesidad de mostrarse justiciero ; pero la especie de complacencia manifestada al levantar un poco el velo que encubria las flaquezas de su madre , inspirábales una desconfianza harto justa. Cuantos caballeros llenos de condecoraciones y canas se habian reunido en torno del trono real hubieron de sonrojarse á la vista de tan in-

;

digno envilecimiento. No que desconociesen la indiscrecion y el carácter algo vulgar de la reina, sino que no podrian dejar de comprender cómo no se apresuraba su hijo á tender su propio manto sobre sus disculpables extravíos. Conocian que doña María, en el mero hecho de querer valerse para su ensalzamiento del nombre del verdadero sucesor de don Alfonso, obrára de mala fé, que algunos grandes de su partido, llevados de impulso no menos ambicioso, quisieran convertir al infante en una especie de manequin que les sirviese de escudo, y que colocado don Pedro entre dos bandos distintos por naturaleza, aunque parecidos en el objeto, no era mucho que castigase á un tiempo mismo á los corifeos de uno y otro; pero ninguna de estas razones abogar podian por la insensible política, por el bárbaro deleite de desconceptuar y poner en ridículo á la reina. Notaron al disolverse la audiencia el aire sumamente abatido con que esta señora se retiró á su estancia, por lo que si antes inspiraba á todos

cierta indiferencia que lindaba con el desprecio, movíales nuevamente á compasion justísima y generosa.

Seguramente que la persona en quien mas impresion hicieron estas reflexiones fue el primogénito de Alburquerque, caballero el mas cumplido de aquella edad de aciaga y tenebrosa memoria. En vano las pesaba y las media por el deseo de hallar disculpable á su monarca: cuanto mas las meditaba, menos razon para disculparlo tenia. Nadie alcanzó como él á qué escándalo llegára el malhadado cariño de la reina por su fátuo y ambicioso escudero, ni mas ni menos que las fundadísimas quejas que formar podia el príncipe de su petulancia é insolencia; pero esto mismo era en su concepto un motivo de caballeroso perdon, sobre todo de parte de un hijo que en cierto modo acababa de arrebatarse de sus manos el castellano cetro. Concluía no obstante para su propia tranquilidad, que satisfecho de la amarga leccion que con sobrada libertad habia dado á una madre, no solo se abstendria en lo

sucesivo de sonrojarla, sino que tomaria un rumbo mas correspondiente á las esperanzas que en él fundaban los buenos de ambas Castillas. Llevado de estas ideas, y sumamente satisfecho de la ilusion que acababa de lisonjearlo, apenas llegaron al último zaguan del alcázar adelantóse con Benavides, y díjole que no se mostrase tan abatido, que viviese en la persuasion de que respecto de él habia cesado la ojeriza del monarca.

— ¿Cómo creerlo, respondióle, cuando no respeta á las únicas personas que por su carácter y parentesco hallarse debieran á cubierto de sus iras?

— Os ruego que no lo juzgueis por lo que hasta ahora habeis visto: ignorais sin duda cuánto han contrariado su carácter naturalmente impetuoso para que podais penetraros de la especie de disculpa que lleva en sus juveniles furoros. Conózcote mejor que vos, y sé que al darme orden de acompañaros quiso decirme que viese de disponer secretamente vuestra fuga. Huid, ilustre Benavides, y dejad á

mi cuidado las consecuencias de este negocio.

— ¿Y es posible que en medio de esa depravada corte se halle un jóven de tal suerte pundonoroso y reflexivo?

— No merezco esos elogios, pero deseára haber librado vuestras canas de los desaires y humillaciones que os han hecho sufrir, no menos que...

— Esos sentimientos me hacen venerar al rey en su consejero, y disculpar desde luego la eleccion que ha hecho en vos para atlante de esta combatida monarquía. ¡Pluguiese al cielo que al conferiros dignidad tan alta, ultrajado no hubiese á varon de carácter recio y rencoroso y altivo como el señor de Avendaño! Sabed que ya salió de Sevilla hirviente el pecho de envenenada cólera y concibiendo en su mente los mas bárbaros proyectos...

— ¿Y adónde ha ido?

— A Medina-Sidonia, fortísima villa de doña Leonor de Guzman...

— ¿Quién manda en ella?

— Don Alfonso Fernandez Coronel,

varon poderoso y valiente, el amigo íntimo del conde de Trastámara.

— ¿Luego existe una alianza terrible entre algunos grandes de estos reinos?

— Existe: reunidos teneis en Medina á don Tello y don Fadrique además de los nombrados, y estan por ellos los caballeros de Calatrava y de Alcántara, y ese desventurado vástago de los Cerdas, espantajo eterno para los monarcas reinantes.

— ¿Y llevareis á mal que os pregunte de dónde habeis adquirido estas noticias?

— Vuestro propio padre las participa á la reina. Leyónos esta señora el pliego en que le manifiesta los grandes obstáculos que halló para que reconociesen á don Pedro. Aquellos marciales ricos-hombres y potentísimos barones, cual si se avergonzasen de ser gobernados por un mozo barbilucio ó temiesen la mala índole de su condicion, resistiéronse casi abiertamente á proclamarlo, por manera que si algo consiguió de su fiereza el de Al-

burquerque fue prometiéndoles condecoraciones y empleos, ofreciéndoles en garantía sus mas bien murados castillos. Y mientras andaban en tal lucha y desconfianza, mientras casi á la fuerza sometíanse á las persuasiones de vuestro padre, ¡qué impresion no habrá hecho en ellos la llegada de don Lope, escapándose como por milagro de las manos de ese jóven insensato que lo llenó de dicterios!

— ¡Ah! ¡sobrado preveo las consecuencias de indiscrecion semejante!...

— Paréceme oírle proclamar que el de Alburquerque los engaña, que en vez de contar con un jóven de condicion generosa, solo cuenten con un dañino rapaz para quien es cosa de pasatiempo y juego ajar la honra de la hidalguía castellana...

— Me haceis temblar, Benavides...

— Y añadid á eso la animada pintura del odio que ha manifestado contra la de Guzman y sus hijos, el desprecio con que arrebató el cetro de las manos de su madre, el injurioso, el bárbaro tratamiento contra el gobernador de Sevilla y...

— El azar de que vais á reuniros con esos descontentos...

— Si tal hubiese sido mi designio, escapárame con el de Avendaño sin necesidad de arrostrar nuevamente las iras del rey don Pedro. No diré que pueda amar á un mozo tan falto de corazon y menguado de caletre, pero la justicia está por él, y á fuer de buen castellano sabré morir antes que serle desleal...

— Y yo, generoso Benavides, esclamó el ilustre primogénito estrechándolo en sus brazos, interponer mi pecho entre vuestra cabeza y su acero para que en ningun tiempo seais víctima de su precipitacion juvenil. Quiero ademas en obsequio de esa desinteresada lealtad, que sinceramente admiro, que guieis mi inesperienza en situacion tan crítica. ¿Qué providencias juzgais oportunas para atajar el torrente de la rebelion?

— Ningunas...

— ¿Hablais de veras?...

— Absténgase de todo insulto, renuncie á toda accion que no pueda con-



vertirse en su elogio, é iremos ganando tiempo para adivinar el rumbo de los sucesos. Las circunstancias son graves, y la reina, cuyo carácter sobrado tarde conocí, no hará mas que poner nuevas trabas á la situacion notablemente crítica de los negocios.

— Yo os aseguro que no volverá á tomar las riendas del gobierno...

— ¡A Dios pluguiese!... por mi parte respondo de la tranquilidad de este pueblo como se me restituya la consideracion que se debe á mi importante destino.

— Pues sigamos por el mas público sendero, repuso tomándole de la mano, y permitid que os lleve como en triunfo á vuestro propio tribunal.

Y acompañados de una guardia de honor, siguieron entonces por las calles mas transitadas de Sevilla, pensando el uno los medios de descubrir al asesino de Gonzalo, y temiendo el otro que no saliesen fallidas las esperanzas que formaba aun en el carácter del nuevo rey. Entre tanto acudia el populacho á reparar sus inju-

rias respecto de Benavides, bien que mostrábase tan insensible el magistrado á sus clamores, cual desdeñoso anteriormente á sus ultrajes. Atravesaba con ademan indiferente aquella nube de vocingleras mugeres, de mozos cubiertos de andrajos, de viejos con sus revueltas barbas apoyados sobre báculos, por entre cuya muchedumbre sobrenadaban tambien algunos férreos capacetes, anunciando los hombres de armas de prepotentes barones. Y como eran á la sazón muy fáciles de entusiasmarse estas masas populares, iban siguiendo, segun hemos dicho, á nuestros héroes, presentando el mas acabado cuadro de la escasa civilización de aquellas edades, y una especie de mágico panorama de su caprichosa índole, fisonomía original y ardientes y turbulentísimas pasiones.

**FIN DEL TOMO PRIMERO.**

*El Primogénito*

**DE ALBURQUERQUE.**



**EL PRIMOGÉNITO**

*de*

**Albuquerque.**

POR

**DON GREGORIO PEREZ  
DE MIRANDA.**

---

**TOMO II.**

---

**MADRID.**

IMPRESA DE REPULLÉS. — NOVIEMBRE DE 1833



EL PRIMOCENITO

de  
Alfonso Pérez

por

DON GREGORIO PÉREZ  
DE MIRANDA

TOMO II

MADRID

IMPRESA DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

---

---

# EL PRIMOGÉNITO

DE

Albuquerque.

~~~~~

CAPITULO I.

MARÍA de Padilla habia vivido desde la tierna infancia con su madrina en retiro no menos austero que el de un convento, pues mientras el señor de Albuquerque permanecia en Toledo al lado de la reina, su pariente, en calidad de ayo del príncipe heredero, el odio declarado de Leonor de Guzman alejaba de su vivienda las familias de la vecindad, y su esposa doña Isabél ni recibia muchas visitas, ni pagaba ninguna. Asi, pues, siempre sola ó rodeada de dueñas, constantemente dedicadas á la mas minuciosa devocion, no conoció hasta entonces cosa

ó persona que desterrar pudiera la pesadísima calma de tan monotoná vida.

Pero al cabo en este ardiente corazón, donde fermentaba oculto el germen de las pasiones más activas, una chispa sola bastó para producir el incendio, cuya llama se manifestó instantáneamente. El amor de Martín Gil constituía su orgullo y su felicidad, y confiada como su adorador en lo futuro, ningún obstáculo preveía que estorbar lograra el cumplimiento de las dichas, tan dulcemente por él descritas. Agena de pesadumbre por la próxima partida, que á su parecer apresuraba el instante de una reunión eterna, complacía-se en los preparativos del viaje con tanta alegría como impaciencia. En vano se esforzaba Paloma en persuadirla que aprovechase algunas horas de la noche para gozar un sueño tranquilo, pues la agitación de María cerraba sus oídos, y proseguía disponiendo lo necesario para la marcha.

Comenzaba á amanecer: Paloma gemía amargamente, conmoviendo á su se-

ñorita con el espectáculo de su dolor. — Es fuerza separarnos, hija mia, la dijo, por mas que tus lágrimas me traspasen el corazon. Pero al cabo te quedas con un marido á quien amas...

— ¡ Ah! señorita, respondió la criada dando ancha salida á sus sollozos, por él, por ese infeliz es por quien me desespero. Todos se han conjurado contra mi pobre Matías: el Zurdo, Dios le confunda, le tiene sumergido en un calabozo, donde le ha regalado mas de cuatro palizas en castigo de sus zelos: el asistente le acusa de un robo que no cometió, y quiere que le cuelguen mañana; y el señor don Martin Gil, en vez de tomar cartas en favor del pobrecito ciego, perseguido de todos, me ha declarado que si se atreve á presentarse á sus ojos, no ha de dejarle hueso sano.

— Vaya, consuélate, buena Paloma, repuso María; yo me encargo de interceder por él. Dale por libre.

— Pero señorita, ¿de qué servirá esto contra la furia del Zurdo, que ha ju-

rado su muerte porque le amo? ¿Cómo podrá evadirse de las pesquisas del asistente, á quien personalmente ofendió, y que aprovechará cualquiera ocasion de vengarse? ¡Harto desdichada soy! Os vais, y yo me quedo sin apoyo: ¡pobre Matías!

— Pues vente conmigo, respondió María, y tambien procuraremos que tu marido nos siga. Mi tio ha conseguido en Leon un puesto muy aventajado, y le protegerá dándole algo con que se mantenga.

— No, señorita, eso seria demasiado. Bástame llegar con vuestro amparo hasta Toledo, donde viven mis padres israelitas, que al fin me perdonaron mi conversion y mi matrimonio con un cristiano: desean ya conocer á Matías, que será bien recibido, y podrá ganar un pan con su profesion de músico.

— Enhorabuena, Paloma: te ofrezco llevaros en mi compañía, y empeño mi palabra: entre tanto...

Detúvose María de repente, pues acababa de oir debajo del balcon la seña de su hermano don Diego García, cuando

regresaba por la noche de sus orgias tabernarias. Esta seña consistía en tres golpes con la espada en la reja de una ventana del piso inferior, donde dormía un criado viejo. — ¿Qué significa esto? preguntó María no sin cierta inquietud. ¿Habrá vuelto ayer á Sevilla?

— Tal vez se apea en este momento, respondió Paloma: ya es de día, y habrán abierto mas temprano las puertas de la ciudad para dar entrada á algun mensajero del ejército.

Acercóse María hasta el primer descanso de la escalera, y Paloma, mas curiosa que su ama, se atrevió á bajar muy quedito, y volvió al instante enteramente demudada. — Es vuestro propio hermano en persona; mas no viene solo, que le acompaña un caballero armado de punta en blanco y con la visera calada; ambos han entrado en el cuarto del comendador.

Maravilladas de tal suceso, permanecieron inmóviles en el mismo sitio, aplicando su oído al mas pequeño rumor,

deseosas de penetrar la causa del súbito regreso de don Diego y de conocer el misterioso personage que le acompañaba. Poco despues oyeron pasos en el portal: abrióse nuevamente la puerta de la calle, que volvió á cerrarse, y el comendador subió sin tardanza. Juzgando María por la turbacion de su tio que acaso tendria que revelarle algun importante secreto, despidió á Paloma; y entrando sola con el comendador en la galería, apresuróse á indagar la causa del sombrío pesar que le aquejaba.

— Hija mia, respondióle con el mayor abatimiento, nunca se cansará de perseguirnos la desgracia. Faltábame este solo golpe para acabar conmigo. Adivina quién es el estrangero que tu hermano acaba de traernos.

— Querido tio, me estremezco, dijo María casi sin respirar. ¿Quién es ese caballero?

— Discurre lo peor, María.

— ¿El conde de Trastamara?

— No por cierto.

— ¿El gran maestro de Santiago?

— Acertaste: el rey ha jurado su muerte, está proscrito...

— Es fuerza salvarle.

— Es deuda...

— Es obligacion. Aunque don Fadrique no tuviese mas derecho á vuestra proteccion que el de un huésped acogido en vuestra casa, morir debiérais antes que venderle.

— Tienes razon, María: ademas, es el gefe de la orden, que me cuenta entre sus caballeros, y en sus manos pronuncié mi juramento... No titubeo por mas que contemplo destruidas todas mis esperanzas y amenazada la vida... No importa: hágase el sacrificio... Por tí lloro solamente, generosa María, pues don Martin Gil llegará á saber...

— Yo misma se lo diré... su bondadoso corazon...

— Pero tiene zelos de don Fadrique, y está enterado de las nocturnas visitas del príncipe, de los designios de tu hermano...

— ¡ Ah, tío querido! estais despedazándome el alma. Es verdad, don Martin está zeloso: dudará de mi sinceridad, sospechando acaso que amo á un rival que él detesta... y esta sospecha me costaria la vida... Sacad de aqui al príncipe desdichado, yo os lo pido por Dios, pues no ha de faltarle en Sevilla otro refugio: salga de aqui, yo voy á suplicárselo de rodillas...

— Es imposible, hija mia: el infeliz llegó tan fatigado, que apenas pudo decir cuatro palabras. Diego, que le sostenia no sin trabajo, le sentó en mi cama, le desarmó por su mano, y le obligó á tenderse. Quedóse el príncipe profundamente dormido, y tu hermano, despues de convencerse de que todas las ventanas del aposento tenían rejas, cerró, llevándose la llave para afianzar el descanso y la seguridad de su amigo. El mal es irremediable, pues al marcharse para disponer la fuga me ha dicho Diego que no confiaba volver con caballos antes de salir el sol.

— ¡Todo se ha perdido! exclamó María con el acento de la desesperacion. Martin Gil va á venir y á descubrir al gran maestro.

— Aceptemos este trabajo como Dios nos le envia, dijo el comendador tras un largo suspiro; pero nunca venderé al desdichado...

— Mil muertes primero, tio querido, repuso María con el tono mas enérgico; antes perder el corazon de...

Y no pudo acabar, que un sollozo detuvo al paso el nombre de su amante, y se deshizo en un diluvio de lágrimas. Uno y otro permanecieron media hora sin fuerzas para recobrar el uso de la palabra; mas el comendador rompió el primero tan penoso silencio.

— Discurre mi sorpresa, cuando al quitarse el casco, he reconocido á don Fadrique, cuyo rostro denotaba el mas amargo dolor: tenia en su mano un papel que me dió, diciéndome: "Comendador, este es el postrer escrito de la mano de mi padre moribundo, que contiene

la cédula de gobernador de Leon estendida á vuestro nombre. No queria ser su portador, temiendo esponer vuestra familia á los propios peligros que amenazan hoy mi proscrita cabeza; Diego lo ha dispuesto asi, pero yo he obrado mal cediendo á las instancias de su amistad generosa.”

— No, príncipe mio, he respondido estrechándole en mis brazos, no os echeis en cara el haber contado con la lealtad del comendador de Hinestrosa, ni el haberle juzgado no menos digno de asociarse á vuestra mala suerte que á vuestra próspera fortuna. Dime, María, ¿era justo proceder de otra manera?

— Hablásteis como buen caballero, dijo ésta tristemente. Quiera el cielo que mi hermano vuelva á tiempo de favorecer la fuga de don Fadrique antes que aparezca Martin Gil. Pero las horas vuelan y Diego no parece; cada momento que se pierde aumenta nuestro peligro...

El comendador y su sobrina volvie-

ron á sus reflexiones silenciosas, que fueron interrumpidas esta vez por los repetidos golpes que sonaban en la puerta exterior. El dia estaba ya muy adelantado.

— María corrió al balcón, y viendo la calle llena de ballesteros volvió rápidamente adonde estaba su tío, diciéndole:— Es la escolta que nos ofreció Martin Gil, á quien no he podido descubrir; sin duda no habrá venido: partamos al momento...

Y no habia acabado, cuando Martin Gil entró precipitadamente en la galería.— ¿Dónde está don Fadrique? preguntó al comendador con duro acento. ¿En qué habitacion se halla encerrado? Llévame allá...

— De ningun modo, exclamó María con voz entera: mi tío ha cumplido con su deber acogiendo en sus hogares á un amigo y bienhechor. Si vuestra obligacion os manda arrancar de su asilo á este infeliz, dueño sois de la fuerza, empleadla. Pero no nos hagais la afrenta de exigirnos una bastardía. Mi

tio no quiere entregar á su huésped...

— Siendo así, repuso Martin Gil mirándole con desprecio, ¿por qué le ha vendido?

— ¡Yo! gritó fuera de sí el comendador.

— Vos mismo. ¿No me mandasteis buscar por Diego García...

— ¡Mi sobrino!

— Acaba de dejarme, despues de haberme rogado en vuestro nombre que viniese corriendo á prender al gran maestro de Santiago, á quien sorprendisteis y desarmasteis: estas son su espada y su daga: esta la llave del aposento que le guarda...

— ¡Baldon, infamia eterna en mi familia! clamó el comendador aterrado con este golpe. Diego fue quien le trajo, suplicándome que le concediese refugio en mi casa. ¡Maldito él sea! Díjome que se ausentaba para juntar amigos y caballos, á fin de favorecer la fuga de don Fadrique...

— Y en esto, interrumpió Martin

Gil, se han cumplido sus deseos: yo no vengo aquí con otro objeto que el de salvar al gran maestro.

— Martin, Martin, exclamó María entusiasmada de júbilo y tomando la mano de su amante, que estrechó contra el corazón, aquí han resonado tus palabras. ¡ Con cuánta razón te adoro! ¡ qué nobleza, qué bondad la tuya!

— ¡ Generoso joven! dijo el comendador profundamente enternecido, yo soy el único á quien salva tu grandeza de alma: don Fadrique no te debe mas que la vida, yo te debo el honor. Pero Diego es un infame.

— Sí, un infame, repitió Martin Gil fuera de sí. María, no le llames ya tu hermano, pues nunca ha de serlo mio. El odio, el desprecio que me inspira su monstruosa perfidia, igualan á mi amor hácia tí, y no puedo encarecerlos mas. Comendador, volved estas armas á vuestro huésped, y rogadle que me conceda un instante de audiencia, pero sin pronunciar el nombre de vuestro sobrino.

Salió Hinestroza: los amantes, viéndose solos, se abrazaron con ardor.—María, dijo Martin Gil, ignore Diego García nuestros amores y desconozca nuestras intenciones hasta que se cumplan, pues las miradas de ese jóven tienen no sé qué de falso y siniestro que me ha helado el corazon, como funesto prasagio.

— Su vista produce en mí un temor involuntario, respondió María, y quisiera que no se presentase antes de nuestra partida.

— Tranquilízate, ya he mandado que le den dineros y un buen caballo, previniéndole en nombre del rey que salga al momento para el ejército, que ahora se halla replegado en Ronda, donde no hay temor de contagio. Tu hermano es portador de cierta carta para un capitán de los de mi padre, con quien puedo contar, y á quien ruego que dé puesto á Diego en su compañía y le detenga en el campo hasta nueva orden.

Volvió Hinestroza, advirtiendo á Martin Gil que don Fadrique quedaba aguar-

dando su visita, sin saber la traicion de don Diego García: condujole hasta la puerta del aposento, donde le dejó entrar solo. Por exageradas noticias que tuviera don Martin de la figura y prendas del gran maestro, sorprendióle su belleza, que en efecto sobrepujaba á la idea que de ella pudiera producir la mas exacta descripcion, pues el simpático encanto de tan aventajado personal resultaba especialmente de la indefinible espresion de sus facciones. Ni la esplendente blancura de su tez, animada con los colores mas finos, ni los naturales bucles del obscuro cabello que elegantemente coronaban la enhiesta frente, descubrian rasgo alguno femenino en tan peregrina hermosura; por el contrario, los negros ojos en que ardia la noble fiereza del guerrero y el fuego de su valor y su imponente estatura anunciaban un vigor poco comun. Encaminóse á Martin Gil, y tendiéndole la mano le dijo: — Hinestrosa me ha comunicado vuestra resolucion magnánima de salvar una vida condenada por los fu-

:

rores de un desnaturalizado hermano...

— Don Fadrique, repuso Martin Gil interrumpiéndole, habeis prestado escésiva fé á las palabras que huyeron de su boca en el primer movimiento de cólera, y que don Lope habrá sabido envenenar al referirlas: todo el mal nació de la violencia de la reina; pero su brazo está ya desarmado. Don Pedro conoció su autoridad, y la rige por consejos de prudencia y moderacion. Sin embargo, conviene que permanezcais algun tiempo apartado de la corte: aqui tengo caballos y una escolta que estaba destinada á acompañar al comendador: servios de ella. Armaos y calad la visera del casco, mientras yo voy á poner á vuestra disposicion los balles-teros. Fácil os ha de ser el ganar hoy mismo alguna de las fortalezas de la orden de Santiago hácia las fronteras de Portugal, donde aguardareis tranquilo el término de estas turbulencias, que no han de durar mucho.

— Plegue al cielo, respondió muy conmovido don Fadrique, que el rey mi

hermano escuche la voz de unos consejeros tan prudentes como vos, á pesar de vuestra estremada juventud, don Martin Gil: mi corazon se ha enternecido con vuestros ofrecimientos, que acepto complacidísimo, y desde ahora os declaro que acabais de adquirir un amigo siempre dispuesto á sacrificaros la propia vida que debe á tanta generosidad. Variable es la fortuna, añadió suspirando, y quién sabe si algun dia tendré ocasion de pagaros con igual beneficio. Mi hermano don Pedro ha preparado grandes borrascas chocando de una vez contra muchos esfuerzos opuestos, y acaso estallará muy en breve sangrienta y fratricida guerra.

— Yo estaba poseido de contraria conviccion, repuso admirado Martin Gil. Si es verdad cuanto me han dicho, don Juan Fernandez Coronel ha entregado á mi padre la villa de Medina-Sidonia.

— No señor, repuso vivamente el gran maestre; mas diestra y páfida ha sido la traicion de Fernandez, disfrazada con todas las fórmulas de la caballescá

lealtad. Esta astucia, urdida de concierto con vuestro padre, ha logrado sembrar desorden é indecision entre grandes y caballeros, preparando la nuestra y su ruina. Antes de aparecer don Lope de Avendaño, estábamos advertidos de las siniestras disposiciones del rey por el sabio árabe Fez-Alhamar, que fue llamado á un consejo secreto en la cámara de la reina en el punto mismo de su llegada al alcázar...

— Yo lo ignoraba, interrumpió don Martin, y este hecho me revela suficientemente la falsa ciencia de semejante empírico. Ruégoos, don Fadrique, que continúeis.

— Todos nuestros partidarios participaron de estos temores, añadió el maestro de Santiago, y de comun acuerdo aconsejamos á mi madre que se encerrase en la fortaleza de Medina-Sidonia, donde sin peligro podría negociar con la corte un tratado honroso para ella y para nosotros bajo la garantía de los mas altos potentados de Castilla. Vuestro padre el señor de Alburquerque nos ofreció

la suya; mas ya se habia entendido secretamente con Fernandez Coronel. Este, en el momento en que mi madre se presentó en Medina acompañada de un lucido séquito de corteses caballeros, salió á su encuentro con las apariencias del mayor respeto á presentarle las llaves de las puertas, suplicándole admitiese su dimision del gobierno de la villa: "Señora, la dijo postrándose á sus pies, soldadme el juramento de fé y homenaje que como tal gobernador os he prestado, y que por las circunstancias en que vos y yo nos encontramos es incompatible con los deberes de un bueno y leal vasallo del rey nuestro señor don Pedro." "Compadre y amigo mio, exclamó mi madre conturbada por tan súbita declaracion, despues de lo que acabais de decirme, ¿quién querrá ya admitir el gobierno de mi villa si no la guardais vos? No puedo soltaros el juramento." "Señora, replicó Fernandez, no me levantaré de vuestras plantas hasta que me lo devolvais, pues es mi voluntad no gobernar por mas

tiempo en Medina-Sidonia. No hay fuerza que pueda obligarme á conservar este empleo que renuncio. Volvedme mi juramento. ” “ Alzad, Fernandez Coronel; os le devuelvo, repuso mi madre deshecha en llanto. Podreis ser tenido aun por leal caballero; mas tan indigna accion pone en vuestra frente el sello de la vileza y de la perfidia.” Ni mis hermanos ni yo nos hallamos presentes á esta escena, continuó don Fadrique, y cuando algunas horas despues llegamos á Medina-Sidonia con el cuerpo del rey nuestro padre, supimos que el discurso de Coronel habia producido tan mal efecto que ni uno solo de tantos caballeros quiso aceptar el gobierno: asombrada mi madre del general abandono, se dejó vencer por Alburquerque, y rindió su villa al rey en homenaje. Vuestro padre la decia: “ A este precio, desvanecida la desconfianza de don Pedro, os concederá su gracia, gozareis libremente la posesion de todas las demas villas, castillos, señoríos y lugares, y fijareis vuestra morada en el punto que

mas os plazca.” Con tales seguridades, aunque apesar de mis reflexiones y las de mi hermano el conde de Trastamara, mi madre, consintiendo entregar la ciudadela á los tercios reales, se obligó á venir á Sevilla acompañada de vuestro padre á ponerse á la merced del rey. Entonces fue cuando apareció don Lope de Avendaño...

— Don Lope iba furiosamente irritado de una injuria personal, dijo Martin Gil. Creed mas bien en las palabras de mi padre, señor don Fadrique.

— Persuadido estoy de la sinceridad de Alburquerque, repuso el gran maestre; pero no puedo menos de prestar entera fé al relato de don Lope, que solo vino á corroborar los últimos acentos de mi desdichado padre con respecto al carácter de la reina y á las torcidas inclinaciones del infante don Pedro, dando tambien mas fuerza á las siniestras predicciones del sabio Fez-Alhamar. Ni podeis negarme que don Pedro declaró en consejo pleno el designio de darnos muerte, y sin duda le considerais capaz de lle-

var á término su bárbara amenaza cuando me estais aconsejando la fuga, aunque no dejo de conocer que las ardientes pasiones de la reina conducen á tal extremo la voluntad de su hijo. La única esperanza estriba ahora en el ascendiente que el señor de Alburquerque tomará, como es natural, sobre una y otro. Él quiere gobernar, y le hace muy al caso la paz interior del reino, que me lisonjeo mantendrá con el mayor esfuerzo. En caso contrario, no hay mal, no hay desastre que no deba temerse, pues semejante guerra ha de ser de esterminacion, y lo digo así, porque aun entre los nuestros he sido testigo de furoros violentísimos que me han hecho estremecer. Yo que á la cabeza de cada uno de estos partidos exasperados veo un hermano, y que en mi corazon descubro deseos de amar á don Pedro de Castilla tanto como á Enrique de Trastámara, no puedo resolverme á hacer armas ni contra el uno ni contra el otro, siendo mi designio salir de España para ofrecer mi espada y brazo al rey de Francia.

Estas últimas palabras produjeron cierta sonrisa en los labios de don Martin Gil, recordando su conversacion de la víspera con el comendador. La pasion de don Fadrique por la princesa Blanca de Borbon tenia á la verdad mas parte en la resolucion de retirarse á Francia que el horror á esta guerra fratricida, pues bien lejos de verse compelido á tomar partido en ella, podia constituirse el árbitro y útil mediador en la discordia, no solo por el estenso poder de su encumbrada dignidad, sino tambien por el título de su íntimo parentesco con ambos príncipes. Don Martin Gil, en extremo complacido de ver al gran maestre de Santiago tan ageno de animosidad contra el rey como de amor á María de Padilla, entregóse abiertamente á la dulce simpatía que el gallardo mancebo le inspiraba: recíproco era el afecto, de que nacieron en seguida confianzas y tiernas declaraciones, en términos que el lazo que estrechó á entrambos jóvenes desde esta entrevista, al cabo de una hora tenia el carácter de una sólida amistad.

Antes de separarse convinieron entre sí que, difiriendo el gran maestro su viaje á la corte de Francia, iria á ocupar una de las fortalezas de su orden en Galicia, desde donde emplearia todos sus esfuerzos en calmar la irritacion del conde de Trastamara y sus parciales. Don Martin Gil se obligó por otro lado á reconciliar al rey con don Fadrique, y á disponer su benevolencia para con los otros hermanos, prometiendo ademas que entre tanto atenderia como un hijo á la seguridad de doña Leonor de Guzman. Abrazáronse cordialmente los dos amigos: vistióse don Fadrique su armadura, calando la visera del casco, y despues de despedirse del comendador, montó uno de los caballos que aguardaban á la puerta, y partió con un solo escudero, provisto de un salvo-conducto del adelantado mayor en nombre del rey don Pedro.

En la misma mañana tuvo lugar otra separacion mas dolorosa con mas tierna despedida: sin embargo, la estremada pesadumbre de don Martin Gil se fue dul-

cificando por la inquietud de sus zelos, que le aconsejaban apartar cuanto antes de Sevilla á su querida María, y substraerla de la vista del rey. Mientras estos amantes renovaban sus protestas y dulces juramentos de amor sin fin, apresuraba el comendador los preparativos del viaje, para el cual acababa de alquilar una porcion de bestias de carga: lleno de gozo é impaciencia anhelaba tomar las riendas de su gobierno de Leon, cuyo despacho le entregó el gran maestro de Santiago. Dispuesto todo para la partida una hora despues de la salida del sol, pusiéronse en camino, acompañados de una gruesa escolta de caballeros. María, fiel á su promesa, obtuvo la libertad del pobre ciego, que aguardaba en un arrabal á los viajeros, con quienes se reunió montando una de las mulas cargadas de equipage, sin abandonar el lado de su Paloma, ya enteramente satisfecha.



CAPITULO II.

Los temores que se suscitarán á las primeras nuevas de la peste, quedaron completamente desvanecidos al saberse la repentina desaparición del contagio en el mismo punto de abandonar el ejército las insalubres posiciones que guardaba á vista de los muros de Gibraltar: descuidáronse, pues, las precauciones sanitarias en el camino de Medina-Sidonia, y llegaban á Sevilla numerosos convoyes de viajeros y traficantes, que desde el amanecer encontraban abiertas y francas las puertas de la ciudad.

Al regresar Benavides á su habitación halló muchos despachos y cartas, en cuya atenta lectura se ocupaba, cuando levantó los ojos y vió que entraba en el aposento el médico romano. — Por vida mia, maese Paolo, que no os aguardaba tan presto, le dijo con cierta sorpresa.

— Señor, respondió el médico, no

era menester mas tiempo para dejar cumplidas vuestras órdenes, pues en el instante que llegué al alcázar salia á caballo el rey acompañado del adelantado mayor.

— ¿Y qué tenemos, maese Paolo?

— ¿Qué tenemos? que el testimonio de mis ojos ha confirmado plenamente el del sabio Fez-Alhamar. El rey en persona fue quien honró la otra noche mi humilde posada en compañía del señor don Martin, con sola la diferencia de que iban ataviados con las vestimentas cuya exacta descripcion os hice esta mañana.

— Bueno: me basta, repuso el asistente: podeis ya retiraros, maese Paolo, guardandoos de tomar jamas en boca esta aventura, so pena de incurrir en mi desgracia.

Apenas se habia ausentado el médico, cuando cierto rumor desacostumbrado atrajo á Benavides á la puerta de su casa. Miró hácia el extremo de la calle, y reparó que el rey venia caminando lentamente, montado en un brioso corcel, seguido de corto número de guardias, y aclamado por

la multitud, cuya afluencia le estorbaba el paso: tan imprevista circunstancia le inspiró repentinamente cierto proyecto, para cuya ejecucion volvió á entrar en su morada, no sin alguna premura.

Pálido, cabizbajo, consumido por las fatigas de una noche enteramente consagrada á los excesos de la disolucion, caminaba el timorato adolescente hácia un convento vecino, donde se veneraban célebres reliquias. Su descompuesto rostro patentizaba una dolencia, cuyo asiento descubria sin querer llevando muy á menudo la derecha mano á la frente, y que habia creído se disiparia con el aire, pero el ruido y el movimiento hicieron aun mas intensa su insoportable desazon.

Al llegar delante de la vivienda de Benavides vió el rey con estrema admiracion que el asistente se acercaba agitando su varilla blanca y clamando con recia voz: — ¡Favor al rey!

— ¿Qué es esto? preguntó don Pedro deteniendo su caballo.

— Señor, respondió el asistente, ya

he descubierto el asesino de Gonzalo-Gomez.

— ¡Pero qué! ¿no le has prendido todavía? dijo el rey con cierta risita mofadora.

— Necesito quien me ayude, porque es hombre temible y poderoso.

— ¡Hola! ¿se ha resistido acaso?

— No digo tal; si V. A. se digna entrar por un instante en mi humilde morada, no dejará de aparecer en ella el asesino.

— ¡Cómo pues! exclamó turbado el rey. Y recobrando incontinenti el tonillo satírico que le era peculiar, añadió: — Maravíllome, Benavides, de oír tan fácil esta mañana lo que imposible te parecía ayer, y quiero poner á prueba tu habilidad: acuérdate, sin embargo, de que arriesgas la cabeza en este juego. Juro que si faltas á tu palabra cumpliré yo la mía fielmente. Vamos á ver á ese hombre.

Su mano débil estaba ya cansada de contener el ímpetu de su impaciente corcel, cuyos brincos le desencajaban el cuer-

po, y aprovechando la ocasion que se le ofrecia de libertarse de tan molesta tortura, echó pie á tierra, dando orden á don Martin de que despidiera los caballos. En seguida hizo al Zurdo una seña para que entrase en casa del asistente con las guardias que á su paso se formaron hasta lo interior del salon. En el momento de llegar el rey seguido del adelantado mayor, hincó Benavides la rodilla, diciéndole: — Permitid ante todo, señor, que vuestro humilde súbdito os muestre su gratitud por la honra...

— ¡Acabemos! dijo el rey interrumpiéndole: ¿dónde está ese hombre?

— Aqui está ya, señor.

— ¡Ya está aqui! repuso don Pedro con un ademan de sorpresa. Segun tus palabras... creí que aun no habia venido.

El asistente permanecia inmóvil de rodillas con los ojos bajos. — ¿Por qué no se muestra? preguntó don Martin encendido el rostro. ¿Os ha confesado ser el autor del asesinato?

— No señor.

— ¿En qué pruebas fundais entonces la acusacion? ¿Por qué testigos dignos de crédito?...

— Testigos no faltan, señor don Martin, respondió el asistente levantándose: dos habia. El primero, una vieja que lo vió todo desde su ventana con el candil en la mano...

— Ese es un cuento mal forjado, esclamo el rey, cuya palidez iba tocando en lívida.

— El segundo testigo, prosiguió Benavides sin inmutarse, se halla ahora mismo junto al matador de Gonzalo-Gomez.

Los dos jóvenes se echaron simultáneamente una mirada significativa: los ojos de don Martin espresaban el exceso de la admiracion; los del rey descubrian su cólera y desconfianza. — ¿Y qué te ha dicho ese testigo? preguntó al asistente.

— Nada absolutamente, señor. Hace un momento se hallaba tan ageno de sospechar que nunca pudiese reclamar su testimonio, que él mismo me provocaba á producir uno digno de crédito.

;

— ¡Zurdo! dijo el rey en alta voz, sal afuera con tus soldados, y estad prevenidos para entrar á la primera señal.

Las guardias ejecutaron la orden: salió el postrero el Zurdo, y cerró la puerta del salon.

— Ahora, añadió el rey abandonándose á su furor, habla, Benavides, sin empacho, pero recuerda otra vez mis palabras: te previne que prendieses y castigases al que mató al criado de mi madre, so pena de morir en la horca. ¿Lo tienes presente?

— Sí señor; y tambien me mandasteis que os le presentase con las manos atadas...

— Veamos si cumples.

— Con el dogal al cuello, añadió Benavides con ademan sombrío.

— Sí: asi te lo impuse: obedece si te atreves, y muere despues por haberte atrevido; ó tambien morirás si no obedeces. Nombra solo al que tu pensamiento tiene la audacia de acusar, y habrás pronunciado la sentencia de tu suplicio.

— A vos toca el nombrarle, respondió Benavides abriendo la puerta de su gabinete. ¡Reconoced al asesino! añadió señalando con el dedo la estatua de don Pedro cubierta de los propios vestidos que llevaba en aquella funesta noche, adornada la cabeza con el propio sombrero, de singular plumage, atadas las manos, suspendida ignominiosamente de su cuello una larga cuerda y un cartelón en el pecho, donde se leía su nombre en crecidos caracteres. — Este es, prosiguió Benavides con voz robusta: cuando la humana justicia no puede alcanzar al criminal, la pública indignación atrae sobre su cabeza la venganza divina, y entrega su deshonrada efigie á la ignominia del cadalso. Disponed ahora de mi vida, pronto estoy á comparecer ante un juez mas recto que vos; pero acordaos tambien de mis palabras: presto me seguireis á un terrible tribunal.

— ¡Presto! repitió el rey helado de estupor y mirando fijamente su imágen con ojos desencajados, y tan sobrecogido

como á la aparicion de un espectro.
¡ Presto!...

— Dentro de pocos dias... acaso mañana... Leed esa carta que acabo de recibir, prosiguió el asistente desarrollando un pergamino. Leed... la corona vacila ya en vuestra cabeza, rey don Pedro, y acaso la cabeza está mal segura en los hombros... Leed.

— Lee tú, Mantin, dijo el rey apartando el pergamino con mano trémula.

Dobláronse sus rodillas y no pudo menos de sentarse, pues la conmocion de un golpe tan violento era demasiado fuerte para su actual languidez, fruto de los excesos de la noche. La espresion de sus contraidas facciones, al paso que revelaba las angustias de una dolencia física, no dejaba de descubrir tambien aquella rabia propia de un niño colérico y pusilánime, que quiere y no se atreve á desgarrar la mano que le castiga.

— De mi padre es la letra, dijo don Martin tomando ansiosamente el pergamino, y la carta está escrita en Palacios.

— A cuatro leguas de aquí, observó Benavides, y acaso no ha dos horas que la escribió el señor de Alburquerque.

Don Martin leyó en alta voz: “ La suerte del rey se halla en vuestras manos, antiguo y leal amigo mio: todas las cercanías de Sevilla estan sublevadas contra su trono. Si esa importante poblacion se revela, no hay remedio, la duracion del reinado de don Pedro habrá sido de un dia solo; pero cuento con vuestra fidelidad para mantener sumisos esos habitantes. Poseeis el arte de manejar los espíritus, y es tan respetada vuestra autoridad como querida vuestra persona; reunid sin tardanza los poderosos, los de mayor influjo por sus riquezas y rango, que todos son parientes y amigos vuestros... Mas antes de indicaros lo que conviene decirles, fuerza es que conozcais toda la magnitud del mal, para medir con su gravedad los esfuerzos que el remedio exija.

» En mi postrera os manifesté los desastrosos efectos que produjo la repen-

tina llegada de don Lope á Medina-Sidonia; tambien sabeis la instantánea desaparicion del conde de Trastamara y de sus hermanos don Tello y don Fadrique, que al pronto no pudieron arrastrar consigo mas que al gran maestro de Alcántara, logrando yo contener á los demas señores, y decidiéndoles á seguirme con doña Leonor de Guzman y el féretro del rey difunto. Por desgracia llegó en el discurso de esta noche una multitud de caballeros, que salieron de Sevilla por la tarde, á referir las escenas del alcázar entre la reina y su hijo. Esta relacion despertó de nuevo los temores que con tanto trabajo habia yo logrado adormecer, y poco despues se recibió la noticia de que el conde y el gran maestro de Alcántara, á quienes se creyera retirados en Algeciras, ocupaban, uno la ciudadela de Utrera y el otro la de Moron, donde iban reuniendo considerables fuerzas. En el mismo instante se supo tambien que don Tello se ha dirigido á la fortaleza de Coria, que domina el Guadal-

quivir, mientras don Lope de Avendaño permanece acampado al frente de una hueste respetable; y finalmente, que luego de recibir los mensajeros de los bastardos, todos los barones y señores de un extenso territorio, lo mismo que los gobernadores de los castillos, se han declarado en su favor. Sabíase ya que el gran maestre de Santiago había ido á apoderarse, por la propia causa, de las numerosas villas que á su órden pertenecen.

» La rebelion ha cundido velozmente entre los príncipes, ricos-hombres, señores y caballeros que formaban el fúnebre cortejo del rey difunto, los cuales se han ido reuniendo tumultuariamente con los grandes maestros de Calatrava y Montesa en la iglesia de san Pablo, y allí, con el vano pretesto de la demencia del rey don Pedro, se ha tratado de deferir la corona á don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, alegando los derechos de su abuelo don Alfonso de la Cerda...»

— ¡Muera el traidor! exclamó don

Martin interrumpiendo la lectura. Maldiga Dios al perjuro...

— Nada ha jurado todavía, repuso friamente Benavides.

— Prestó juramento de fidelidad al rey don Alfonso...

— Pero no al rey don Pedro. El jefe de la familia de la Cerda, heredero de los derechos del tronco primogénito de la antigua dinastía de los monarcas de Castilla, debe renovar la renuncia de sus mayores al advenimiento al trono de un rey de la segunda rama de esta ilustre raza; y puede negarse también aceptando las consecuencias de su negativa.

— ¿Qué consecuencias son esas? preguntó don Martin.

— La guerra, repuso Benavides, el destierro, la confiscación de sus haberes, y hasta el cadalso, si el rey de Castilla logra vencer á tan osado rebelde. Un monarca justo y bondadoso hallará siempre recursos para lograrlo en la devoción de la nobleza castellana y órdenes de caballería, en el concurso de las cortes y la

magistratura, en el amor y fidelidad de todos sus vasallos; pero un rey malo no encuentra apoyo en ninguna parte. Continúad la lectura, don Martin.

El rey escuchaba este diálogo mirando alternativamente á los interlocutores con ansiedad siempre mayor, con el pecho oprimido y bañada la frente de sudor frio.

— “Otro partido no menos impo-
nente, continuó leyendo don Martin, se
ha pronunciado por el primer infante de
Aragon, que el rey muerto designó por
sucesor á la corona, en el caso que don
Pedro falleciese sin herederos.”

— ¿Con que resuelven mi muerte?
dijo el rey entre dientes y agitado de un
convulsivo temblor.

— Veamos hasta dónde llega todo es-
to, dijo no menos conmovido don Mar-
tin. “La asamblea de san Pablo se ha
disuelto sin haber decidido cosa alguna, y
cada individuo de ella se ha ido por su
lado con las compañías que capitaneaba:
los mas van á reunirse con los bastardos,

y los otros á encerrarse en sus castillos. Todo indica el rompimiento : solo me restan los caballeros , mis vasallos y mis compañías : debo temer igualmente que no se dé algun golpe de mano para arrebatarme en el camino á doña Leonor de Guzman.

» En tal conflicto , ¿ qué puedo esperar para su propia defensa de mi inesperto soberano , si atiendo á lo que ha hecho y dicho en presencia de la nobleza sevillana , que le abandona ya ? ¿ Qué auxilio podrá prestarle su madre , á quien niega la debida consideracion ? ¿ Qué esperanza fundaré en mi hijo Martin , otro jóven aturdido... »

— Acabad , dijo Benavides al mancebo , cuya voz , alterada por la indignacion , solo dejaba percibir confusos sonidos. Acercóse á él el asistente y leyó muy alto : — “ Otro jóven aturdido , que quiso aceptar el despojo de un valiente y noble caballero injustamente ultrajado ? ” Proseguid ahora , don Martin.

El heredero de Alburquerque conti-

nuó de esta manera : “ A vos , pues , recurro , buen amigo Benavides , que no habeis de desmentir en tan decisiva crisis la generosa lealtad de vuestro carácter , y que , desoyendo el aguijon de una injuria tan cruel como poco merecida , os apresurareis á reunir vuestros muchos y poderosos amigos ; decidles que el rey don Pedro quiere llevar á cabo el firme designio de observar religiosamente las leyes del reino , de mantener los fueros de todos sus vasallos , en especial de los de Sevilla , confiados á vuestra guarda. Aseguradles que es su real ánimo gobernar por la justicia , único manantial de la verdadera fuerza de los soberanos , y los habitantes de Sevilla prestarán fé á vuestras palabras. Entonces les confiareis los peligros que cercan á ese monarca jóven , pero digno de tanto amor ; escitareis su celo , exaltareis en sus almas los sentimientos de fidelidad. Ármense á vuestra voz para defenderle , ciérrense las puertas de la ciudad á los mensajeros de los príncipes , de los señores , y de las poblacio-

nes desleales. Apresuraos sobre todo á formar compañías de los hombres de armas valientes , para que viniendo á reunirse con las mias , protejan mi llegada á Sevilla con doña Leonor , pues hoy la considero como un precioso rehen para el monarca.

» Despues , Benavides , proveeremos juntos , como súbditos fieles y leales , á los medios de conjurar la nube de peligros que amenaza no solo la corona , sino tambien la cabeza de nuestro querido rey y señor.»

Estas últimas palabras llevaron al estremo el terror de don Pedro , que sobrecogido de un estremecimiento mortal , lanzó un doloroso gemido y cayó sin conocimiento : á pesar de los activos socorros de Benavides y de don Martin , no logró recobrar sino imperfectamente el uso de sus sentidos , y fue necesario volverle al alcázar en los brazos de sus guardias. Esta crisis señaló la invasion de una larga y penosa enfermedad , que poniendo en peligro la vida del rey , apenas sentado en el trono , favoreció el desarrollo de

tantas ambiciones rivales, y fue origen de las desgracias que se acumularon en este desastroso reinado.

La misma causa influyó considerablemente en el destino de don Martin. Apenas llegó á Sevilla el señor de Alburquerque, cuando, favorecido por las prudentes disposiciones de Benavides y el auxilio de los habitantes, pudo colocarse al frente de los negocios y gobernar en nombre del rey: mientras aguardaba que su profunda habilidad sacase partido de las disensiones que acababan de manifestarse entre sus adversarios, fue su primer cuidado el de quitar á su hijo y volver á don Lope de Avendaño el empleo de adelantado mayor, no perdiendo un solo instante en conferir las grandes dignidades de la casa real y elevados puestos del gobierno á los señores mas poderosos del reino, que de este modo consideraba y no sin razon apartar de las filas desleales.

Despeñado don Martin de la cumbre de la grandeza donde se mirara elevado un dia solo, perdido el favor de la reina

á consecuencia del poco miramiento que con ella habia tenido, agoviado por la colérica severidad de un padre que lleno de ambicion y zeloso de su pasagero favor le desterraba de Sevilla, recibió la tremenda orden de salir inmediatamente para el castillo de Sahagun. Un galeote encadenado por largos años al duro banco no siente al ver rotos sus grillos una alegría igual á la que experimentó el heredero de Alburquerque, cuando el buen Ruy-Diaz, cubierta la frente de una nube y arrasados de lágrimas los ojos, le intimaba el decreto de la paterna voluntad. Presentarse á la bella María, recibir sus amorosos abrazos era para él una felicidad muy superior á la que proporcionar-le pudieran los honores y el poder de un favorito, y acaso la corona misma. Lleno, pues, del dulce pensamiento de su amada, cuyo querido nombre no se cansaba de repetir, púsose aquella tarde en camino para el reino de Leon, con el pecho palpitante de esperanzas y amor, y olvidado de todo el universo.

CAPITULO III.

PARA que el lector no carezca de las noticias necesarias á la mejor inteligencia de esta historia , consagraremos este breve capítulo al resúmen de las ocurrencias políticas que tuvieron lugar en los reinos de España durante los dos años en que separado don Martin de la corte , no pudo ser testigo de los ruidosos acontecimientos que se sucedieron para preparar el renombre de cruel , con que su posteridad reconoce á don Pedro de Castilla.

Apenas cundió la voz de su enfermedad , cuando todos los grandes señores comenzaron á disputarse su herencia como si efectivamente hubiese muerto. Querian unos que se eligiese por rey al señor de Vizcaya , y Garcilaso se presentó al frente de estos. Otros solicitaban al primogénito de los infantes de Aragon , y sostenia su partido Fernandez Coronel. Am-

Los pretendientes se ofrecían á casar con la reina madre, y esta no desdeñaba á ninguno de los dos. El conde de Trastámara y sus hermanos exigían la libertad de doña Leonor de Guzman, amenazando al reino con la eleccion de otro monarca. Por último, nadie sabia lo que iba á suceder, cuando no sin universal admiracion, y casi milagrosamente, levantóse don Pedro de su lecho cierta mañana completamente restablecido. Entonces fue cuando todos los pretendientes trataron de huir de Sevilla, y aunque algunos lo consiguieron, otros de menos fortuna cayeron en poder de los soldados del rey, y pagaron sus pretensiones desleales con cruelísima muerte. El señor de Vizcaya, Garcilaso, Fernandez Coronel y otros muchos mas ó menos comprometidos en aquellas turbulencias, fueron las víctimas del resentimiento de la reina y de Alburquerque, mas bien que de la sanguinaria índole del rey, que sojuzgado enteramente por los dos, abandonó á sus manos las riendas del gobierno. La penosa enferme-

dad que le aquejara habíale dejado tan débil, que su corazón no sentía esfuerzo para nada: el temor le contenía también, pues le faltaba la necesaria habilidad para arrollar de una vez á tantos enemigos armados, que por todas partes le amenazaban, especialmente el señor de Vizcaya, que con Garcilaso había sublevado la provincia de Burgos. Fernandez Coronel estaba al frente de la rebelion de Andalucía, y había hecho un convenio con el rey de Granada. El principal sobresalto de don Pedro era que le abandonasen á una su madre y Alburquerque antes del completo restablecimiento de la general tranquilidad, y por esto en nada les contradecía, y hasta les dejó derramar la sangre de los primeros revoltosos que hubieron de sucumbir. En tanto distraía el ocio de su monotoná vida, yendo á cazar alcaravanes y garzas reales con susalcones á las orillas del Guadalquivir, entreteniéndose en Sevilla con los amores de Aldonza Coronel, que á pesar de la muerte de su padre permanecía en la corte,

:

envanecida con el juvenil rendimiento de tan poderoso monarca.

Este quiso tambien cautivar el corazon ó el orgullo de doña Juana de Castro; pero como los hermanos de esta vieron tan distante su matrimonio con don Pedro como el de doña Inés con el infante de Portugal, lejos de consentir que el lustre de su familia se empañase con un amor sin mas consecuencia que la infamia, resolvieron apartar de la corte á doña Juana, volviéndola á sus posesiones de Galicia. Viendo la sutil Aldonza perdidamente enamorado de sus gracias al inconstante don Pedro, imaginó que este cariño podria servirle para conseguir los bienes de su padre, confiscados en provecho de la corona; pero el príncipe de la Cerda, marido de la hermana mayor de la favorita, los reclamaba tambien; y el señor de Alburquerque, con el objeto de terminar esta discordia y comprometida adjudicacion, quiso aprovechar el favor de que gozaba para entrar en posesion de tan rica herencia. De ahí nació una

guerra á muerte entre la favorita y el privado, y no conociendo este otro medio de deshacerse de su rival, hizo presente la necesidad de casar al rey. Juntáronse las cortes en Valladolid, donde los principales señores del reino, por él ganados, decidieron que el enlace mas conveniente á los intereses del Estado era el que proponia el señor de Alburquerque entre el rey don Pedro y una princesa de Francia. En consecuencia se enviaron embajadores á París, corte del rey Juan, para pedirle la mano de una de sus parientas. Esta resolucion, y el universal contento que inspiraba, eran indicios de la próxima aparicion de la paz; entregábanse todos á tan alhagüeña esperanza, cuando llegó á la corte la noticia del asesinato de doña Leonor de Guzman en Talavera: el castillo donde vivia era propiedad de la reina madre; pero el asesino fue el capitan de los ballesteros reales, el Zurdo, de quien hemos tenido ocasion de hablar. Dudábase si acusar á la reina ó á su hijo de tan péfido atentado,

aunque todos convenian en que semejante crimen abriria la puerta á mayores desastres para el reino. El conde de Trastámara, ya reconciliado con el rey, emprendió nuevamente la guerra en Asturias, y su hermano don Tello en las fronteras de Aragon; muchos caballeros antiguos parciales suyos no titubearon un momento en poner sus tropas en campaña para servir á los bastardos.

El único de estos que continuaba en alianza con el rey era don Fadrique, gran maestre de Santiago, que por su elevado título pudo impedir en Galicia la esplosion, mereciéndole esta conducta el honorífico encargo de ir al encuentro de doña Blanca de Borbon, que venia de París para dar su mano al monarca de Castilla. No pudo verificarse la reunion de los prometidos hasta mucho tiempo despues, y tanto las causas de este considerable retardo, como la situacion de los principales personajes de la historia, irá viendo el que leyere los capítulos siguientes.

CAPITULO IV.

HALLÁBASE doña María de Padilla en la solitaria habitacion del castillo de Sahagun, que la destinara su madrina doña Isabél de Alburquerque, esposa del favorito, y oyendo algun rumor en la puerta, abandonó el pincel con que adornaba de flores un magnífico misal, trabajo que en aquella época solia ocupar á las personas de gerarquía, para despues hacer con él un estimado regalo á alguna catedral ó monasterio de gran fama. Abrióse con efecto la puerta de la estancia, y en trage de peregrina apareció Paloma, la muger del ciego Matías, que á causa de la partida de su ama desde Sevilla, donde la servia como doncella, se habia refugiado á casa de sus padres judíos que habitaban en Toledo. Sorprendióse al descubrir la palidez de las mejillas de su amada señorita, y no pudo menos de esclama-

mar, omitiendo el saludo acostumbrado:

— ¡Jesus! señorita, ¡qué mudada os encuentro! ¿estais enferma?

— Creo que es poco mi mal: ¿y de tí qué ha sido en los dos años que transcurrieron sin vernos?

— No puedo quejarme, gracias á Dios y á mis padres, que son unos israelitas toledanos. Habíanme despedido y abandonado cuando abjuré su ley, lo que me obligó á refugiarme en Sevilla, donde me puse á servir. Subió su cólera de punto al saber mi matrimonio; pero el Señor quiso tocarles el corazon: escribieron que volviese á su casa, y fui, como ya sabeis, con mi marido, á quien han cobrado mucha aficion.

— Pero tu trage y tu venida á Sahagun es lo que me admira.

— Han dicho al pobre Matías que su ceguera tiene cura, y para lograrla hemos emprendido la peregrinacion á Santiago, adonde vamos á visitar el sepulcro del santo apóstol; por esto nos hallamos aqui de paso.

— Abre un poco esa ventana, dijo María un tanto distraída, que me sofoco.

— ¿Y cómo no habeis de sofocaros, respondió Paloma despues de obedecido el mandato de su ama, si estais envuelta en ese enorme ropon? ¿Quereis que os le quite?

— No, no por cierto, acudió María sobresaltada: es poco lo que me incomoda: ya te he dicho que me siento bien.

— Perdonad mi indiscrecion; pero advierto que esos ojos, tan vivos en otro tiempo, estan ahora abatidos; que esas mejillas...

— Quisiera morir, Paloma.

— ¡Qué decís, señorita de mi alma! ¡morir á diez y ocho años! ¿Os olvidó por ventura don Martin?

— Si asi fuera, repuso María con el rostro encendido, ya estaria en el sepulcro. Nunca me ha amado con mayor ternura.

— ¡Ah! ya lo entiendo: el daño vendrá tal vez de vuestros parientes. Vaya, no hay que tomarlo tan á pechos, que

la naturaleza suele hablar de cuando en cuando... á mas de que me han dicho que doña Isabél de Alburquerque es una señora piadosísima, y que os ama como á hija.

— Es cierto; pero doña Urraca de Osorio, hermana del señor de Alburquerque...

— ¿Aquella de quien me hablabais en Sevilla?

— La misma, viuda ahora del señor de Montluzon, caballero francés. Esa doña Urraca es la que manejó en la corte de Francia el matrimonio de la princesa Blanca de Borbon con don Pedro de Castilla, y su hermano, que hoy manda mas que el rey, la ha nombrado camarera mayor de la reina. Aqui vino, muy envanecida con su encumbrada dignidad, á tiranizar á los habitantes del castillo como dueña absoluta, siendo el objeto de su viaje disponer las bodas de su hija doña Margarita de Lara con mi amante don Martin: mira tú cuál ha de ser mi dolor.

— Pero por Dios, no lloreis de esa

manera, pues si bien os quiere no ha de casarse con su prima. ¿Declaró ya á sus padres el amor?...

— No se atreve, repuso María, por ser el señor de Alburquerque un hombre tan temible. Aguárdanle hace dias en el castillo para concertar con él todos los negocios pertenecientes al matrimonio de su hijo: hecho esto, volverá doña Urraca á reunirse con la reina para acompañarla á Castilla, y Alburquerque regresará á Toledo, donde ahora se halla el rey. Estremézcome á la sola idea de tan enemiga reunion, pues ambos son á cual mas duro é imperioso.

— ¿Y qué será de vos, señorita de mi vida?

— La única esperanza que nos queda es que doña Margarita, que tambien viene en la comitiva de doña Blanca, se rinda á las razones que su primo don Martin la escribió y á las que secretamente le haya dicho su buen amigo el gran maestre de Santiago: en fuerza de ellas creemos que se negará á semejante matrimonio.

— ¿Y quién sabe si tendrá también algún galán?

— Por desgracia ninguno tiene, pues el gran maestro ha escrito á don Martin que su prima es una especie de idiota, sin talento ni hermosura, y que á pesar de su mucha nobleza, de sus bienes y del favor de la reina, ningun caballero de la corte la mira con interés: de esto nace su aversion al mundo, y no costará gran trabajo disponerla á volver á su convento antes que contraer un matrimonio tan contrario á su felicidad como á la de su primo. Sin embargo, teme hacer á su madre semejante declaracion, porque el violento carácter de ésta no le inspira menos terror que á nosotros mismos. Esta es mi situacion: ¿te admiras ahora de verme tan abatida? Te lo confieso, Paloma, me siento muy desazonada.

— ¿Y en qué sitio está vuestra dolencia? preguntó con inquietud la peregrina.

— No puedo decirlo: es un mal indefinible, una languidez... agita un po-

co ese abanico : así... ya voy conociendo alivio.

— Todo eso procede de las pesadumbres, señorita ; pero buen ánimo, que no todo ha de ser llorar, y al cabo os habeis de ver tan dichosa como yo lo soy ahora. Nada hay en el mundo que se iguale con una acertada eleccion. Matías y yo tenemos poco dinero, y por consiguiente gozamos placeres muy contados, quiero decir, esos placeres que tanto divierten á los demas ; pero todo lo recompensan las confianzas mútuas, el amor correspondido, y luego, añadió bajando la voz, Dios ha escuchado nuestras súplicas, pues hace cuatro meses que me hallo en cinta.

— ¡ En cinta ! exclamó María turbada y sumamente encendida.

— Sí, señorita, repuso Paloma levantándose, y mirad, apenas se me conoce. Esto, segun dicen, sucede siempre al primer embarazo.

— Acaso no lo estés ; es fácil equivocarse...

— Bien sabido lo tengo : ¡ oh ! ya he

sentido muchas veces los movimientos de mi niño.

— ¡Los movimientos!

— Ayer mismo, sin ir mas lejos.

— ¿Con que esa señal te convence?

— Es la mas segura. Qué dicha la mia, señorita...

— Basta, Paloma, dijo María, cuya palidez iba en aumento.

— Qué placer el de abrazar al hijo de mis entrañas, descubrir en sus facciones las del esposo á quien adoro...

— Sí... es verdad... añadió la desdichada María fingiendo una sonrisa de complacencia. Pero es fuerza separarnos. Vete, Paloma; necesito descansar.

Porfiaba la compasiva camarera en quedarse otro rato acompañando á su señorita, traspasada por la amarga situacion en que la veía, cuando tres golpecitos muy sutiles que sonaron en una disimulada puerta del aposento hicieron estremecer á María. Levantóse de su silla, y cortando los cumplimientos de Paloma, la encargó muchísimo que no con-

tinuase al día siguiente su peregrinacion sin presentarse en el castillo á recibir su despedida. Salió, pues, la enternecida peregrina, y su ama, cerrando el cerrojo y llave de la puerta principal, fue corriendo á abrir la oculta, y volvió al sillón, no sin mostrar el abatimiento que la consumía.

Entró silenciosamente don Martin, y entornando la puertecilla, no sin cierta precaucion y misterio, acercóse con aspecto triunfador á su querida, presentándole un papel que la abatida dama leyó ansiosamente. Contenia el manuscrito una carta de su amigo don Fadrique, en que anunciaba que, convencida doña Margarita de la imposibilidad de hallar la mútua dicha en el concertado matrimonio con don Martin, se habia decidido á participar á su madre la firme resolucíon de no contraer semejante enlace, añadiendo que si se trataba de obligarla á él, la proteccion que debia á la reina doña Blanca aseguraria su entrada en un convento, donde nadie se atreveria á molestarla.

Esta agradable noticia, que en otras circunstancias hubiera podido entusiasmar el corazón de María, era tan secundaria en el momento de que hablamos, que no logró influir de ningún modo en el humor sombrío ni en la alarmante tristeza de su ánimo. Sorprendido don Martín de la fría indiferencia de su amada á la lectura del suspirado é importante documento que contenía la seguridad de su unión y el triunfo mas completo sobre Alburquerque y doña Urraca, no pudo menos de achacarla al deplorable estado de la salud de María.

— ¿Qué es esto? la dijo sentándose á su lado y cogiendo la helada mano de su melancólica querida: ¿no te conmueve tanta dicha? O es mucho lo que sufres, ó poco lo que estimas á Martín.

— ¡Que tal digas! repuso la Padilla, cuyas palabras interrumpían mil repetidos sollozos: ¡ah Martín! aunque este corazón que late ahora á par del tuyo estuviese helado por el frío de la tumba, palpitaría al sonido de tu voz, y los mar-

chitos labios te juráran nuevo amor.

— ¿A qué entonces esas lágrimas?

— Si recuerdas los temores que te anunciaba ayer...

— ¡Dios eterno! exclamó don Martín lleno de júbilo: ¿será verdad?

— ¡Oh! sí, es demasiado cierto.

— ¡Bendito mil veces el cielo, que tanta merced me ha hecho! añadió don Martín apretando entre sus brazos á la llorosa María. ¿Y no te embriaga el placer de anunciarme la única nueva de mi ventura? ¿Cómo ha de bastar mi corazón al inmenso amor que me inspiras y al que siento nacer por el fruto de tus entrañas? ¡Ah! Mariquita, tú no comprendes las delicias de la maternidad, no comprendes el entusiasmo que agita mi alma al dulce nombre de padre...

— Sin ser esposo, dijo María interrumpiéndole y llorando amargamente.

— ¿De nada valen mis juramentos? ¿y no estarían ya cumplidos, arrojando los peligros á que me espusiera la revelación de este secreto, si el fundado temor

de comprometer tu adorada existencia no hubiera contenido el impulso de mi deber?

— Pues bien, Martin; lo que no nos atrevimos á hacer entonces en favor nuestro, hagámoslo hoy en favor del inocente que nos debe la vida.

— ¿Poniendo la tuya en peligro mayor? No, María, no lo esperes. Pensemos en los medios de ocultar tu estado y de substraerte al encono de mi familia. Ante todo, es fuerza que, bajo cualquier pretesto, vuelvas á Leon, donde se halla tu tío el comendador.

— No es necesario pretesto alguno, porque está enfermo, y ha escrito á mi madrina que desea verme. Justamente ha dormido esta noche en el castillo una compañía de peregrinos que van á Compostela, y deben pasar por Leon: con ellos podré ir.

— Te colocaremos en la litera de mi madre, y llevarás una escolta de ballesteros. Al dia siguiente, muy de mañana, saldré yo de Sahagun, fingiendo que voy

á caza , y en menos de tres horas estaremos juntos.

— Mi confesor , que me estima de veras , no tendrá dificultad en bendecir nuestra union. Testigos no faltarán.

— ¿ Por ventura tu tio ?

— No, Martin ; el temor de perder la confianza de Alburquerque helaría la sangre de sus venas. Nada le diremos...

— Pero descubrirá tu situacion...

— Nada temas ; aquella camarera que en Sevilla me servia , Paloma , si no olvidaste su nombre...

— Bien me acuerdo , prosigue.

— Se halla aqui con su marido Matías , de paso para Santiago , adonde van peregrinando. Hállase en cinta del mismo tiempo que yo : á su vuelta pasará por Leon , y la detendré hasta el suspirado término de nuestra zozobra.

— Sí ; y aun cuando entonces no le hayan tenido las desgracias y sea indispensable continuar el mismo misterio , Paloma pasará por madre de entrambos niños , y alimentará el tuyo á nuestra vista. Pe-

;

ro antes de que tal cosa llegue, ya habré yo visto al rey, y estoy convencido de que á no ser por la tirana condicion de mi padre se hubiera acordado de mí y restituídome su favor. Tranquilízate, pues; esta esperanza y el influjo del gran maestro me aseguran el recobro de la amistad de don Pedro, que una vez lograda, obtendré fácilmente la aprobacion de mi padre. Doña Urraca no podrá menos...

— ¡Ah! exclamó María con vehemencia, cuánto la aborrezco por el placer que disfruta en atormentarme, en zaherirme del modo mas humillante... Pero mi orgullo es superior al suyo, y solo por tu amor he doblado la cerviz á tan insufribles ultrages. Llegará, llegará el dia en que sea yo la dama, la señora, y entonces sabré volverle ofensas por ofensas, humillarla con la comparacion de la antigua y heróica raza de los Padillas, con su reciente nobleza, y obligarla á que me rinda los honores debidos á la esposa de su señor natural.

— Hasta tus insultos me son gratos,

repuso don Martin sonriéndose; pero al cabo la nobleza de mi tia es tambien mi nobleza.

— Perdóname este raptó de orgullo é indignacion, dijo María abrazando de nuevo á don Martin. ¿Qué me importa que seas tú mas rico y noble que yo? Si el cielo me hubiese concedido la púrpura real siendo tú un infeliz aldeano, no dejarias de obtener el vasallage de mi corazon, ni el cariño que hoy constituye su delicia.

— Sí: tú serás mi esposa, ¡oh dulce madre de mi hijo!

— ¡Calla! exclamó María levantándose demudada. Oigo cierto rumor... me parecen pasos de hombres armados... ¡huye!... ¿nos habrán descubierto? todo lo temo de tu odiada tia...

— No te sobresaltes, amor mio: voy volando á despedir á esos necios importunos.

— Ya te sigo, pues no aguardo tranquilidad hasta verte fuera de este recinto.

Mientras los dos amantes se hallaban

tan dulcemente entretenidos discurrendo el modo de salvar el honor de la desdichada María, tenia lugar otra conversacion de distinta especie en el salon del propio castillo. Ocupaban gran parte de la vasta pieza doña Urraca de Alburquerque, que recostándose en una magnífica poltrona, leía cierto rancio manuscrito colocado en un atril tornátil de primoroso bruñido, y doña Isabél, esposa del privado, que se entretenia en bordar una rica alfombra con paciente y no interrumpida atencion: junto á ellas, pero separadas por la distancia que exigia el orgullo de las señoras, veíanse todas las dueñas, camareras y doncellas de la casa, silenciosamente dedicadas á las diversas labores de aguja, que eran peculiares de aquel siglo, sin atreverse á levantar los ojos por no encontrarse con la mirada furibunda de la dama de Montluzon, incapaz de perdonar la menor falta de respeto. Interrumpió el monotonosilencio que alli reinaba la aparicion de Nuñez, el escudero de doña Urraca, que acercándose pausadamente á su señora con

tanta veneracion como misterio, díjola algunas palabras al oido, que fueron por ella replicadas en igual tono de voz; estas produjeron nueva contestacion del escudero, que tambien recibió la suya, sin que ninguna de las circunstantes pudiese percibir palabra del encubierto altercado. Concluyóse este por fin, y sucedióle la imperiosa orden de abandonar el salon, que la hermana del señor de Alburquerque intimó á las curiosas dueñas, á las burlonas camareras y á las doncellas impacientes de esquivar la incómoda presencia de las respetables señoras. No bien se vieron solas, cuando levantándose doña Urraca, sacó de la faldriquera un sutil y aromatizado pergamido, cuya lectura ofreció á su sorprendida pariente.

— Tomad, doña Isabél, leed esa carta que acabo de recibir de San Juan de Luz.

— ¿Os escribe la reina doña Blanca?

— No señora: quien me escribe es mi hija Margarita.

— ¡Jesus mil veces! exclamó doña Isa-

bél despues de leidos algunos renglones de la carta.

— Continudad, continuad.

— “Por lo que de don Martin me han dicho, estoy convencida de carecer de la belleza y talento que son necesarios para agradarle. Si el matrimonio contratado entre nosotros ha de causar su infelicidad y la mia, mas quiero renunciar á él y sepultarme en un convento.”

— ¿Qué os parece de esto? *Por lo que de don Martin me han dicho.* ¿Habeis comprendido bien estas palabras? ¿No esplican muy á las claras que mi hija se halla informada de lo que aqui sucede? Todo proviene de los encubiertos enemigos de nuestros planes; y á fé que han sabido aprovechar la ocasion, gracias á vuestra debilidad.

— ¿Pero qué sucede? ¿qué quereis dar á entender con mi debilidad?

— Quiero decir, que sois una señora entregada esclusivamente á vuestras devociones, y que no teneis mas mundo que un niño que acaba de nacer. Yo no

dejo de advertiroslo. Vaya, ¿cuántas veces os habré dicho que concedéis á Mariquita demasiada libertad?

— ¡Qué libertad! respondió doña Isabel, cuya admiracion iba creciendo por instantes. Si tal llamais al permiso de pasar algunas horas encerrada en su aposento, donde pinta los preciosos adornos del misal, entonces...

— ¿Y esos adornos no pudieran pintarse aqui, á nuestra vista?

— Con la escasa luz que entra por esas vidrieras es imposible, segun dice María.

— ¡Qué sencilla sois y qué crédula! Veamos, ¿dónde os figurais que anda don Martin durante la encerrona de la niña?

— Semejante pregunta me parece muy estraña, pues no ha mucho me estabais señalando con el dedo desde el balcon de esta sala el vuelo de losalcones de mi hijo, sus caballos y ojeadores á las orillas del Cea y la inmediata llanura, donde ha formado la costumbre de cazar todas las tardes.

— Todo eso va muy bien, repuso la de Osorio recalcando las sílabas con cierta malignidad que hacia mas amarga la acusacion: losalcones, los caballos, los ojeadores estan aun en la llanura; pero mi sobrino don Martin, que hace un cuarto de hora volvió solo, introduciéndose por el postigo que sale á la poblacion, ha subido muy quedito la escalera del dormitorio de las dueñas, y luego, por la costumbre que ha formado todas las tardes, se deslizó en el corredor que guia desde vuestra cámara á la en que María pinta los preciosos adornos del misal.

— Paréceme, señora, dijo doña Isabel un tanto resentida, que eso no es mas que chisme.

— Pues bueno, replicó doña Urraca bajando le voz, ahora veremos si es chisme ó realidad. Nuñez ha cerrado por orden mia todas las salidas del aposento, escepto la que conducir debe á don Martin y la pintora á esta sala: entrad por ahí, ó aguardad, si os place, á la conclusion de la conferencia, pues no es da-

ble que salgan por otro camino, y el silencio que aqui reina les inducirá sin duda á intentar la evasion por el único paso libre. ¡ Eh! ¿ lo veis ahora?

— En efecto, don Martin entreabrió la puerta de la sala, asomó por ella la cabeza, y observando que era inútil la retirada, cogió la mano de María, y con decidido desembarazo acercóse adonde estaban las señoras, resuelto á declarar cuanto era posible, sin comprometer la estimacion de su querida.

— Bendigo al cielo, dijo sin soltar la trémula mano de María, por la ocasion imprevista que me ofrece de revelar un misterio que es fuerza penetre mi madre, aunque cause su afliccion.

— Hablad mas quedo, señor sobrino, díjole doña Urraca con altivez, y evitemos un escándalo. Nadie, ni el mismo Nuñez que os encerró, sabe cosa alguna: quede, pues, el secreto entre los cuatro, y tratemos el negocio sin alborotos ni acaloramientos.

— ¡ Ah María! ¡ María! exclamó do-

ña Isabel, ¿cómo has tenido valor para engañar á quien desde los tiernos años tuviste en lugar de madre? ¿A la que te amaba cual si fueses fruto de sus entrañas? Tú has abusado de mi ciega y confiada ternura: tú has burlado mi cariño...

— Madre mia, respondió la confundida jóven, ¡cuál despedazan mi corazon tan dulces reconvenciones, mas aun que los arrebatos de la cólera! Vedme á vuestros pies, confesando con la amargura de mis lágrimas que soy la única culpada...

— ¡Insensata! replicó doña Isabel severamente. Levántate y aléjate de mi vista.

— ¡Perdon, madre mia, perdon! exclamó don Martin levantando del suelo á su adorada. La culpa es toda de vuestro hijo, y él debe sufrir todo el castigo. ¿Pero en qué hemos podido engañaros? Unidos desde la infancia, no pudimos menos de prodigarnos mutuamente los mas afectuosos epitetos, las mas dulces caricias. A vuestros ojos creció nuestro cariño, y vuestra voz, vuestro deseo lo animaba: vos misma poniais término á nuestras in-

fantiles desavenencias, vos sabiais corregir los desaciertos de nuestra niñez con la amenaza de separarnos. ¿Érame dable verla tan hermosa, tan buena, y no amarla mas que á mi propia vida? ¿Podia ella negarme su corazon? Obra vuestra es el dulce amor que nos enlaza, este amor que tanto imperio ejerce ya en el destino de Martin.

— ¡Oh, y cuánta razon lleva, señora doña Isabél, ese mocito! dijola de Oso-rio con su acostumbrado retintin. De todo tiene la culpa vuestra ceguera por la tal Mariquita.

— ¿Y es por ventura el daño de tanta consideracion? preguntó mas sereno don Martin.

— Nada de eso, respondió doña Ur-raca; á mí me parece de facilísimo remedio.

— ¡Ah! ¡señora! exclamó el here-dero de Alburquerque, volveis á mi pe-cho la vida: sí, lo confieso, no era de vos de quien tanta indulgencia aguardaba.

— Mi enemistad solo alcanza á los

que se empeñan en hacer rostro á mi voluntad, sobrino mio, y no puede ofenderme un desacierto que no deshonorra á la familia. El que tú has cometido no merece la pena, y consiento en olvidarle, con tal que la reparacion sea tan pronta como completa.

— Lo será, querida tia; este es mi mas ardiente deseo.

— Bien segura estaba yo, señor sobrino, de la elevacion de tu alma; bien convencida de que darias poquísima importancia á esas uniones momentáneas con una cualquiera, que hoy son muy frecuentes entre los señoritos por mera diversion...

— ¡Qué language es el vuestro, señora tia! ¡qué indignidad! ¡confundir á doña María de Padilla con esas cualquiera de que hablais!...

— Segun eso, replicó la de Osorio con mayor arrogancia, ¿no estareis resignado á entregarme ahora mismo á Mariquita para que yo la encierre en un convento?

— Primero os daría mi cabeza, contestó don Martín resueltamente. Sin duda me he explicado mal si no habeis entendido que mi voluntad es de lograr su mano y llevarla al pie del altar con el consentimiento de mi madre.

— ¿Con mi consentimiento? jamás, exclamó doña Isabél con viveza inesperada.

— Por Dios vivo, que no aguardaba semejante rebeldía, señor sobrino. ¿Olvidásteis ya que os hallais comprometido con Margarita?

— ¿Y finjís vos ignorar, señora tía, que su repugnancia á admitir mi mano anula mis juramentos?

— ¡Su repugnancia! ¿y de dónde sabeis que la tenga? ¿Lo estais oyendo, mi señora doña Isabél? Pues esa palabra sola descubre toda la trama de la perfidia mas negra: de aqui ha salido todo. Pero no, señor don Martín, mi hija no quiere ni puede repugnar el dar cumplimiento á una obligacion sagrada, y quien os diga lo contrario miente á bo-

ca llena. El favor que la reina me dispensa, y el imperio de vuestro padre en el ánimo del rey, me ofrecen los recursos necesarios para contener ese necio extravío de un invencible deber. Margarita será vuestra esposa; y esa que tiene la audacia de elevar sus miras hasta el extremo de usurpar el rango y los honores de una noble doncella, que descende de los Alburquerque, de los Osorios, de los Laras de Castillas, esá infame barragana...

— ¡Basta ya! gritó don Martin con ímpetu rabioso: silencio, ¡vive Dios! y guardaos de repetir tan escandalosa palabra.

— Pues la repetiré: esa María, tu infame barragana...

— Yo os arrancaré la lengua que tal blasfemia pronuncia, añadió fuera de sí el pundonoroso jóven.

— Hijo, hijo, acudió doña Isabél, contente, qué me sobresaltas.

— Moriré un millon de veces antes que casarme con la hija de esa furia, y

no reconozco humano poder que á tanto obligarme pueda. Esta es la única á quien amo: esta será mi esposa.

— ¿Esa vil criatura? dijo doña Urraca: ¿esa María, cuya humilde cuna...

— ¡Mi cuna humilde! exclamó exasperada la Padilla: la tuya si que es baja y vil; yo soy quien debiera avergonzarme de un enlace con los Alburquerque y los Osorios, doble fruto de las asquerosas complacencias de tu abuela Carlota, muger sin principios, con un rey viejo y disoluto...

— ¡María! gritó doña Isabél: tu lengua nos ultraja á todos.

— ¡Ah señora! repuso la indignada jóven con vehemencia cada vez mayor: no sois vos de su sangre, y Martin es digno de no serlo. ¡La humilde cuna de los Padillas! ¿Ignoras, insolente Urraca, que mi casa, tan antigua como la monarquía de Leon, era ya ilustre tres siglos antes de la existencia del reino de Castilla, y que lleva seiscientos años de ventaja á tu obscuro nombre? ¿Ignoras que don Ra-

miro de Padilla, cuñado del rey Aurelio, poseía mas lugares y castillos que vasallos cuentas tú? ¿Ignoras que fue un Padilla el primero que tremoló en Toledo el estandarte castellano y en Jerusalem el pendon de Cristo? ¿Y te atreves á insultar indignamente á la heredera de tan escelsa gloria?

— ¡Esto es insufrible! exclamó furiosa la de Osorio. ¡Nuñez, Nuñez! Apoderate de esa jóven, que está loca.

La aparicion de Nuñez á la cabeza de los escuderos de doña Urraca hizo mas tumultuosa esta escena, pues tirando don Martin de la espada, amenazó con muerte al atrevido que llegase á insultar á su querida. Fatigada ésta de la escesiva agitacion de su espíritu, no pudo menos de dejarse caer en una silla, donde creyeron iba á exhalar el último aliento: las dueñas, que habian acudido á tal estrépito, condujéronla á la estancia de su madrina doña Isabél. El enardecido amante quiso ir con ella, pero cerrando la puerta una vieja de las mas venerables,

le intimó la prohibición fulminada por su madre de consentir la entrada á alma viviente : sonaban muchas voces hácia la custodiada cámara, y don Martin creyó que era llegada la hora de María, aunque el accidente que á esta sobreviniera íbase disipando, y quiso quedarse sola un instante con su angustiada madrina. Retiráronse los escuderos, permaneciendo solo Nuñez para ejecutar las ulteriores órdenes.

Al comparecer doña Isabél saliendo de la estancia donde quedaba encerrada María, exigióle doña Urraca en satisfacción de la afrenta recibida disponer de la futura suerte de la huérfana. Con esta seguridad que recabó de doña Isabél, retiróse á su aposento para meditar con sanguinario rencor el género de castigo mas análogo al ultrage recibido. La madre de don Martin, dirigiéndose luego á su hijo, le intimó la orden de entregar la espada al escudero Nuñez.

— ¿Y quién defenderá la vida de mi amante? replicó don Martin.

;

-- Yo te respondo de ella ; pero su suerte dependerá desde hoy de tu conducta. Entrega á Nuñez la espada.

-- Solo en vuestras manos quiero depositarla , dijo don Martin doblando la rodilla : disponed de mi vida , vuestra es: de mi libertad si quereis , no me rebelaré. Pero en nombre de lo mas sagrado os pido que no oprimais á María encerrándola en un monasterio.

-- Levántate , hijo mio , repuso doña Isabél entregando á Nuñez la espada de don Martin , y despidiendo al escudero. ¡ Todo lo sé , desventurado ! por no sufrir que las dueñas la desnudasen , me ha revelado María su secreto.

-- ¡ Ah querida madre ! dijo don Martin muy azorado : no hagais que me desespere.

-- En primer lugar es necesario que todo el mundo ignore tu falta y la deshonra de esa infeliz. Estremézcome al considerar la venganza que de ella tomarian Alburquerque y doña Urraca.

-- ¡ La muerte ! exclamó don Martin

horrorizado, ¡la muerte de la madre y de mi hijo! Os juro que no podré sobrevivir á tan funesto golpe.

-- Tranquilízate, Mantin: aun hay tiempo de evitarlo, y quedará este secreto entre los tres, si obligas tu palabra de obedecerme sin murmurar.

-- Disponed, madre mia, y vereis que no hay sacrificio á que no esté resuelto.

-- ¿Me juras, pues, no indagar el sitio donde pienso guardar á María hasta el término de su convalecencia? Si así lo haces, te prometo también no encerrarla en un monasterio, ni esponerla á los furrores de doña Urraca, respondiéndote de su vida y libertad.

-- ¿Y mi hijo, madre mia?

-- Si es completa tu sumision á mis preceptos...

-- Os lo juro por mi salvacion.

-- Admito tu juramento: cúmplolo con religiosidad, y recuerda que al paso de tu salud eterna, espones, si lo quebrantas, las vidas de María y de tu hijo.
¡Ruy-Diaz!

Presentóse en la sala el mayordomo Ruy-Díaz. Doña Isabél intimó entonces al heredero de su casa que permaneciese arrestado en su aposento hasta nueva orden.

Obedeció don Martín con el mayor respeto. Su madre concertó en seguida con el honrado mayordomo los medios de proporcionar á María la debida seguridad, y de conservar el secreto que su estimación exigía. Resolvióse, pues, que aprovechando la escolta de los peregrinos que aquella misma noche partían para Compostela, iría la huérfana en la litera de un platero toledano, íntimo de Ruy-Díaz, hasta la casa del gobernador de León, encargando á este la necesidad que había de guardar secreto acerca de la situación de su sobrina por una carta que le escribió la misma doña Isabél. En tanto creerían los moradores del castillo que María se hallaba custodiada y enferma en la habitación de su madrina, cuyas puertas quedaron cerradas desde luego con la mayor precaución.

CAPITULO V.

Si nuestro lector quiere tomarse la molestia de seguirnos al palacio abadengo del orden benedictino, que descollaba arrogante sobre la mísera poblacion de San Juan de Luz en la frontera de Francia, tendrá ocasion de escuchar la sabrosa plática de dos personajes que figuran como de segundo término en el discurso de la peregrina historia que contamos.

Hácia el fondo de una inmensa galería guardaban dos robustos alabarderos la puerta del aposento destinado interinamente á la futura reina de Castilla doña Blanca de Borbon. Varios caballeros españoles y franceses, y algunos religiosos de los que componian la comitiva del arzobispo de Burgos, cruzaban la galería ó formaban diversos grupos, hablando no sin cierta viveza. Veíase tambien gran número de pages y escuderos, entretenidos en jugar á los dados, en los bancos

que habia junto á la puerta del fondo.

-- ¡Calle! ¿tambien estás tú por acá? dijo don Diego García de Padilla á Zafiro, reconociéndole entre los pages de la reina.

-- ¿Pues ignorais que soy individuo de la real comitiva? saltó Zafiro dando alguna importancia á sus palabras. Débo-lo al favor del rey, que ojalá se hubiera olvidado de mí para semejante cosa.

-- ¿Con que echas menos á Sevilla y á las bellas andaluzas?

-- Ellas son las que se mueren por mí. Y por ventura, ¿no valen tanto las francesitas de Aviñon y Gascuña? Lo que únicamente me inquieta es no gozar con la reina todo el favor que me dispensaba el rey.

-- Alguna de las tuyas habrás hecho.

-- No por cierto: lo que me ha perjudicado es el color de mi rostro.

-- ¡Pues qué! ¿te ha tenido la reina por africano?

-- Por judío, que es mil veces peor. Cuando doña Urraca de Montluzon me

presentó á doña Blanca , preguntó S. A. por qué le enviaban un herege. Quisieron disculparme ; mas sin dar tiempo para ello , empezó á decir que seria judío , que aborrecia semejante canalla , y que no queria ver uno solo á su lado.

-- Eso me han referido tambien ; pero á pesar de su repugnancia , fuerza será que nos admita á besar su real mano.

-- ¡Que nos admita! repitió Zafiro asombrado : renegásteis acaso de la fé de Jesucristo , hombre perverso. A bien que solo este paso os faltaba para aligerar la caminata á los infiernos.

-- ¡Ah Zafirillo ! si bastase renegar para ser tan rico como mi amo don Samuel Leví...

-- ¿Luego sois de la comitiva del tesorero mayor ?

-- Sí por cierto : soy , aunque indigno , el primer escudero del único favorito del rey , pues el señor de Alburquerque , el mandon , no tiene tanta privanza con su amo como don Samuel , de quien soy íntimo confidente.

-- En ese caso, replicó Zafiro besando la punta de la capa de don Diego, permitidme, el noble García de Padilla, que el mas rendido de sus servidores manifieste á su señoría los respetos que reclama tan encumbrada dignidad. ¿Y cómo ha llovido del cielo semejante favor en la cabeza del tuno mas desacreditado de Sevilla?

-- De un modo muy natural. Mi estrecha amistad con el Zurdo...

-- ¡Con el Zurdo! ¡con el primer ministro de los placeres y venganzas de nuestro rey y señor! ¡con el primer personaje de la corte despues del muy ilustre don Samuel Leví!

-- Por mas que te mofes de él, á su afecto debo mi repentina elevacion y las esperanzas de mejorar de fortuna.

-- No andeis muy confiado, pues la reina se muestra muy resuelta á predicar una cruzada contra los judíos.

-- ¡Bah, bah! aunque eso no fuera un desatino, ¿no consideras que don Samuel Leví es un judío á parte, un judío

que nadie se atreverá á confundir con la canalla hebrea de los inmundos arrabales de Toledo y Sevilla, un judío honrado con el favor del rey, y que viene en nombre de este á poner á los pies de doña Blanca los magníficos regalos que su futuro la envia?

— Que los regalos sean bien recibidos, no lo dudaré; mas apuesto á que no sucede lo mismo con el embajador circunciso.

— ¿Te estás chanceando, Zafiruelo?

— Sí, para chanzas estamos. Preguntad por ahí, y sabreis que la reina ha declarado solemnemente que no admitirá en su presencia á don Samuel Leví.

— Pues dentro de poco lo veremos, replicó don Diego con acento amenazador.

— Poco á poco, y escuchadme. Desde la infancia, segun cuentan, se ha tratado de inspirar á doña Blanca una decidida aversion á los judíos: esta aversion, envenenada mas y mas por el continuo trato de la reina con eclesiásticos de alta categoría, que tanto aqui como en Aviñon

han permanecido á su lado, no ha podido menos de producir la resolución que os he dicho.

— Pues á pesar de todo, juraría que el gran maestro de Santiago ha de tener mas ascendiente en el ánimo de la reina que todos los eclesiásticos del mundo.

— No lo dudo: ¡un hermano de su marido!

— ¡Oh! sí, respondió el Padilla mirando al page con particular atención: semejante título le autoriza para la mayor familiaridad con ella: además de esto, la recíproca pasión del gran maestro y de doña Margarita de Lara, dama é íntima amiga de la reina, ha de contribuir muchísimo para el aumento del crédito que goza don Fadrique con S. A.

— Fuerza es que la pobre muchacha esté fuera de sí por el gran maestro, cuando desprecia la mano de don Martín de Alburquerque; pero hay quien dice que el príncipe no siente por ella el menor interés.

— Pero hombre, prosiguió don Die-

go sin apartar los ojos del rostro de Zafiro, ¿cómo puede ser eso, cuando se sabe que de diez meses á esta parte no se ha apartado un solo instante de doña Margarita?

-- Tambien se sabe que doña Margarita no ha abandonado á la reina un solo momento, dijo el page con descarada malignidad.

-- Y resumidas cuentas, ¿cuál es tu opinion en este negocio?

-- Toma, toma; ¡no sois poco pregunton!

La llegada del judío Samuel á la propia galería, acompañado del vizconde de Narbona, embajador de Francia, y seguido de una numerosa comitiva que conducia en varias arquillas los regalos del monarca á su futura esposa, interrumpió el atrevido coloquio de don Diego con Zafiro, el cual salió de la galería, tanto por no interrumpir la conversacion que acaloradamente sostenian el judío y el vizconde, como por acudir á la seña que le hiciera el gran maestro desde la puer-

ta de la habitacion de la reina para apartarle de Padilla, á quien dirigió fulminante mirada de sorpresa y de enconado desprecio.

— Haceis mal en quejaros de mí, señor don Samuel, decíale el vizconde, cuando no he omitido esfuerzo alguno para inclinar el ánimo de S. A. en favor vuestro. Si antes de presentaros con tan imponente aparato hubieseis aguardado, como os indiqué, en mi cámara, sabríamos á estas horas el éxito...

— Señor vizconde, fatigado estoy de repetirlo tantas veces, interrumpió el juicio; las órdenes de mi amo son absolutas, y suceda lo que quiera, he de cumplirlas exactísimamente.

— Todo eso es muy justo; ¿pero no valdria mas evitar un escándalo?

— Asi lo deseo, señor vizconde.

— ¿Y no se evita enviando á mi corte un mensajero que traerá infaliblemente el mandato del rey, á que doña Blanca no podrá resistir? En aguardando un poco...

-- No señor: bastante me detuvieron en Tolosa y en Irun vuestros ofrecimientos de la próxima llegada de la reina. Quiero dar crédito á esa enfermedad que ocasionó tan repetidas detenciones; pero el rey mi amo ordena que parta inmediatamente para Sevilla, y que manifieste de palabra á su augusta esposa las razones que le obligan á diferir por algunos meses el suspirado momento de su reunion. En consecuencia, es necesario que hoy, que ohora mismo me admita S. A. á besarle la mano y á escuchar mi mensaje. En otro caso, yo sé lo que me cumple hacer.

-- ¿Intentaríais por ventura?...

-- No os lo diré; mas considero que antes de esponerme á una resolucion desagradable, recordareis que aqui represento al monarca de Castilla y de Leon con el carácter de su embajador, y que mi amo mirará como hecho á su sagrada persona cualquier ultrage que la mia sufra.

-- Pues bien, señor don Samuel, res-

pondió el de Narbona reprimiéndolo su indignación: tened la bondad de aguardar un instante en esta galería, mientras voy por última vez á persuadir á la reina.

-- Id en hora buena; pero que me despachen pronto, porque tengo ya por una afrenta hecha á mi persona y dignidad la obligación de aguardar aquí confundido con la multitud.

Y retirándose el vizconde sin disimular la cólera que le animaba, dejó á don Samuel en libertad de conferenciar á su sabor con el malvado favorito.

-- ¿Has recogido mas noticias? preguntó á don Diego manifestando aguardar la respuesta con el mayor interés.

-- Sí señor; y todas corroboran las anteriores.

-- ¿Es decir, el amor del gran maestro á doña Margarita?

-- ¡Qué disparate! No hay quien crea semejante fábula.

-- ¿Con que ama á la reina?

-- ¿Y lo dudabais aun, despues de revelaros las confianzas que hizo al comen-

dador mi tío? Lo mejor del caso es que su alteza le corresponde apasionada.

— ¿Se ven muy á menudo?

— Con la mayor familiaridad: ahora mismo le he visto entrar sin ceremonia. Sin embargo, continuó malignamente el renegado, de dia es mas circunspecto.

— ¡Hola! ¿con que de noche?

— Todas las pasa don Fadrique en el dormitorio de doña Margarita, adonde tambien acude doña Blanca.

— ¿Estás seguro de esta circunstancia?

— Tan seguro, que todo me lo contó una dueña que conocí mucho en Sevilla.

— ¿Y qué te dijo?...

— Que ese comercio escandaloso tuvo principio á la llegada del gran maestro á Aviñon, hará cosa de nueve meses.

— ¿Pero la enfermedad de la reina?...

— Inevitable consecuencia de semejante trato.

— ¡Oh Dios de Abraham! ¡si fuese cierto!

— Lo cierto es, que de seis semanas á esta parte que nos han detenido en Tolosa é Irun con sutiles pretextos, Blanca de Borbon ha cesado de presentarse en público. Casi siempre está en cama, y no admite en la cámara mas que al obispo de Burgos y al vizconde de Narbona, y aun á estos un solo instante, y siempre sentada y muy encubierta...

— ¡Quiera el cielo que salga verdadera tu congetura!...

— Y si no decidme: ¿á qué esa obstinacion en negaros una audiencia? ¿Os engañaría ese falso horror á vuestra nacion, y ese desprecio á vuestra persona?

— ¡Ah! no hay duda: esa tenaz resistencia envuelve un misterio que quieren ocultarme. Pero yo lo descubriré, ¡vive Isaac! y una vez dueño de su secreto...

— Lo sereis de la monarquía. Mejor secundará vuestros proyectos una reina hermosa, que no esa altiva Aldonza Coronel.

— Mucho me da que hacer, querido Diego.

— Bien empleado os está: ¿no os decia yo continuamente que mi hermana María es otra muger?

— Y no me ponderaste su talento y atractivos, si he de creer lo que Albuquerque me escribe.

— ¿Con que al fin le hablasteis de ella?

— ¡Cómo evitar tus importunas alabanzas!

— Es ya tarde, vive Dios. ¡Qué lástima!

— ¿Quién sabe? si este golpe entrase en las miras de Albuquerque, que está muy resentido del amor que tu hermana inspiró á su hijo don Martin...

— ¡Don Martin! ¡valiente sugeto! Os repito que es una maravilla, un bocado digno del monarca.

— El tal Martin queria casarse con ella.

— En hora buena...

— ¡Silencio! ya vuelven...

Y abriéndose la puerta del fondo de la galería, aparecieron el obispo de Bur-

:

gos y el vizconde de Narbona, cuyo lento paso indicaba lo poco satisfechos que salían de su espinosa comision. El reverendo prelado quiso tomar la palabra, sin duda animado de la esperanza de que una negativa pronunciada por su boca no tendría la misma acrimonia que si asomase á los labios del embajador francés.

— Señor don Samuel, dijo al judío, noble amigo, traspasado del mas vivo dolor os declaro, en nombre de la reina nuestra señora, que los escrúpulos de su conciencia...

— ¿Es esa la definitiva resolucion de su alteza? preguntó Leví con altivez.

— Conviene añadir, replicó el vizconde, que su delicada salud no le permite soportar en este dia las fatigas de una audiencia solemne.

— Nada importa, dijo Samuel resueltamente: entraré solo, como el gran maestre de Santiago, que se halla ahora en su compañía.

— Es verdad, repuso el vizconde, pues creyó que si la reina se dignaba es-

cucharle un breve instante, acaso lograría convencerla; pero se ha negado á ello, retirándose al oratorio. De mí sé decir, os lo confieso, que desespero de que varíe su resolución, y lo mejor sería enviar á París el mensajero que os indiqué...

— Paréceme, señor mio, dijo pálido de cólera Leví, que teneis grande interés en ganar algo de tiempo.

— ¿Y qué interés pudiera ser ese? replicó el vizconde.

— No puedo penetrarlo. En conclusión, mi deber me llama hoy mismo á la presencia de mi soberano, por lo cual declaro, que si no se me abren al instante las puertas de esa cámara, iré á llamar con la mano y en nombre del que me envía, hasta que, fatigados de mi perseverancia, juzgueis oportuno emplear la violencia para arrojar fuera del edificio que habitais al embajador del rey de Castilla y de Leon.

— Antes de recurrir á tal extremo, dijo sobresaltado el obispo, hacedme el obsequio, señor don Samuel de Leví, de

entrar en mi habitacion, donde el gran maestro ha de volver á buscarnos, y todos juntos discurremos el medio mas oportuno para salir con honor de un paso tan escabroso.

— En hora buena, señor obispo; pero no hay fuerza humana que destruir logre la resolucion que he adoptado, ni me detengo mas tiempo que el necesario para disponer mi equipage y partida. Don Diego, prosiguió encarándose con él, id á reunir mi comitiva, y volved todos á aguardarme en la misma puerta de este monasterio.

Partió don Diego velozmente, y los tres personajes se entraron silenciosos en la habitacion del obispo, donde les dejaremos para acudir á la misteriosa estancia de doña Blanca de Borbon.



CAPITULO VI.

EN una reducida antecámara, que para gozar mas de cerca la intimidad de reina eligiera doña Margarita de Lara, la hija de doña Urraca de Osorio, entró repentinamente don Fadrique, gran maestro de Santiago, en el momento de la conclusion del coloquio que tuvo lugar en la galería entre don Diego García de Padilla y el deslenguado page Zafiro.

— ¿Pudísteis lograr mi perdon? preguntó don Fadrique á la dama.

— Tan imposible es alcanzar de ella un sí como un no, respondió Margarita.

— ¿Pero no tuve yo razon en reconvenirle semejante alegría tan fuera de propósito?

— Aquella risa ya pasó: vedla ahora en fervorosa oracion.

— ¡Ah! exclamó el gran maestro, ¡qué extraña mezcla la suya de ligereza y

austeridad, de indolencia y vigor, de formalidad y caprichos infantiles! ¡Ojalá que sus súplicas al Eterno le inspiren la resolución de admitir á Samuel en su presencia, á ese Samuel, falso y malvado director de la voluntad de mi hermano!

— Dígoos, señor don Fadrique, que no alcanzo la causa de vuestros temores y lamentos. ¿Qué daño puede hacer á la hija de San Luis un innoble judío?

— ¿Quién, por muy elevado que se mire, podrá figurarse que no ha de alcanzarle el infortunio? ¿cuál será la pureza tan privilegiada que no deba temer el venenoso aliento de la calumnia? Margarita, añadió tristemente el gran maestro, soy muy desdichado, pues no tengo valor para separarme de ella.

— Admírome de ese lenguaje. ¡Separaros de ella! Si la hubieseis perdido de vista un solo instante, ¿qué testimonio oponer entonces á las increíbles calumnias que fragua vuestra acalorada imaginación? ¿No os mandó el mismo rey que velaseis por la seguridad de doña Blanca, y que

no la abandonaseis sin su orden?

— Su designio fue tenerme apartado de mis hermanos, que se habian rebelado contra su autoridad, y todos tuvieron el encargo, con que al parecer me honraba, por un honorífico destierro. Yo, á la verdad, vi el cielo abierto, pues ya os dije que habia conocido á Blanca en el primer viaje que hice á París; pero ignorais que la amaba...

— ¡La amabais!...

— Con idólatra pasion.

— Y ahora, repuso severamente doña Margarita, ahora que es esposa de vuestro hermano...

— La adoro mil veces mas. Hace un año, amiga mia, que la estais viendo como yo, pero no con los mismos ojos... vos admirais su dulzura, su pureza, su santidad: yo me entusiasmo al contemplar su modesta y graciosa hermosura; estremézcome al sonido de su voz; exaltan mi espíritu sus cariñosas palabras, y el fuego de sus miradas abrasa mi corazon y le consume. De mí os compadeciais, al mi-

rarme á las puertas del sepulcro, durante mi penosa enfermedad: amor era mi mal, ¡oh Margarita! y aquellos tiernos cuidados que Blanca creía prodigar al hermano... acabaron de embriagar al infeliz amante... y en un momento llegué á figurarme...

— ¡Ilusion, desdichado don Fadrique! exclamó vivamente Margarita; funesta ilusion, si acaso ha contribuido á alimentar ese amor tan criminal como insensato. Yo leo claramente en el alma de la reina, y os aseguro que tanto como le place la amistad del hermano, le horrorizaria la pasion del amante. Huid, huid de ella, no volvais jamas á su vista, ó yo le revelaré el odioso misterio.

— Sí, Margarita, respondió abatido el gran maestro, sí: me arrancaré de su presencia, y para siempre, ya que el honor me impone tan duro sacrificio. Esta mañana he recibido una carta de vuestro primo don Martin: en ella me dice que el secreto que yo tuve tan oculto, es ya conocido de Samuel...

— ¡Dios nos asista! ¿y cómo ha podido penetrarlo?

— Un comendador de mi orden, que por su nobleza, honradez y bondad ganara mi corazón sencillo y confiado...

— ¡Imprudente!...

— Entonces creía no volver á verla. El comendador volvía de la corte de Francia, donde vió á Blanca, y yo fundaba mi felicidad en hablar de ella... Un sobrino de aquel buen hombre, llamado Diego García, entró por su recomendación á servir á mis órdenes. El tal Diego era un malvado que despues empleó contra mí la mas infame traicion: ignorélo por mucho tiempo; pero casualmente tuve oportunidad de descubrirla y echársela públicamente en rostro. Su tío cometió la necedad de declararle mi amor á Blanca: esto me ha escrito vuestro primo, y ahora... fuerza es decirlo todo...

— Acabad.

— Samuel Leví ha unido á su comitiva al infame Diego, que se halla aquí.

— ¡Oh Dios!

— En este momento le he visto hablando con Zafiro, el cual me ha confesado, cediendo á mis amenazas, que Diego le preguntaba acerca de mí, descubriéndole las siniestras intenciones de Samuel para con la reina. Me consta también que ese perverso judío ha tomado un absoluto imperio en el ánimo del rey mi hermano, y fue quien le aconsejó los asesinatos de mi desdichada madre y de Fernandez Coronel, cuyos inmensos bienes tentaban su codicia; es cruel, orgulloso y vengativo. Y ahora que con razon puede quejarse de la reina, ¿pensareis que baste la inocencia de su alma para defenderla de los envenenados tiros y de la venganza de Samuel? Recordad nuestras prolongadas conferencias con Blanca en esta cámara, nuestros paseos solitarios, su dulce familiaridad conmigo, y sobre todo que Diego es dueño de mi secreto, y preguntad cómo puede la calumnia manchar con su veneno la fama de vuestra amiga.

— ¡Perdida está la reina! exclamó Margarita fuera de sí; vos, don Fadrique...

— Nada se ha perdido todavía, repuso vivamente el gran maestro. Unid á las mias vuestras plegarias para conseguir que Blanca reciba la embajada de Samuel y le dispense favorable acogida, pues su demanda es justa, y como gran dignatario del estado viene en nombre del rey...

— Todo eso importa muy poco, dijo doña Margarita interrumpiéndole con manifiesta agitacion; solo veo el peligro de Blanca, y tambien el vuestro. Es necesario que éntre Samuel al instante. Hé ahí la reina, ayudadme.

Abrióse la puerta del oratorio, y aparecio la reina doña Blanca.

— Vaya, Margarita, dijo gravemente á su dama, ¿has reducido al fin ese espíritu rebelde? ¿has vuelto á su reina un súbdito fiel y sumiso? ¿Está ya arrepentido de su falta?

— Señora, repuso Margarita poniendo en el suelo una rodilla, reclamo ahora el don prometido.

— Levántate, acudió la reina sonriéndose: ¿tan poco me conoces que crees

verdadera mi cólera contra don Fadrique? No hay necesidad de recurrir á semejante promesa para obtener su perdón. Fadrique, hermano mio, no estoy enfadada. Levántate ya, Margarita.

— ¡Ah señora! no abandonaré esta postura hasta tanto que os digneis escucharme. Cualquiera que sea tu demanda, me dijisteis, te la concederé.

— Escepto la de separarte de mí.

— Nunca lo haré voluntariamente, respondió Margarita, y reclamo el cumplimiento de vuestra real palabra.

— Yo te lo otorgo, si es cosa que puedo hacer, dijo doña Blanca un tanto conturbada. ¿Pero por qué elegiste este momento? Me tienes en brasas: ¿qué quieres?

— Que recibais el mensaje de Samuel.

— ¿Tambien tú, amiga mia? ¿Tambien tú te unes con ellos? ¡A un judío, á un enemigo de mi Dios, admitirle á mi presencia, á que me hable, á que yo me vea espuesta á responderle! ¿esto exi-

ges de mí? ¿esto quieres de la sangre de San Luis?

— Sabed, pues, acudió Margarita sin levantarse del suelo, que ese judío puede hacerme un daño tan terrible que acaso será precursor de mi muerte. Don Fadrique experimentará también los efectos de su venganza.

— ¡Justo Dios! exclamó asombrada doña Blanca: ¿de dónde le viene tanto poder?

— Del imperio que ejerce en el espíritu del rey: los dos seremos víctimas de su rencorosa enemistad.

— ¿Tú, amiga de mi corazón? añadió la reina cada vez más sobresaltada: ¿y vos, hermano mío? ¿Por qué no me lo dijisteis al principio? ¿Dudabais del tierno afecto que os profeso?

— Pronunciad, hermana mía, una sola palabra, díjole el gran maestro, y se alejará de nuestras cabezas la tempestad que las amaga.

— Sí, la pronunciaré: levántate, Margarita.

— Ya he logrado vuestra palabra.

real, repuso Margarita obedeciendo: os debo la vida. Don Fadrique, salid á llamar á Samuel.

— Aguardad por Dios, gritó la reina muy conmovida: ¿es absolutamente preciso que le reciba ahora mismo? ¿no usareis conmigo de alguna misericordia? ¡un judío! ¡un judío horrible!...

— ¿Será capaz vuestro corazon de tanto odio? díjole el gran maestro.

— ¡Odio! nunca le conocí; á nadie se lo tengo: no es ese hombre quien me inspira irresistible aversion, sino su detestable error, y seria culpada ante Dios si favoreciese su maldita raza.

— ¿Y será favorecerle, replicó don Fadrique, el admitir á vuestra real presencia al enviado del rey?

— Basta, basta, respondió Blanca con algun abatimiento; ¡me rindo á vuestros deseos, y perdonemelo Dios!... ¿Qué dirán de mí? prosiguió despues de ausentarse el gran maestro.

— Dirán que sois tan bella como virtuosa.

— No, Margarita: con más razón podrán llamarme ligera y caprichosa. ¿Pero qué me importan las hablillas de los hombres? El cielo es el único juez cuyos decretos tiemblo, y éste lee en mi corazón.

— ¡Ah señora! dijo Margarita suspirando: también creía yo que bastaba una conciencia limpia...

— Suceda lo que quiera, esa será siempre mi ley. El temor del vituperio nace generalmente de la hipocresía y constituye una vileza efectiva. Quien camina sin torcerse por el camino del Señor, ha de despreciar los juicios de la tierra... ¡Pero ese judío, Margarita, añadió mirando con zozobra hacia la puerta, ese pícaro judío! ¡Cuánto trabajo me cuesta resolverme á soportar su vista!

— Animo, señora, que va á entrar.

— ¿Con toda su comitiva? ¿son también judíos?

— No por cierto: son oficiales de casa real.

— Vaya, vaya, prosiguió la reina

como distraída y con cierta jovialidad; olvidábaseme que estoy enferma, que no puedo andar... Llama á esas mugeres.

— Sentóse en un gran sillón, y acudiendo las camareras á un silbido de Margarita, cubrieron á doña Blanca con un ancho manto de armiño, pusieron á sus pies un taburete, una gran cofia en la cabeza, y despues de hallarse bien acomodada para resistir la tremenda visita de Samuel, preguntó la reina á Margarita si aquella postura y atavíos comunicaban á su persona cierta languidez propia de un enfermo.

— No por cierto, contestó Margarita presentándola un espejo: nunca os he visto mas fresca y encarnada.

— Estos colores no son naturales, querida amiga, pues siento la agitacion de la fiebre y zumbido inaguantable en la cabeza. ¡Ah! ¡cuánto cuesta sostener una mentira! No hay duda, es mucho mas cómodo decir siempre la verdad; pero ya me he metido en ello, y es fuerza continuar. Vaya, poneos todas delante de

mí, y no consintais que se acerque el espantoso judío.

— ¿Cómo así, si os ha de besar la mano?

— ¡Qué horror! exclamó indignada doña Blanca.

— Resignaos en nombre del cielo...

En esto, abriéndose las puertas de la estancia, dieron franca entrada al embajador, que acompañado del obispo y del vizconde de Narbona, y seguido de su numerosa y esplendente comitiva, en la que no faltaba don Diego García, fue á hincarse de rodillas ante la hermosa doña Blanca. Azorada ésta con la presencia del judío, mandó á sus dueñas que colocasen en la mesa inmediata á su sillón un magnífico jarro de plata lleno de agua bendita, del cual sacó un ramito de laurel, con el cual comenzó á darse aire como si fuese un abanico. Tomó la palabra el vizconde de Narbona anunciando á don Samuel Leví, tesorero mayor del reino, como embajador extraordinario de don Pedro de Castilla. Quedó la reina cortada y mu-

;

da, y acercándose el vizconde la dijo muy quedo que le diese la bienvenida. Margarita rogaba en tanto á su amiga en voz muy baja que ofreciese la mano al embajador: hizolo asi con visible repugnancia, y mirando al judío horrorizada. Samuel no tardó en aplicar sus labios á la bella mano, pero Blanca la retiró precipitadamente, lanzando un grito y sumergiéndola toda en el jarron de plata. Todos los concurrentes manifestaban su sorpresa y descontento, en especial los de la comitiva de Samuel, quien se levantó, y fijando sus ojos en la reina, descubria en ellos la viva indignacion que respiraba su pecho.

-- Señora, empezó á decirla en respetuoso lenguaje que no convenia con el desconcierto de sus facciones, vengo en nombre del rey don Pedro á rendir á los pies de vuestra alteza estos regalos en prenda de su amor. Mi augusto amo se ha dignado encargarme que fuera el intérprete de su sentimiento, al no poder cumplir todavia el deseo que le anima de salir al encuentro de su regia esposa, cuando los moros

de Granada, rompiendo la tregua, á des-
pecho de la prometida fé...

— Señor vizconde de Narbona, in-
terrumpió la reina temblando, y vos, se-
ñor obispo de Burgos, ya visteis la res-
petuosa deferencia con que admití las es-
plicaciones que sobre el mismo asunto me
dió el rey en su último mensaje...

— Señora, prosiguió Samuel, despues
del postrer mensaje en que se daba cuenta
á vuestra alteza de la irrupcion de los mo-
ros en el obispado de Jaen, han sobreve-
nido nuevos estorbos, de que me ordena
informar á vuestra alteza boca á boca. El
conde de Trastamara acaba de tremolar
por segunda vez en Asturias el estandarte
de la rebelion. En consecuencia, cuando se
haya logrado asegurar la tranquilidad de
las fronteras meridionales, el rey se verá
compelido á marchar hácia el norte, con
la mira de poner sitio á la fortaleza de
Jijon, donde se ha retirado el conde á
la cabeza de fuerzas considerables. La ur-
gencia de esta operacion no le permitirá
detenerse en el castillo de Sahagun, en

el cual pensaba aguardar á vuestra alteza para acompañarla personalmente á Leon. Valladolid es el punto que ha elegido para celebrar sus reales nupcias y coronar á vuestra alteza por reina de Castilla en presencia de todos los nobles de sus reinos. Mas no puede aun fijar la época de esta reunion feliz, objeto de sus mas ardientes deseos.

— Señor vizconde de Narbona, dijo la reina volviendo la cabeza, le entregareis la carta que pienso escribir al rey mi esposo en respuesta á su bondadoso mensaje.

— Señora, añadió Samuel encendido de furor por tan humillante desprecio, pero conservando su respetuosa actitud, ¿no me dispensará vuestra alteza el alto honor de encargarme algunas palabras para el rey que me envia?

— Señor obispo de Burgos, dijo doña Blanca ya impaciente y encarándose con él, ¿no me ofrecísteis que esta audiencia duraría un solo instante? Estoy sufriendo á no poder mas.

-- La reina pierde su color natural, saltó doña Margarita colocándose entre el judío y doña Blanca; permitid, señores, que se quede sola con sus damas.

Saludó Samuel profundamente y salió con toda su comitiva, despues de dejar en los almohadones de la cámara los regalos del rey para su esposa. Al llegar á la galería llamó á don Diego, y con voz animada por el furor mandóle abreviar los preparativos para la marcha. Obedeció el malvado confidente, llevándose en pos de sí toda la comitiva del judío, el cual al verse solo con el obispo, el vizconde y el gran maestro, dirigióles la palabra sin disimular la agitacion y descontento de su espíritu, aunque rebozándola de cuando en cuando con los mas venenosos sarcasmos.

-- Mucha razon teniais, señor vizconde: el estado de la salud de su alteza presenta síntomas muy graves: yo he observado signos evidentes de delirio. ¿No os ha sorprendido tambien, señor obispo?

-- Mi opinion, repuso titubeando el

reverendo prelado, es idéntica á la del señor vizconde.

— Yo discurro, señores míos, añadió Samuel, que ha de ser muy grave su enfermedad, y debiendo dar de ella exacta cuenta al rey mi amo, me veo en la precision de oír el informe de los médicos.

— ¡De los médicos! repitió el vizconde con suma impaciencia; hasta ahora no hemos juzgado necesario su ministerio.

— ¡Qué escucho, señor vizconde! exclamó Samuel fingiendo tanta admiración como interés; ¿diré yo á su alteza el rey mi amo que no se ha juzgado preciso llamar á los mas hábiles doctores, cuando la vida de nuestra graciosa soberana se halla en tan manifiesto peligro, cuando el mal toca en un extremo de violencia que llega hasta el extravío de su razon?

— Por Dios, señor Samuel, acudió indignado el gran maestro: eso es ya mucho decir.

— ¡Mucho decir, señor gran maestro de Santiago! repuso irónicamente el solapado judío. ¿Creis por ventura que

nuestra querida soberana se hallase en la cabal posesion de su conocimiento cuando sumergió toda la mano en aquel jarron?

Don Fadrique manifestó en el súbito encendimiento de su rostro la turbacion de su espíritu á la inesperada pregunta de Samuel. Y en tanto doña Margarita, asomándose á la puerta del aposento de la reina, empezó á escuchar con vivo interés el diálogo que tenia lugar en la espaciosa galería.

-- ¿No me hareis el favor de responderme, señor gran maestro? continuó Samuel gozando de la confusion de don Fadrique: á pesar de todo, es fuerza que yo dé cuenta al rey de vuestra opinion particular sobre la preciosa salud que nos tiene en la mayor zozobra. Su alteza el señor don Pedro no ignora que vos habeis tenido ocasion de hacer en este asunto atentas observaciones durante las largas veladas que pasais en union fraternal con doña Blanca y en presencia de estos noble señores...

-- Es falso, señor Samuel, gritó el

vizconde interrumpiendo la última frase.

— ¡Cómo! ¿con que no es en presencia vuestra, señor vizconde? esto sin duda hubiera sido lo mejor; pero una vez que el señor obispo preside las conferencias...

— ¿Qué conferencias? acudió el de Burgos asombrado.

— ¿Luego es este un misterio? confieso, señores, que me dejais estupefacto. Yo estaba en la inteligencia de que el propio gran maestro había dado noticia al rey de su entrada todas las noches en el aposento de la reina, nuestra adorada soberana, y su alteza debió creer que tan inocente pasatiempo nada tenía de misterioso ni para su embajador el obispo de Burgos, ni para el del monarca francés.

— ¿Nada teneis que replicar á tan extraña alegacion, señor don Fadrique? díjole el vizconde atónito á vista del silencio y mortal turbacion del gran maestro.

— No es él quien deba responder á ella, gritó doña Margarita saliendo re-

pentinamente: el honor le manda callar, y á mí declarar la causa de su generoso silencio. Las visitas del gran maestro eran para mí sola, y nunca, ninguna noche ha penetrado mas allá de mi habitacion. Juro delante de Dios que el señor don Fadrique no ha sido introducido ni una vez en la estancia de la reina, sin ir acompañado del vizconde ó del señor obispo; y cualquiera que haya osado decir ó dar á entender otra cosa, profirió una calumnia infame.

-- Vuestra sencilla confesion lo aclara todo, mi señora doña Margarita, repuso el judío con falsa sonrisa. ¿Es decir que por espacio de diez meses ha entrado secretamente el gran maestro en la habitacion de su alteza, pero siendo recibido en vuestra estancia con la debida virtud y honestidad? No puedo menos de persuadirme de ello, y me esforzaré en hacer partícipes de esta opinion á mi señora doña Urraca, vuestra noble madre, al señor de Alburquerque, padre de nuestro esposo futuro, al señor don Martín

Gil... Cumplísteis con vuestro deber, añadió, viendo el diluvio de lágrimas que vertía la deshonrada Margarita; pero el mio me ordena dar la mayor publicidad á esta singular aventura, que mal conocida, ó malignamente interpretada, pudiera producir rumores injuriosos al terso honor de mi querida reina.

-- ¡Qué rumores, señor Samuel! hablad, dijo doña Margarita impetuosamente; es fuerza que en este instante, y á presencia de estos ilustres testigos, quede confundida la calumnia contra la pura y virtuosa conducta de Blanca de Borbon.

-- Solo un traidor ó un loco, Samuel, añadió el gran maestro, podrá concebir tan criminal pensamiento. Y en cuanto á la confesion que doña Margarita acaba de hacer, si hay un hombre, cualquiera que sea, que se atreva á interpretarla sinies- tramente, ó á decir una palabra contra su honor, le declaró vil é infame calumnias- dor; y siendo caballero, me ofrezco yo don Fadrique, gran maestro de Santiago, á sostener con mi cuerpo y del modo que

el rey juzgue oportuno, que el tal caballero mintió groseramente.

— Está muy bien, dijo sonriéndose Samuel: yo informaré al rey mi amo de cuanto acabo de ver y oír.

Lloraba en tanto la infeliz Margarita, reclinada en los brazos del gran maestro, que dirigia á don Samuel Leví venenosas miradas de furor. Este llamó aparte al obispo y al vizconde, y entabló con ellos nueva conversacion en tono bajo, paseándose á alguna distancia, de modo que de cuando en cuando se acercaban al gran maestro y á Margarita, que escuchaban con avidez el secreto coloquio.

— ¿No me informareis, señores, decíales don Samuel, de un mercader gallego que pasó la semana última por esta poblacion, volviendo de la feria de Belcaire?

— Mas de cuarenta han pasado, respondió el vizconde, procedentes del mismo punto: ¿sabeis el nombre de ese?

— No por cierto; solo sé que llevó á la feria lino de Galicia, seda murciana,

espadas de Toledo, y que regresaba con carga de corazas y armas de Milan, de tapices flamencos, espejos de Venecia, perfumes levantinos y colonias de Persia.

— En esos géneros comercian todos los mercaderes gallegos, repuso el vizconde.

— Con todo, es fuerza que trabajemos para descubrir al tal hombre. Las estrañas noticias que divulgó á su paso por Irun nacia sin duda de la indiscrecion de algun individuo de la real comitiva. Hablaba este hombre de las nocturnas visitas del gran maestro á esa dama, sacando las mas audaces consecuencias, sin el menor miramiento al honor de mi querida soberana. Yo tuve por fábula absurda semejantes visitas; pero veo con dolor que el acaso nos ha probado su evidencia.

— Muy perjudicial sin duda, acudió el obispo, á doña Margarita; pero al fin no puede dar materia á la menor sospecha injuriosa contra la reina.

— ¡ Oh! señor obispo, ese hombre era un solemne malvado, y aseguraba, no

lo permita Dios, que la habitacion de doña Margarita tiene una puerta secreta que da á la de su alteza ¿Callais, señores? ¿seria cierto?

— Aunque lo fuera, respondió el vizconde en el colmo de la indignacion, ¿quién seria el insolente que se atreviese á sacar una consecuencia?...

— ¿Quién decís? replicó Samuel con la mayor sangre fria; ese infame mercader gallego que no respeta lo mas sagrado, y llevaba mas lejos su osadía calculando la época en que comenzaron las secretas entrevistas del gran maestro con la reina...

— ¡Con la reina! exclamó furioso el de Narbona.

— Con la reina, asi decia el malvado, en la estancia de doña Margarita. El calumniador atribuía á las consecuencias del nocturno trato, cuya fecha se remonta á cerca de diez meses, la incomodidad que hace algunas semanas obliga á su alteza á ocultarse de todos.

— Yo le buscaré, gritó fuera de sí el vizconde, mientras el obispo se santigua-

ba pálido de terror, yo le buscaré: yo le arrancaré la lengua que profirió tan abominable calumnia, y azotaré con ella sus lívidos carrillos.

— Su infamia, señor vizconde, prosiguió Samuel, no me inspira menos espanto que á vos mismo; y por ella podéis calcular el deseo que he manifestado de penetrar exactamente la naturaleza de esta enfermedad, para ponerme en estado de responder á las preguntas que el rey no dejará de hacerme; y como se me ha negado por seis semanas el comparecer á vista de su alteza, alegando la mala salud de la reina, y mi conciencia me manda declarar que la he visto hoy en una situación muy alarmante, con la frente pálida, las facciones descompuestas, recostada en un sillón, arropada con una enorme capa que me impedía descubrir los contornos de su talle..

La aparición de Diego en la galería avisando á don Samuel que todo estaba dispuesto para la marcha interrumpió el viperino discurso del judío, que despi-

diéndose de los demas interlocutores, sin atender á sus ruegos, saludóles reverente, repitiendo que daria al rey su amo exacta cuenta de lo ocurrido, y salió dejándolos perplejos acerca del partido que les cumplia tomar.

Contristado el gran maestro con tan desagradable suceso, prometió á doña Margarita que seria el zeloso defensor de su honra, y conociendo la necesidad de separarse inmediatamente de la reina, formó la resolucion de ir á fortificarse en una de las ciudadelas de Galicia pertenecientes á su orden, reunir en ella á todos sus caballeros, y tomar de concierto con sus hermanos el conde de Trastámara y don Tello una actitud imponente para lograr que el rey les concediese una paz honrosa y duradera. Conseguido esto, pensaba dirigirse á combatir con los moros para encontrar en esta lucha el término de una vida sin esperanza, y despues de comunicar este proyecto á la buena doña Margarita, separóse de ella, dándola el postrer á Dios.

CAPITULO VII.

EN el bosque de Saldaña, situado entre Cea y Sahagun, que distan uno de otro tres leguas, detuviéronse cierta mañana del estío unos cuantos peregrinos á disfrutar durante las horas mas ardientes la apacible sombra de los espesos árboles que estaban convidando con su frescura. Hallábanse en el número de los devotos viajeros que regresaban á sus hogares despues de visitado el sepulcro del patron de las Españas, el ciego Matías, su esposa Paloma, Perez Cuellar, platero toledano, y su nieto Perico, adolescente de diez y seis años. Fuéronse colocando todos sobre la yerba donde no alcanzaban los rayos del sol, y sacando las provisiones que llevaban, empezaron unos á satisfacer su apetito, mientras los demas aprovechaban el rato de descanso para tender sus fatigados miembros, en-

tregándose á un sueño restaurador. No así sucedia con Paloma, que habiendo perdido á su hijo muchas horas antes, se sentia desfallecida, tanto por la pesadumbre como por la incomodidad, que era consecuencia precisa de la falta de cria. Tendida, pues, en el suelo, y sofocada por el excesivo calor, no tardó mucho en perder el uso de sus sentidos, pronunciando entre dientes el nombre de su amado Enriquito. Perez Cuellar, que poseía algunos secretos medicinales, trató de prestar algun auxilio á la infeliz en el momento que, apareciendo un caballero, callada la visera y rebozada su armadura en un gran tabardo de terciopelo negro, comenzó á preguntar á los peregrinos por una muger llamada Paloma que habia pernoctado en Cea.

— Ahí está, señor caballero, dijo Matías sollozando, ahí está tendida, moribunda: ¿qué la quereis?

— ¿No criaba un niño que murió esta misma noche? preguntó el caballero.

— ¡Ah! sí señor, repuso Perez Cue-

:

llar; y la muerte de ese niño es la causa de su mal.

— Pues aquí le traigo otro, añadió el incógnito desembozándose y mostrando en sus brazos un infante recién nacido.

— Venga acá, exclamó Perez Cuellar tomándolo y aplicándolo al seno de Paloma. Sosten á tu muger, Matías, que si el niño coge el pecho, se salva mejor que con todos los remedios que yo pudiera hacerle... Muy bien... El inocente estaba muerto de hambre...

— Oid dos palabras, buen anciano, díjole el caballero sacándolo del corro de los peregrinos.

— ¿Qué teneis que mandarme?

— ¿No sois Perez Cuellar, platero de Toledo?

— El mismo soy.

— Pasando por Sahagun siete meses hace, ¿no os alojásteis en casa de un amigo de Ruy-Diaz, el mayordomo mayor del señor de Alburquerque?

— Ahí es la verdad, y á buen seguro que tuve ocasion de hacer al mismo

Ruy-Díaz un obsequio que no debe haber olvidado, pues á ruego suyo presté mi litera á una linda muchacha...

-- Ya lo sé, no prosigais: me consta tambien que sois hombre recomendable y digno de toda confianza. ¿No vais directamente á Toledo con Paloma y su marido?

-- Sí señor.

-- Pues bien, honrado anciano, en el nombre del Altísimo y del Santo Apóstol cuyo sepulcro acabais de visitar, os ruego me hagais un señalado favor.

-- Mandad, caballero, que si es cosa de mi profesion...

-- De ningun modo: se trata de que recibais este bolsillo, que contiene quinientos maravedís, y empleeis esta suma en la alimentacion de Paloma y del niño que acabo de darle y poner bajo vuestra proteccion.

-- ¿Y con qué título disponeis de ese infante, señor caballero? ¿cuál es su nombre?

Mientras confuso el incógnito, no sa-

bia cómo satisfacer á la justa pregunta del anciano, Paloma iba recobrando el conocimiento, gracias al afan con que el ambriente niño habia desvanecido su dolencia. Viendo, pues, en sus brazos otro pequeñuelo, casi de la misma edad del que perdiera, comenzó á aplicarle el nombre de este, no enteramente recobrada de su letargo.

-- ¡ Enrique! ¿ eres tú? ¿ Te vuelve el cielo á mis brazos, Enriquito mio?

-- Dejémosle con el nombre que le ha dado su nodriza, dijo á Perez Cuellar el incógnito saliendo de su perplejidad. Llamadle Enrique.

-- Yo conozco esa voz, dijo Matías á Paloma muy quedito.

-- En Toledo, continuó el incógnito, os entregarán muy pronto otra cantidad igual á esta, y otras sucesivamente, segun sea necesario, pues desco que Paloma y su marido vivan en la mayor abundancia mientras dure la crianza de Enrique, quedando ademas su suerte asegurada para el resto de su vida si el cuidado con que

traten al infante es merecedor de recompensa. Comprad una buena mula en la primera poblacion, para que sea mas cómoda la caminata. Os obligais, Perez Cuel-
 llar á este singular favor.

— Me obligo solemnemente, y pon-
 go al cielo por testigo.

— Págueloslo Dios. Y quitándose el
 guante, sacó del dedo una sortija, la rom-
 pió en dos pedazos, y dió uno de ellos á
 Perez, añadiendo: tomad la mitad de es-
 te anillo: la envolvereis en un escapula-
 rio que ha de llevar el niño colgado del
 cuello. ¿Me jurais, buen anciano, no en-
 tregar á Enrique sino á mí mismo, ó al
 que en mi nombre os presente la otra mi-
 tad, que deberá encajar exactamente con
 la que dejo en vuestras manos?

— Lo juro, señor caballero, por mi
 salvacion.

— Dios os bendiga, y conceda largos
 años de honrada existencia.

Dichas estas palabras, desapareció.

— Cuando yo te aseguro que es el
 gran maestro de Santiago, dijo Matías en

voz baja á Paloma, estudiado me lo tendré. Y levantándose todos los peregrinos simultáneamente, volvieron á continuar su marcha con la lentitud que pedia el calor y su cansancio.

Don Martin, fiel al juramento que su madre le exigiera, no procuró indagar el parage donde María se hallaba por orden de su madrina. Creyóla encerrada en alguno de los aposentos mas solitarios del castillo, donde permanecería oculta, bajo pretesto de castigo, hasta el suspirado término de su convalecencia. Tranquilo al menos en este punto, devoraba el amante caballero sus secretas angustias, y para esquivar de algun modo la inquietud de su espíritu al acordarse de un porvenir incierto, púsose á la cabeza de la compañía de hombres de armas que su padre envió para hacer frente á las del conde de Trastamara, que se hallaba en Asturias. Ganó con sus heróicos hechos las doradas espuelas de caballero, y el mismo conde de Trastamara, aunque adversario y hábil capitan, admiró las proezas del

esforzado jóven , por mas que costáran la vida á muchos de sus mejores soldados.

Volvióse al castillo de Sahagun , dos dias antes que tuviese lugar la estraña escena con que este capítulo comienza , muy ocupado el pensamiento de su bella María , muy feliz al considerar que la fama de su amante , del padre de su hijo , habria penetrado acaso hasta la retirada mansion de la hermosa prisionera. Calculaba don Martin que ésta debia ser madre dos meses hacia , época en que la altiva doña Urraca salió del castillo para reunirse en San Juan de Luz con la reina doña Blanca.

Mas en vez de encontrar á María en el goce de su libertad y al lado de la bondadosa doña Isabél , halló en Sahagun á doña Urraca y á su padre. La vista de los adustos personajes causó al pronto en el ánimo del caballero cierta admiracion mezclada de terror , que no pudo menos de dulcificarse al ver que recibia de ellos las pruebas del mas esquisito cariño : en efecto , pasóse el primer dia de su llegada en

los placeres de un festin anticipadamente dispuesto para celebrar su regreso y sus victorias. Por la noche llamóle á un lado doña Isabél, y le confió que á vista de las conversaciones de Alburquerque con doña Urraca, sospechaba con mucho fundamento que entrambos habian renunciado al empeño del matrimonio con doña Margarita, muy comprometida por la pública y generosa confesion que hizo de sus conferencias secretas con el gran maestro de Santiago. Díjole tambien que María estaba en Leon, y que manifestando su padre, en presencia de doña Urraca, los mayores deseos de ver á la desterrada María, y de que ésta volviese á ocupar en el castillo el lugar que la correspondia por su clase, habian enviado el mismo dia una carta al comendador de Hínestrosa, invitándole á volver á Sahagun con su sobrina.

Incapaz don Martin de dar treguas á su amorosa impaciencia, no bien partió Ruy-Díaz, portador de la carta, con un grueso de ballesteros para escolta de Ma-

ría , cuando montó su mejor caballo , y por ciertas veredas que le eran conocidas voló á Leon , donde tuvo la dicha de abrazar á su amante y de darle la primera noticia de las favorables disposiciones de sus parientes para con ella. No hay que hablar del entusiasmo y tiernas caricias de los enamorados jóvenes , y ardiendo don Martin en deseos de abrazar al hijo de su amor , llevóle doña María á un aposento elevado , donde se criaba el niño Alfonso al cuidado de una honrada dueña llamada Mergelina , sin que el bueno del comendador hubiese traslucido su nacimiento ni permanencia en el castillo. Lisonjeábase María con la esperanza de que Paloma pasaria de vuelta por Leon , llevándose al niño á Toledo ; pero las turbulencias de Galicia multiplicaron el número de salteadores y bandoleros , en términos que los peregrinos tuvieron que hacer un largo rodeo para evitar su encuentro , tomando el camino de Oviedo y apartándose de Leon. Fue , pues , muy grande la confusion de don Martin al discurrir un

medio de dejar en manos seguras al niño Alfonso antes de su salida para Sahagun, pues Mergelina habia de acompañar á la Padilla: ademas de esta circunstancia, no podia perder momento, porque tenia precision de hallarse en el castillo de su padre antes de la noche. Desesperábase María, y al fin resolvieron de comun acuerdo que don Martin llevaria consigo al niño y lo depositaria en alguna aldea de las inmediaciones de Sahagun por un corto número de dias, en cuyo término habria tiempo de proporcionarle seguro asilo.

Partió, pues, el heredero de Alburquerque sin ser visto, gracias á la astucia de Mergelina, y tomó á todo correr el camino de Sahagun. El igual y rápido movimiento de su caballo sirvió de cuna al niño, que fácilmente se durmió. Cruzando el jóven desusados senderos, habia caminado ya cuatro leguas en direccion del castillo de Cea, cuando despertándose el infante, comenzó á lanzar agudos gritos. No vió don Martin otro recurso que el de acercarse á unos cabreros, los

cuales, por una corta porcion de oro, se encargaron del niño, de llevarle á Cea, y cuidarle hasta que se presentase el mismo que le encomendaba á su caridad, fingiendo haberlo recojido en un campo no distante, donde le oyó llorar abandonado. Continuó su camino don Martin, y llegó á Sahagun sin que fuese advertida su larga ausencia, pues el señor de Alburquerque, acompañado de su esposa y hermana, habia invertido el dia entero en visitar á los barones y caballeros de las cercanías, sin volver á su castillo hasta despues del regreso de don Martin, el cual á la mañana siguiente, muy de madrugada, dirigiéndose hácia Cea, encontró no lejos del bosque donde descansaron los peregrinos á los propios cabreros que tenían al niño en su poder. Dijéronle éstos que una dueña del castillo de su madre, llamada Mencía, se habia encargado del infante suponiendo conocer á sus padres, noticia que sobresaltó á don Martin. Felizmente los pastores añadieron, que varios peregrinos que volvian de Compos-

tela se habian detenido aquella noche en la inmediata aldea, y que una de las mugeres que con ellos iban habia perdido un niño de la misma edad que el otro: que interesándose toda la parroquia en la desgracia de la pobre madre, se tomaron informes de ella y de sus compañeros de viaje, sabiendo que se llamaban Paloma, Matías y Perez Cuellar, platero toledano. Apenas concluida esta relacion de los cabreros, presentóse de repente un caballero armado de punta en blanco, que alzando su visera y abriendo los brazos, recibió en ellos al atónito don Martin. Era el caballero el gran maestre de Santiago. Sin consultar don Martin mas que á la necesidad del momento, y enteramente preocupado con la idea que acababa de concebir, rogó al gran maestre que corriese al castillo, preguntase por el niño á la anciana Mencía, y le trajese sin pérdida de tiempo para entregarle á Paloma; y segun ha visto el lector, todo salió á medida de sus deseos. Sin embargo, en el acaloramamiento de la entrevista de los dos

amigos no acertó don Martin á comunicarle á don Fadrique la señal que haria distinguir siempre á su hijo, y consistia en su nombre Alfonso, grabado sobre su brazo derecho con letras indelebles, aunque no dejó de complacerle que el niño llevase interinamente el de Enrique, cuya circunstancia no podia menos de contribuir á la duracion del secreto de su nacimiento que convenia guardar por entonces.

Concluida la comision de don Fadrique, volvió sin detenerse á tranquilizar al heredero de Alburquerque, que no poco sobresaltado le aguardaba en el mismo punto donde le habia encontrado. Despues de manifestarle el feliz éxito de su amistosa tentativa, puso en manos de don Martin la mitad de la sortija rota que habia de servir de contraseña para la entrega del niño.

— Tomadla, caballero, le dijo; y acordaos de que este anillo era un regalo de Blanca de Borbon, en el cual iba estampado su nombre: la posesion de tan pre-

ciosa joya daba pábulo á la llama de un amor que el deber y la delicadeza me mandan hoy sofocar. Complázcome en creer que este sacrificio hecho á la amistad logrará mitigar el mal de mi pecho.

— ¡ Ah , señor don Fadrique ! repuso abrazándole don Martin , ¡ cuánto os compadezco , y cuántas veces he recordado con horror los peligros que puede acarrear á Blanca la negra iniquidad de Samuel !

— Tranquilizaos en este punto , amigo mio , pues la generosa resolución de la desdichada Margarita...

— No compadezcáis á mi prima , don Fadrique , pues es dichosa con su suerte. Escribeme muchas veces con amor fraterno : dícame que nada la resta que desear , contando con la seguridad de mi corazón y el de la reina , que , como yo , conoce su inocencia. Margarita es un ángel , y no solo os perdona , sino que os estima.

— Ella misma , replicó el gran maestro , acaba de asegurármelo en este instante.

— ¡ Ella misma ! ¿ cómo pues ?

-- Margarita se halla en Cea.

-- ¿Es posible? ¿desde cuándo se ha separado de la reina? ¿qué objeto la ha traído aquí?

-- Lo ignora, pues una orden expresa de su madre la ha obligado á presentarse repentinamente en el castillo. Antes de salir de San Juan de Luz me envió un mensaje á Jijon, donde yo me hallaba en compañía de mi hermano el conde de Trastamara. Margarita me señalaba el día de su llegada á Cea, suplicándome que fuese á verla ocultamente; y con este motivo os he citado á este lugar, confiando que me proporcionaríais libre entrada en el castillo. Pero ayer noche se me presentó una ocasion favorable: introdujeme con unos mercaderes que llevaban provisiones de toda especie, y tuve con Margarita una larga conferencia, no sin algun riesgo de ser descubierto por su madre, que acababa de llegar.

-- Me dejais sumamente confuso, pues no me es dable comprender el motivo de la venida de Margarita, ni por qué mi tia,

en lugar de traerla á Sahagun, la tiene metida en Cea con semejante misterio. Sin duda lo ignoraba mi madre, pues me hubiera dado á entender algo.

—Doña Urraca ha salido de Cea esta mañana, continuó el gran maestro, sin dar á su hija la menor esplicacion en punto al viaje, y contentándose con prevenirla que aguardase y ejecutase las órdenes que le comunicaria prontamente. Por otra parte, las nuevas que vuestra prima me ha dado acerca de Blanca de Borbon son menos tristes de lo que yo temia. Parece que el infame Samuel ha juzgado conveniente á su interés pasar en silencio la afrenta recibida en San Juan de Luz, y no propalar la abominable calumnia que engendrara su furor en el primer momento. Toda la deshonra ha recaido sobre la infeliz Margarita, y gracias á esto, ha sido respetada la reina, quedando intacta su buena fama. Desde entonces el rey mi hermano ha continuado escribiéndole cartas llenas de apasionada ternura, y es evidente que su estra-

falaria pasión á Aldonza Coronel consti-
 ye el verdadero motivo del retardo que
 sufre la coronacion de Blanca: verdad es
 que siempre alega sus contiúuas guerras,
 que la reina le cree y se arma de pacien-
 cia; pero me consta que la corte de Fran-
 cia mira con enojo tan dilatada detencion,
 y acaso esto influirá mucho en que se cele-
 bren pronto las reales nupcias. En tanto
 debo decir que nunca el rey se ha mani-
 festado conmigo tan franco y cariñoso,
 por lo cual, lejos de unirme á mis herma-
 nos, he mantenido toda Galicia y las po-
 blaciones de mi maestrazgo en sumisa obe-
 diencia, disponiendo los rebeldes á la paz.

— Efectivamente, he oido hablar de
 esa agradable noticia, repuso don Mar-
 tin, y mi padre mismo declaró el otro
 dia ante una multitud de caballeros, sus
 vasallos, que el rey, que desde Toledo se
 dirigia á Valladolid con designio de ir á
 poner sitio á la fortaleza de Jijon, habia
 revocado la orden de marcha de las com-
 pañías, que llegaban ya mas allá de Bur-
 gos hasta Reínoza, donde han formado

:

un campo considerable, y tambien que la corte regresa á Castilla la Nueva.

-- Asi es la verdad, y esta mañana ha dicho doña Urraca á Margarita que el rey habia emprendido ya su viaje á Toledo, y que la imprevista aparicion del señor de Alburquerque en Sahagun tiene por objeto recibir allí á los caballeros encargados por el conde de Trastamara de tratar con él las condiciones de la paz. La favorable disposicion en que dejé á mis hermanos me persuade de la certeza...

-- Decidme, don Fadrique, dijo don Martin interrumpiéndole y mirando con inquietud por entre los árboles, ¿son de vuestra comitiva esos dos hombres de armas que descubro en el camino de Cea?

-- Uno de ellos es Juan Cavedo, respondió el gran maestro, único escudero que he traído de la aldea donde dejé mi escolta; pero no conozco al otro. Hace algun tiempo que los veo hablar con interés: ya se separan, y Juan Cavedo viene hácia nosotros, bastante agitado al parecer.

-- Perdonad, señores, dijo el nuevo interlocutor, si me atrevo á interrumpiros; pero traigo estrañas nuevas. El rey llegó ayer mañana á Burgos.

-- ¡El rey! exclamó asombrado el gran maestro: ¿quién te ha dicho eso?

-- Un antiguo criado vuestro, respondió Cavedo, á quien casualmente encontré en el vado del arroyo, adonde llevé los caballos para que bebieran. No ignoraba tampoco que vueseñoría se halla en este bosque, y que ayer y esta mañana se ha introducido en el castillo de Cea.

-- ¿Y quién es ese criado mio?

-- Don Diego García de Padilla.

-- ¡Ah traidor! gritó el gran maestro sin poder enfrenar su cólera; ¿y cómo pudo saber?...

-- Pasando por Aldea de la Fuente, donde quedó la escolta, reconoció algunos camaradas y les hizo mil preguntas.

-- ¿Cómo es posible, cuando todos ignoran mis idas á Cea?

-- Lo que yo sé decir, repuso Cavedo, es que Padilla me ha hablado de

ellas con un tono que me ha hecho po-
quísima gracia.

-- Vaya, vaya, poco me importa lo
que diga ese miserable; pero me admira
la llegada del rey á Burgos, y no puedo
menos de dudarlo todavía.

-- Pues el mismo Diego, continuó el
escudero, afirma que Samuel Leví recibió
en el campo de Reinosa una carta de pu-
ño del rey, en la que le daba cuenta de
su viaje.

-- ¡El rey en Burgos!... exclamó el
gran maestro: ¡cuando se divulgaba la no-
ticia de su vuelta á Toledo!... ¡cuando de-
cian que iba á firmarse en Sahagun la
paz con el conde!...

-- ¿Y por qué casualidad, preguntó á
Juan Cavedo don Martin, se halla aqui
don Diego? ¿adónde va?

-- A Sahagun, respondió Cavedo,
precediendo á su amo Samuel Leví; y si
he de creer lo que me ha contado, pa-
rece que el rey en persona viene maña-
na al castillo de vuestro padre.

-- ¡Quiéralo Dios! exclamó don Mar-

tin lleno de júbilo: si así sucede, concluyeron nuestros males. Me presentaré al rey, consuelo que mi padre me niega con tanta obstinación, y que don Pedro no desea menos que yo: oirá mis disculpas, y ya que una ausencia de tres años no puede haber alterado la amistad de nuestra infancia, le hablaré de María...

— No, amigo mío, interrumpió el gran maestro reflexionando acerca de estos acontecimientos: todo me presagia un siniestro porvenir. Samuel es un hombre infernal, y no sin intención habrá querido acompañar al rey en este viaje, que vuestro padre no puede menos de desaprobar... Es absolutamente preciso que yo me informe de la verdadera causa de la llegada del rey á esta provincia. ¿Quién sabe si marcha contra el conde? ¿quién sabe si su objeto es apresurar la deseada conclusión de la guerra?... ¡Ah don Martín! ¿á qué vendría entonces tanto misterio? No puedo menos de confesaros que ruedan en mi cabeza mil funestos pensamientos...

-- Amigo mio, repuso don Martín, antes de todo sepamos lo que hay de cierto: tomemos juntos el camino de Sahagun, nos separaremos en una de las aldeas vecinas, entraré solo en el castillo, donde indagaré lo que os importe saber para corroborar ó desvanecer vuestra incertidumbre, y volveré por la noche á daros exacta cuenta de lo que ocurra.

-- Acepto vuestra proposicion, mi querido don Martin, pues en la duda en que me hallo, cualquiera resolucion que tomase podria ser fatal á alguno de mis hermanos, ó tal vez á mí mismo. Juan Cavedo, acerca los caballos.

Y montando en sus gallardos corceles, emprendieron el camino que acababa de indicar el prudente don Martin.



CAPITULO VIII.

— **T**RANQUILÍZATE, hermano mio, decía doña Urraca al señor de Alburquerque entrando en el salón del castillo; sin vender el secreto de la próxima llegada del rey, todo lo habia dispuesto para hacer digna de tal huésped la acogida que meditais. Las abundantes provisiones de todo género, reunidas en vuestro castillo de Cea, vienen á poca distancia con mis criados. Habrá pompa, magnificencia... y ojalá se realicen tus proyectos con igual facilidad.

— No dudes de su buen éxito, respondió Alburquerque, pues siendo María de Padilla sin comparacion mas hermosa que Aldonza Coronel, es fuerza que don Pedro se enamore de ella hasta los tuétanos, ademas de que nada he omitido para irritar sus deseos. Ni tampoco debemos temer al judío, porque no aborrece menos que yo á la falsa Aldonza:

al contrario, favorece mis planes con mucho ardor, pues se lisonjea de volver en su provecho particular la elevacion de María de Padilla, contando con el auxilio del hermano. Este descarado intrigante, ese Diego, que en el dia es su primer confidente, concibió la idea de encumbrar á su hermana; pero tengo de mi parte al comendador de Hínestrosa, y María, educada en mi casa, y ahijada de mi muger, nunca perderá de vista que su fortuna es obra nuestra.

— No hay que fiarse, repuso doña Urraca: la niña es ambiciosa y altanera, y dudo mucho que se preste á complacer tus miras.

— No me da pena, pues en ese caso sabré perderla y dar á otra su lugar. Bastante habré logrado con envilecerla para que Martín desista de llamarla su muger, si nos sirve ademas para decidir la desgracia de Aldonza Coronel, cuando es tan urgente deshacernos de ella á toda costa.

— En hora buena; pero no pierdas de vista, hermano mio, que el punto esen-

cial es apresurar la llegada de la reina Blanca. Su belleza, su amabilidad, su ilustrado talento han de ejercer indispensablemente absoluto y duradero imperio en el espíritu femenino de don Pedro.

— ¿Y has hallado mas dispuesta á Margarita á dar la mano á su primo? preguntó Alburquerque despues de un momentáneo silencio.

— Poco me importa su buena ó mala disposicion, cuando estoy segura de que obedecerá mis órdenes. ¡Ojalá dijeses otro tanto de tu hijo!

— Mi hijo se conformará con mi voluntad, repuso Alburquerque con calor, y si se resiste, quedará preso hasta mi muerte en la torre de Cea. Tengo tomadas mis medidas para conseguirlo. El rey, hasta que haya logrado una paz ventajosa con el conde de Trastamara, está decidido á contemporar con el gran maestro, á quien aborrece mas que á los otros bastardos, pues el astuto Samuel ha conseguido persuadirle de que este príncipe es amado de Blanca de Borbon; y una

vez que es fuerza decirlo, ese es el principal obstáculo de la llegada de la reina. El judío tiene espías en San Juan de Luz, mientras otros siguen todos los pasos del gran maestro, por cuyo medio se han descubierto las secretas conferencias del príncipe con mi hijo en el bosque de Saldaña. Verdad es que Samuel solo á mí las habia confiado; pero temiendo alguna traicion he corrido á revelárselas al rey, que ha sabido agradecermelo. Estalló en imprecaciones su cólera contra don Martin, y no he logrado poco apartándola de mi cabeza. Solicité la orden de encerrar á mi hijo: esta orden ha llegado ya: mi amigo Benavides, á quien he elevado á la dignidad de justicia mayor, acaba de traérmela, y solo aguarda el regreso de Martin para ejecutarla. Margarita será su carcelera, ya que su honor está tan interesado en este negocio como el tuyo: mi hijo se casará con ella, ¡vive Dios! ó morirá de pesadumbre.

— Bien segura estoy yo de que se casará con ella, no lo dudes, aunque no

puedo negar que su amor á María me daba mucho que temer, viendo firmes pruebas de él en las cartas que dirigia á Margarita, y que encontré en lo mas hondo de su arca; pero en esas mismas cartas he leído tambien la espresion de la ternura mas acendrada hácia mi hija...

-- Pues entonces poco trabajo cuesta dar á su viva amistad una interpretacion amorosa. Con ellas se persuadirá María de que mi hijo da gustoso la mano á su prima, y el despecho la arrojará á los brazos del rey. Martin no podrá ya oponer á nuestros deseos resistencia alguna; y si se revela, ¡perezca antes de trastornar mis designios ó de estorbar mi fortuna! Ven, Urraca, elijamos las cartas mas interesantes, y pongámonos de acuerdo, pues María no puede tardar ya. Héla que llega, añadió al oír el clarín del centinela de la torre y asomándose al balcón: bien conozco, aunque de lejos, á los hombres de armas de Ruy-Diaz. Creí que mi hijo estaria antes de vuelta, y voy á decir al justicia mayor que oculte de Ma-

ría sus ministros y alguaciles, pues conviene que ignore la prision de don Martin, y crea que de su voluntad ha abandonado el recinto del castillo. Todo se dispondrá de modo que le prendan sin algarazara, y que sin perder momento le conduzcan á Cea.

Terminó esta diabólica conferencia la llegada de María de Padilla con su tío el comendador, á quienes dejaremos descansar para ocuparnos desde luego de los acontecimientos del siguiente dia.

Fácil es discurrir que los dos personajes que figuran en el anterior coloquio no perdieron un solo instante en deslumbrar á María con la falsa noticia de la precipitada fuga de don Martin, despues de la secreta prision del caballero, confirmando su desamor la lectura de las amistosas cartas á Margarita. Hallábase, pues, la desventurada María llorando sola en su aposento y maldiciendo tal vez al inocente jóven, cuando á vista del comendador, iniciado ya en la infernal trama de los Alburquerque, enjugó sus senti-

das lágrimas , tomando un aspecto algo risueño , que mal se conformaba con el abatimiento de su espíritu.

-- Vaya , vaya , Mariquita , díjole Hinestrosa sonriéndose ; paréceme que el descanso de esta noche ha dado algunas treguas á tu mal humor.

-- Os aseguro , querido tío , que me consuela la idea de volver á Leon y de encerrarme de nuevo en mi obscura y querida soledad.

-- ¿Qué estás diciendo? La soledad no se ha hecho para una jóven noble y hermosa como tú.

-- ¿Acaso me ha salvado la nobleza de las humillaciones que sufrí ayer? replico María algo indignada. ¿Y de qué me ha servido esta miserable hermosura á que dais tanto valor , si fijar no ha podido el corazon del ingrato don Martin?

-- ¿Pero no consideras que don Martin ha debido ceder al desco de su familia , á la voluntad del rey?...

-- No señor ; solo escuchó su perversa inclinacion. Él ama á la necia Mar-

garita, ama sus inmensas riquezas, ama el título de rico-hombre que le trae en dote. Yo misma he leído las cartas en que exagera su indigno amor y su ardiente deseo de substraerse de la dependencia en que le tiene la avaricia de su padre. Sí, don Martin se halla ya devorado por la sed del oro, y á tan baja pasion me sacrifica... ¿Por qué, pues, ayer mismo, en el instante que se preparaba á conducirla al altar, fue á Leon á jurarme amor eterno? ¡Ah pérfido!

-- María, considera que eres pobre, y don Martin por su matrimonio será el mas rico caballero del reino. No debes, pues, estrañar que al hablarte de su amor calculase que tú, á ejemplo de tantas otras jóvenes de un nacimiento igual al tuyo, pudieras ceder al atractivo del oro...

-- ¡No acabeis por vida vuestra! exclamó encolerizada la Padilla; ya lo veo, ya comprendo el aire triunfador de la orgullosa Urraca, la insultante piedad de Alburquerque. Ahora, ahora es cuando quieren alhagar á la dama con indife-

rencia, y aun con alegría, mientras temiendo que llegue á ser la esposa de don Martin, me persiguen con rabioso furor. La deshonra de una pobre muger, el oprobio de una familia distinguida entran en sus cálculos, y don Martin suscribe á tan odioso tratado. ¡Ah! ¡cuánto desprecio, cuánto odio me inspiran todos estos Alburquerque!... ¡qué dulce me seria la venganza!

— Si hablas con sinceridad, dijo el comendador bajando la voz, acaso...

— ¿Hay por ventura algun medio? decídmelo, y aunque me cueste la vida...

— No á tanta costa, hermosa María. En tu mano está mortificar, confundir á toda esta familia tan orgullosa por sus riquezas y su favor.

— ¡En mi mano! exclamó admirada la Padilla; ¿y cómo?

— ¿No sabes que el rey llega hoy á este castillo con toda su corte?

— No lo ignoro, y por esto mismo quiero marcharme esta misma mañana.

— Y no consideras que entre la tur-

ba de príncipes y grandes señores que forman la comitiva del rey, todos idólatras de las bellezas, habrá muchos que se tendrían por felices en ofrecerte su corazón...

-- No lo quiero, respondió María con fiereza.

-- Y su mano. ¿Hay acaso alguno de ellos que se tenga por más noble que nosotros? Los Castros, los la Cerda, los Mendozas, los Toledos, los Portocarreros son parientes nuestros. Créeme, María, nunca pudo admirar la corte de Castilla una belleza tan singular como la tuya: si cedes á los deseos de tu madrina asistiendo al festín real...

-- ¿A qué? ¿á presentar este rostro abatido, estos ojos inundados de lágrimas?

-- Nunca brillaron con fuego tan vivo como el que ahora los anima, y el despecho mismo les comunica irresistibles atractivos. María, vuelve en tí, asiste al baile esta noche...

-- ¡Al baile, tío! exclamó María, ¡al baile, cuando tengo todo el infierno en mi corazón!

-- Puedes vengarte, puedes humillar á tus orgullosos perseguidores. Atrévome á jurar que no se ha de pasar la noche sin que reciba yo la proposicion de algun ilustre enlace. ¡ Cuán hermosa eres !

-- ¡ Y cuán pobre, tío mio !

-- Esas son vejeces. Los caballeros que vienen con el rey son casi todos independientes, dueños absolutos de su voluntad: el amor no calcula, ¿ y quién puede inspirarlo como tú ? quién sabe si el mismo rey...

-- Basta ya, interrumpió María con severidad; esa sola palabra lo descubre todo, y no debo escuchar mas. Cuando me hablabais de un marido...

-- ¿ Y no puede serlo el rey ? ¿ Te crees indigna de tan elevada fortuna ?

-- Tío, os estais enredando en la propia red que quereis tenderme. ¿ Se os olvidó que el rey está casado ?

-- Todavía no lo está, repuso el comendador bajando mucho la voz y acercándose á María: tu hermano acaba de confiarme un gran secreto de que solo

;

están instruidos el judío y él, y que los Alburquerque ignoran. Has de saber que el rey no se casará jamás con la princesa doña Blanca.

-- ¿Qué significa ese misterio? ¿no le ha dado ya su mano por poder y con la mayor solemnidad ante el rey de Francia y el duque de Borbon?

-- Esa pública ceremonia sería con efecto un nudo indisoluble si después no hubiesen sobrevenido causas de nulidad de tan grave naturaleza que ya es imposible el matrimonio. Has de saber... pero júrame por tu cabeza que este secreto quedará sepultado en tu pecho.

-- Yo os lo juro delante de Dios, respondió María con la mayor impaciencia.

-- Sabe, pues, que Samuel ha descubierto un amoroso trato entre Blanca y el gran maestro. Mucho tiempo hace que don Fadrique me había confiado su pasión. Ella correspondía... ella ha sucumbido...

-- ¡Es posible! exclamó María en el colmo de la agitación.

— Samuel, que queria vengarse de una afrenta recibida de doña Blanca, presentó la prueba al rey, que sabe ya que su esposa es madre...

— ¡Madre! ¿y cómo se ha descubierto?

— En la corte no hay secretos. El rey, enfurecido por los rabiosos zelos, hubiera manifestado ya su justa indignacion, á no temer que irritado el gran maestre fuese á prestar auxilio con sus armas al conde de Trastamara; pero á pesar de todo, nunca entrará en Castilla doña Blanca. Además, el rey anhela casarse, anhela tener herederos legítimos que hagan frente á la turbulenta ambicion de los bastardos y de los infantes sus primos. ¿Comprendes ahora, María de mi alma, cuál pudiera ser tu suerte, si, como esperan Alburquerque y doña Urraca, logra tu espléndida hermosura atraer hoy y fijar la atención de nuestro soberano?

— ¿Cómo, esperan, decís, querido tío?

— Fuerza es confesarlo. Sí: Alburquerque y su hermana han calculado este golpe decisivo para triunfar del judío y

de Aldonza Coronel. Su proyecto es hacer de tí el instrumento de esta trama, con la esperanza de sacrificarte fácilmente á Blanca de Borbon, á quien anhelan ver sentada en el trono, pues tambien cuentan con ella para dominar al monarca.

-- ¡Sacrificarme! ¡infames! exclamó María fuera de sí: ¿y entra don Martin en tan abominable complot?

-- Si asi no fuese, ¿cómo interpretar las caricias que te hizo para conducirte aqui, y su fuga para ir á reunirse con Margarita?

-- Don Martin, dijo María sofocada ya por la cólera, es un malvado, un hombre sin ley, y no me inspiran menos horror sus mismos padres.

-- Ellos fueron, repuso el comendador, los que inflamaron la imaginacion del monarca con maravillosas ponderaciones de tu hermosura, logrando que sin haberte visto esté ya perdido por tí: ¿qué será, pues, cuando te contemple con los espléndidos atavíos que indispensablemente han de añadir nuevos quilates á tu

gloria? Olvidábaseme decirte, que para asegurar doña Isabél el triunfo de tus atractivos, ha mandado disponer una magnífica bata de tisú, bordada de armiño, y el señor de Alburquerque me encargó ofrecerte en su nombre una cadena de perlas y rubís que estaba destinada para su nuera. Aun hay mas: doña Urraca quiere que te pongas hoy su riquísimo aderezo; y en ese gabinete estan ya dispuestas todas las galas... ¿No quieres verlas?... Bueno fuera que este juego con que los ambiciosos quieren entretener al coronado adolescente, te sirviese para conquistar un esposo...

-- Si pudiese creerlo, dijo María echando fuego por los ojos, entonces...

-- En tu mano está. Basta que te vea vestida con el esplendente trage, cubierta de pedrería, con esos ojos tan animados como ahora estan, con esa tez, cuya frescura deslumbra... ¡Ah María! presto brillará en tus sienes la corona de Castilla y de Leon, y los orgullosos Alburquergues...

-- ¡Cuánto los aborrezco!

-- Esfuérzate en ser su reina, y verás entonces arrastrarse por el suelo que pises á esas mismas culebras que intentaban mancharte con su veneno.

-- ¡Ah tío! yo arrostraría la muerte por gozar un solo instante de tan exaltada alegría.

-- ¿No oyes? dijo el comendador mudando de tono al percibir una marcha guerrera y el confuso rumor de las lejanas aclamaciones que anunciaban la proximidad del rey; María, ahí están esas joyas, esas piedras, esas galas; ven sin perder momento.

-- Vamos, respondió María con vigor; tomada está mi resolución, y aunque me cueste la vida... esta es mi suerte.



CAPITULO IX.

Los primeros personajes que ocuparon el vasto salon del castillo de Alburquerque, destinado á recibir solemnemente al monarca de Castilla, fueron el tesorero mayor don Samuel Leví y su digno confidente don Diego García de Padilla. La anticipacion con que se presentaron á efecto de no perder un ápice de cuanto necesariamente debia suceder alli, les proporcionó abundante espacio, y lo llenaron con la siguiente conversacion.

-- Todos los cortesanos se atropellan por meterse en la galería y en las antecámaras, dijo don Samuel; nosotros estaremos mejor aqui, y podremos departir un rato. Vamos recapitulando todos los antecedentes. ¿Con que tú respondes de haber visto con tus mismos ojos que el gran maestre entró ayer mañana en el castillo de Cea, y que salió poco despues con un niño oculto debajo de su tabardo?

-- Cuando el gran maestro salia del castillo, respondió don Diego, estaba yo revuelto con los acemileros que traían las provisiones á Sahagun. Pasó juntito á mí, entonces lloraba el niño á mas y mejor, por lo cual tomó precipitadamente el sendero del bosque, de donde una hora despues salió acompañado de don Martin, y los vine siguiendo hasta el castillo.

-- ¡Ah necio! repuso descontento el judío: ¡los peregrinos eran los que debiste seguir, en nombre del Altísimo! ¿no conoces que ellos se llevaban el niño en la litera? ¿por qué no haberte informado de quiénes eran, del camino que llevaban?

-- Como salieron del bosque por el lado opuesto, temí perder de vista á los caballeros, y no traté de seguir á los peregrinos, creyendo que don Martin tuviese el encargo de recibirle.

-- ¿Y no te se ocurrió la idea de que Margarita habia traído de san Juan de Luz ese niño, que solo puede ser fruto del adulterio de Blanca y del gran maestro?

¡Cuán torpe anduviste! ¡qué poco puedo esperar de tu decantada fidelidad!

— Hola, hola, señor don Samuel, replicó Padilla algo amostazado; no hay que levantarme tanto el grito.

— Serénate, Diego mio, pero reflexiona cuánto perdemos, y compadece mi justo dolor. Si hubiésemos podido alcanzar esa prueba irrefragable del crimen de la francesa, era segura mi venganza.

— Mejor la alcanzareis con el triunfo de mi hermana.

— Bien se conoce que no te abrumba el sangriento ultrage que esa fanática hizo á mi persona, á toda mi nacion, cuyo esterminio ha jurado. Su público deshonor, un divorcio ruidoso son los únicos medios de lavar mi injuria, y de fortificarme contra sus proyectos, proyectos harto conocidos, que cuentan ya escesivo número de partidarios. Mucho lograremos á la verdad si tu hermana logra deslumbrar al rey y vencer á Aldonza Coronel, que se iba declarando contra mí; pero si el triunfo se convirtiese en pro-

vecho de los Alburquerque, ¿quién...

-- Os digo que no, y os lo diré cien veces si es preciso. ¿Quereis que os repita hasta qué punto los aborrezco desde el acontecimiento de Sevilla, cuando don Martin desechó la única ocasion favorable para apoderarse del gran maestro? Pues mas todavia los aborrece mi hermana, á quien trataban con tan negra indignidad, y el principal objeto de su aborrecimiento es esa insoportable doña Urraca. Ahora mismo acabo de hablar con María, y no podeis figuraros cuán exasperada está contra la antigua dueña, en qué términos me ha hablado de Alburquerque y del mismo don Martin, con quien pensaba casarse, y quédese esto para entre nosotros. ¡Ah, señor don Samuel! parece que todo ese ardor de la venganza que os anima se ha trasladado al corazon de María.

— ¿Pero tu tio Hinestrosa, observó el juicio patentizando su inquietud, no está interesado en la elevacion de Alburquerque?

-- Lo mismo que nosotros. Ahí le tencis, y podeis juzgar de su opinion.

-- ¿Qué hay de nuevo, señor Hinnestrosa? preguntóle Samuel con cierta familiaridad.

-- Todo se va disponiendo á las mil maravillas. Doña Isabél acaba de presentar las damas en la cámara del rey, y en el momento de entrar mi sobrina, radiante como un astro, y ataviada con las magníficas joyas de doña Urraca, se ha percibido cierto murmullo general de admiracion. El rey quedó encantado, y no la quitaba los ojos ni aun cuando respondia á doña Isabél y á su cuñada. En fin, poco acostumbrado á contenerse, y sin poder dominar su entusiasmo, se ha acercado á ella, diciéndola en alta voz: "Señora doña María de Padilla, yo sabia que erais la doncella mas noble de mis reinos, mas ahora proclamo que sois tambien la mas hermosa: mañana lo mantendré contra todos los que lo nieguen, en un torneo de que os elijo reina. ¿Acceptais por vuestro caballero á don Pedro de Castilla?"

— ¡Victoria, victoria! exclamó don Diego inundado de júbilo: ¿y qué respondió mi hermana?

— María, replicó el comendador, se ha portado mejor de lo que podíamos esperar. Con tanta magestad como una reina, con la modestia mas acendrada, “Señor, ha dicho al rey, esa mirada bondadosa que os dignais dirigir á una pobre huérfana, le valdrá mas envidiosos que apasionados; pero la gloria sobrepuja al peligro, y acepto reconocida el grande honor que vuestra alteza me dispensa. Hé aqui mi prenda, continuó desenlazando y ofreciéndole su banda de seda blanca. — Esta es la mia, repuso el monarca quitando de su toca un broche de pedrería.”

— ¡El broche! ¡el broche que vale cien mil maravedís! ¡ahora sí que podemos cantar victoria!

— Y no paró aqui, prosiguió Hines-trosa. Adornado el rey con aquella banda, y mas orgulloso con ella que con su doble corona, presentó su mano á María, y la llevó á uno de los dos sillones dis-

puestos junto al suyo para doña Isabel y doña Urraca, á las cuales ni siquiera dijo que se sentasen. Daba lástima, por cierto, el gesto de las altivas damas y el del señor de Alburquerque; pero el rey no les hacia caso. No hay en todos los libros de caballería un encantamiento mas rápido y milagroso que este. Maravillada la corte de esta novedad, permaneció á cierta distancia durante el coloquio de María con el rey. Yo, que me hallaba algo mas cerca, oí que la preguntaba con interés acerca de la palabra *peligro* que soltó en la respuesta primera, y poco despues dirigió don Pedro á doña Urraca una mirada en que todos leyeron la expresion de la cólera mas violenta.

— ¡Loado sea Dios! exclamó Samuel; esto solo faltaba para mis planes, á bien que de antemano habia yo preparado el ánimo de su alteza. Mostréle mucha inquietud acerca del ignorado motivo de la llegada de doña Urraca á Sahagun, extrañé cómo abandonaba tan pronto á la reina doña Blanca despues de las malas re-

sultas que tuvo su primera ausencia de San Juan de Luz, causa de los escandalosos desórdenes que daban margen á la murmuracion de toda España, con grave menoscabo del honor del rey: hablé tambien de la arrogancia y ambicion de esa muger altiva, del niño procedente de Francia, y traído por su hija al castillo de Cea para ser entregado al gran maestro: recordé el dominante tono de absoluta dueña que afectaba ya en el alcázar de Toledo. Por último, amigos míos, fiaos de mí: la caida de la imperiosa dueña está bien preparada; este golpe acabará de decidirla.

Abriéronse en esto las puertas de la sala del festin, en que se veía una mesa adornada con la mayor magnificencia, un trono con dosel y un sillón á cada lado. Los circustantes franquearon calle al mayordomo mayor, que venia á la cabeza de los oficiales de la real casa: seguíale el repostero mayor escoltado de gran número de pages que traían varias fuentes de plata cargadas de manjares esquisitos. Pasó despues un caballero con un cuchillo

en la mano, otro con la escudilla del rey. La sala se iba llenando de considerable concurrencia. Apareció luego entre dos alabarderos el copero mayor, que en un plato de oro traía la copa del rey. El ugier que le precedía gritó: — ¡La copa del rey! á cuya voz doblaron todos la rodilla mientras pasaba. Varios ricos-hombres, señores y caballeros, se pusieron en dos filas á los lados de la sala. Alburquerque, camarero mayor, entró precediendo al rey.

— ¡El rey! gritó de nuevo el ugier.

— O estoy ciego, ó viene María á su derecha, dijo Samuel al comendador y á su sobrino.

— Y dándole la mano, añadió Hínestrosa.

— ¿Y no es doña Urraca la que viene detras? saltó don Diego; ¡qué cara trae! Algo bueno apostaría á que revienta de esta hecha.

— Ya llegan á la sala del festin, continuó diciendo Samuel, y solo hay dos sillones junto al trono: uno será sin duda para la señora del castillo.

-- En efecto, replicó don Diego, el rey la manda sentar á su izquierda. ¡Mallo lo veo! ¿á que logra doña Urraca el sillón de la derecha?

-- Ahí teneis el lugar que os corresponde, doña María de Padilla, dijo el rey levantando la voz y señalando el asiento vacío, que no tardó en ocupar la huérfana con general admiracion de los circunstantes. El tuyo, continuó el rey volviéndose á doña Urraca, está en San Juan de Luz, yo te mando que vayas á ocuparle al momento.

Tan inesperada salida fue un rayo para la orgullosa dueña, que no pudiendo sobrellevar este tremendo golpe, perdió el uso de sus sentidos y cayó en los brazos de Alburquerque á tiempo que se cerraron las puertas del salon.

-- ¡Victoria! ¡victoria! gritaron á una don Diego y el comendador, abrazándose con los mayores extremos de alegría.

-- ¡Grande y memorable acontecimiento, amigos míos! exclamó Samuel

petrificado. Esa muchacha en menos de una hora ha andado mas camino que Aldonza Coronel en dos años. ¿En qué parará todo esto?

-- Suceda lo que quiera, repuso el comendador, jurémonos amistad eterna.

-- Ese es mi mas ardiente deseo, señor de Hinestrosa, respondió Samuel. Ya sabeis que soy todo vuestro, señor don Diego García.

-- Enhorabuena, Samuel, le dijo Padilla, y cuidado con las reprimendas de esta mañana.

-- Amigos, añadió el comendador, con la ayuda de esa muchacha podremos hacer gran contrapeso.

-- ¿Contrapeso no mas? dijo Samuel en tono bajo; yo pico mas alto, y espero someter y mandar. Este golpe que reciben los Alburquerque es anuncio de su próxima ruina, y juro que la francesa no entrará en Castilla.

Reuniéronse por la noche en la misma sala el señor de Alburquerque y su altanera hermana, á quienes la humilla-

;

cion recibida en aquel dia memorable habia escitado mas y mas la cólera y los deseos de venganza.

-- ¡Muera la Padilla, hermano mio, muera la Padilla! gritaba fuera de sí la orgullosa dueña. En tres horas mortales que han pasado desde que principió el maldito baile, el rey no ha dejado de hablar con ella un solo instante. Su ardiente pasion, ó mejor diré su grosero apetito, se descubre sin rebozo: la descarada intrigantuela manifiesta igual anhelo, y parece que se hallan solos en medio de esa estúpida comparsa que contempla con necia admiracion tan indecente espectáculo. ¡Muera la Padilla, ó somos perdidos!

-- Breve será su triunfo, querida hermana, respondió Alburquerque descolorido de furor. Ahora mismo he recibido la contestacion de nuestro primo el rey de Portugal.

-- ¿Rehusaría por ventura su mediacion?

-- Al contrario, la ofrece, y responde de las favorables disposiciones del conde

de Trastámara, el cual salió ya de Jijón para ocupar con numerosas huestes las gargantas del Montego.

-- Mala noticia es esa, pues la paz puede perjudicarnos.

-- ¡Perjudicarnos! ¡pues no se hará vive Dios! diré al rey de Portugal que su auxilio llega tarde, y que el conde ha empezado ya el combate, cuya escaramuza me fue posible disimular, como incidente sin la menor consecuencia; mas en este momento me sirve de mucho, y acabo de enviar orden á las compañías reales para que ataquen á los rebeldes. El rey partirá mañana mismo, te lo juro, y sabré no perderle de vista.

-- No basta, no basta, hermano mio; esa hechicera vil le ha fascinado, ha trastornado su razon y su espíritu. ¡Muera pues!

-- No me has comprendido, Urraca, respondió Alburquerque asiéndola violentamente del brazo. Mañana me llevaré al rey, y quedará María á tu disposicion.

-- No lo creas; si damos lugar, querrá que le siga.

— ¡Pues bien! haré los mayores esfuerzos para que la corte salga esta noche misma.

El resplandor de las antorchas que precedían al rey y á todo su acompañamiento advirtió á los dos interlocutores que era fuerza abandonar por entonces el campo de batalla á la vencedora María, y se retiraron por no descubrir el desorden de su rostro y los infernales proyectos de venganza que brotaban sus ojos inflamados.

Llenóse el salon con la espléndida comitiva del rey don Pedro, el cual, trayendo asida de la mano á la hermosa María, la condujo hasta la puerta del aposento de doña Isabél, mientras esta permanecía á la conveniente distancia para no interrumpir el secreto coloquio de don Pedro con su favorecida.

— Otra palabra siquiera, díjola con el mayor interés. Ya veo que no me compadesces como merezco.

— ¿Sois acaso tan infeliz? replicó la Padilla sonriéndose.

— Hasta hoy, bella María, no hubo

mortal mas digno de lástima que yo. Abandonado de mi padre desde la infancia, sacrificado por mi madre á los caprichos de un criado , contaba solo con un amigo , y aun éste cometió la perfidia de venderme. Apenas me vi en el trono , mis propios hermanos, rebelados contra mí , conspiraban mi muerte en union de los señores de mis reinos. Alburquerque permanece fiel, porque goza de mi poder , que ya es suyo: reina en mi nombre: me tiraniza ; y Aldonza se ha unido á él para esclavizarme. Samuel es buen servidor , pero mas afecto á su interés que al mio , y no puedo concederle mi amistad. No , no hay un solo corazon que corresponda á los latidos de mi pecho. Pero todas las perfidias que la ambicion y la venganza inspiraron á cuantos me rodean , han recaido en mi cabeza ; me conquistan el odio de los grandes y del pueblo , sin dejarme ni aun el triste consuelo de inspirar temor. Por último , creí hallar el lenitivo de estos males , la felicidad de mi vida en una princesa entendida y hermosa ; pero es la deshon-

ra de mis dias : Blanca de Borbon ha despreciado su honor , ha vendido la fé que me jurara. Mi madre y Alburquerque quieren que sea mi muger ; nunca lo lograrán , y lo juro delante de Dios. En tanto mi ardiente corazon no puede vivir sin amar ; mi juventud anhela una dulce compañera... María, ¿ por qué bajais los ojos?...

-- Señor , ya es tiempo de separarnos.

-- ¿ No me has entendido , hermosa ? prosiguió el rey cada vez mas entusiasmado : yo me muero por tí.

-- Yo soy la que he de morir , respondió María mirando al rededor de sí con el mayor espanto ; el esplendor de un momento , que vuestra real bondad comunica á la pobre huérfana , imprimió en su frente el sello de la muerte. No lo dudeis , me matarán.

-- ¡ Perezcan antes tus enemigos en los horrores de los mas espantosos suplicios ! yo te defenderé de todos.

-- ¡ Ah , señor ! no me impidais que corra á un santo monasterio...

-- ¡ Jamas ! ¡ jamas !

— Sea así; mas, lo repito, pagaré con la vida esta jornada tan gloriosa para mí, como humillante para ellos. Me olvidareis, me abandonareis al instante, y su venganza no se cansará de perseguirme. Tened compasion de mí: solo al pie de los altares hallar me es dado honor y seguridad.

— No, María, te digo que no quiero, replicó don Pedro con visible ímpetu. Mi vida está ya enlazada con la tuya. Mis brazos han de ser tu único refugio; y no han de perseguirte hasta ellos esos enemigos que te espantan. Sé mía, sé mía, y verás como caen á tus pies.

— No señor, no puedo ser vuestra, sino de Dios.

— María, yo te amo con exceso, no me desesperes así.

— Señor, dijo Alburquerque presentándose á la puerta del salon, aqui traigo noticias del ejército...

— Despues las veremos, respondió irritado el rey; ¿cómo te atreves á interrumpirme de este modo? Quédate en

nombre del cielo , prosiguió diciendo á María en tono bajo , ó logre yo esta noche hablarte un solo instante sin testigos... en tu cámara.

-- Antes morir, repuso María con la mayor viveza ; solo un esposo...

-- ¿Y si te lo prometo?...

-- No lo intenteis.

-- Iré, te lo juro, si no te quedas.

-- Señor, repitió Alburquerque levantando la voz, el conde de Trastámara ha salido de Jijon, y viene con muchas fuerzas.

-- ¡El conde ! exclamó don Pedro acercándose á Alburquerque. ¿Y se atreve á provocar á mis compañías?

-- Se atreve á batirlas y á rechazarlas, respondió Alburquerque bajando la voz.

-- Querido tio, dijo en tanto María al comendador, ¿se halla en el castillo el capellan del rey?

-- Sí por cierto, y es amigo mio.

-- ¿Y el canciller del sello de la puridad?

-- Tambien ha venido. ¿A qué esas preguntas?

-- Basta, Alburquerque, díjole el rey. Mañana al apuntar el dia montaremos á caballo. ¿Me habeis oido, señores caballeros?

-- ¡Castilla! ¡Castilla! por el rey don Pedro, gritaron todos á la vez.

-- Vamos, Alburquerque, y responderemos á esos mensajes. Fuerza es que os hable un solo momento, prosiguió dirigiéndose á María con el tono mas apasionado, pues en ello se interesa la suerte de mi vida, de la vuestra... Es preciso, esta misma noche...

-- Pero no sin testigos, contestó María resueltamente.

-- Poco me importa... ¿dónde está tu aposento?

-- Mi tio os lo dirá.

Y besándola el rey la mano con ardor, salió acompañado de toda su comitiva; en tanto detúvose Alburquerque conferenciando un breve rato con doña Isabél.

-- Llevad corriendo á mi aposento al

capellan y al canciller, dijo María al oído del comendador.

— ¿Con qué designio? replicó Hines-trosa lleno de de asombro. No querrán ir allá.

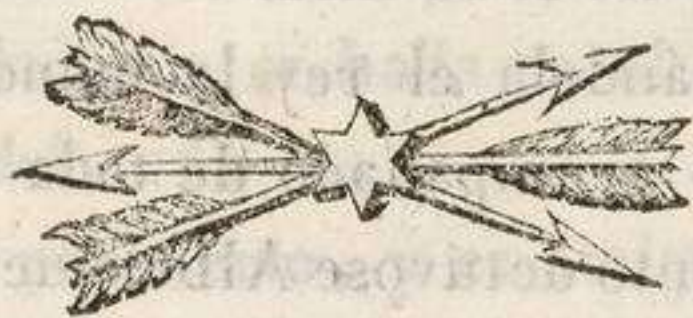
— Habladles en nombre del rey, tomando en seguida sus órdenes. Enviadme á mi hermano Diego. Ni una palabra á Samuel... id volando.

— ¿En nombre del rey, María? ya te entiendo. ¿No te dije yo?...

— Dadme esa daga, continuó María agitadísima, arrancándosela del cinturón y ocultándola debajo de la bata.

— ¿Qué vas á hacer?

— Id, querido tío, no os detengais. Dentro de una hora seré muerta... ó reina de Castilla.



CAPITULO X.

CERCADO de una tropa de alguaciles en el momento de su entrada en Sahagun, arrestado por su amigo Benavides, justicia mayor de la casa real, condujeron á don Martin al castillo de Cea, dejándole encerrado en la torre. Allí supo al dia siguiente que le acusaban de alta traicion, al mismo tiempo que llegaba á su noticia la impudente infidelidad de María. Los escesos de furor á que se abandonó sin ningun freno encendieron en su sangre una fiebre devoradora, que encadenándole largo tiempo á doloroso lecho, le entregó á las convulsiones del delirio en que llamaba á la muerte como término de sus males.

Durante los breves intervalos de su acceso, veía confusamente en vez de horribles fantasmas, una jóven nada hermosa, cuya dulce mirada, fija en los ojos del enfermo, esprimia la mas tierna compa-

sion. La imágen de aquel ángel consolador ocupó por toda una noche el sueño de don Martin, quien al abrir sus párpados miró á la jóven sonriéndose. — Mi corazón, le dijo con voz lánguida, me reveló que sois Margarita, mi sensible prima.

Llevó ella un dedo á su boca imponiéndole silencio, y en seguida aplicó á sus labios una copa, cuyo vivificante licor apuró don Martin pausadamente.

— Querido primo, díjole Margarita después de sentarse á su lado, serenaos. Las dos cosas que mas os atormentaban durante vuestro letargo son las que menos temor os deben infundir: sabed que el gran maestro de Santiago permanece libre. El rey, aunque irritado contra vos por las secretas conferencias con don Fadrique, á quien detesta, no se atreve á tratarle como enemigo á causa de la poderosa influencia que ejerce en los caballeros de su orden. El otro motivo de pesar que demostrabais nace de mí propia, y es aun menos fundado.

— ¡De vos, prima mia! exclamó Mar-

tin avergonzado : ¿ qué dije , pues ?...

— ¡ Silencio ! interrumpió Margarita, ó me retiro. Sí , prosiguió con cariñosa sonrisa : mucho me habeis maltratado en vuestros sueños : ninguno de vuestros insultos he dejado de oír en los quince días que llevo á vuestro lado. Perdóneoslo Dios, que mi sola pesadumbre consistia en no poder disipar vuestra equivocacion. Verdad es que soy vuestra carcelera , pero no vuestra enemiga , no vuestra opresora ; y si me veis aqui, es solo para favorecer vuestra evasion tan luego como os halléis restablecido...

Estas palabras consoladoras produjeron todo el efecto que Margarita se habia prometido de ellas. A vista de los nuevos síntomas que se presentaron en aquel día, el médico declaró que don Martin se hallaba fuera de peligro. Por la noche, vigorizado su cuerpo á beneficio de un descanso no interrumpido , pudo sostener una conversacion con su prima , que acababa de reparar tambien con largo sueño las fatigas de sus penosas vigili-
as.

Entonces fue cuando Margarita satisfizo completamente la curiosidad de don Martin, refiriéndole los acontecimientos que tuvieron lugar en Sahagun. — A la mañana siguiente, prosiguió despues de informarle de cuanto habia sucedido en la célebre jornada que hemos procurado describir en el capítulo anterior, salió el rey del castillo, yendo á ponerse á la cabeza de sus huestes. Montada en una blanca hacanea, cabalgaba María á su lado, seguida de Hinestrosa y de don Diego: agolpábase en torno de la favorita toda la caballería de la corte durante los tres dias del primer viaje hasta el castillo de Avilés, donde don Pedro se detuvo una semana entera con María, mientras sus tropas se acercaban á Jijon para ponerle sitio. Mas dejando en esta plaza las necesarias fuerzas para defenderla, arrojóse el conde de Trastamara en los desfiladeros de los montes, donde puede burlar por largo tiempo los enemigos esfuerzos. Dícese que vuestro padre tuvo alguna intervencion en las maniobras que propor-

cionaron al conde una situación tan favorable. El señor de Alburquerque tuvo en su mano el término de la guerra, pero conoce que cuanto mas embrollados esten los negocios, mas necesarios serán al rey sus consejos. Engañadas cruelmente las esperanzas que fundara en la elevación de María...

— ¡Cómo! exclamó don Martín: ¿mi padre mismo?...

— Ruborízome al decirlo, respondió Margarita, pero es demasiado cierto que mi tío fue el instrumento de esta intriga, favorecida además por los esfuerzos de mi madre. Tratábase de sustituir á la alta-nera Aldonza una jóven dulce y modesta que les debiese su elevación; equivocáronse eligiendo á María de Padilla...

— ¡Baldon eterno! dijo don Martín encendido de cólera: ellos lograron pervertir á María, y no podrán menos de coger el fruto de su infamia.

— Harto los ha castigado Dios, primo mio. Mi madre ha sido desterrada ignominiosamente de la corte: Samuel ha

cochado sobre el espíritu del rey todo el ascendiente que perdiera el señor de Alburquerque. La íntima alianza del perverso judío con los Padillas pronostica terribles males á la reina doña Blanca y á vuestro amigo don Fadrique. Todo depende ahora de la guerra de Asturias. Mi madre ha ido secretamente hasta Poitiers, donde está la corte de Francia, á escitar al rey Juan para que intervenga en nuestras interiores turbulencias, pintándolas como único obstáculo de la coronacion de Blanca: de su apoyo, de la entrada de la reina aguardan la victoria de su partido, esperando que así volverá á ponerse Alburquerque al frente de los negocios del reino. Yo, querido primo, solo me acuerdo de Blanca, solo pienso en vuestros males.

— ¡Ah! buena Margarita, dijo don Martín suspirando, no es vuestra suerte menos digna de lástima que la mia.

— No os acordeis de la pobre Margarita, que sino amase á Blanca, seria ya feliz en el monasterio de las Agustinas de

Montluzon. Pero ahora lo impide un nuevo obstáculo: no puedo resolverme á abandonaros antes de que os halleis enteramente restablecido y contento.

-- Si este caso puede llegar, oh Margarita, respondió don Martin derramando algunas lágrimas, reservado estaria á una amiga como vos tan peregrino milagro. Pero si conocieseis las penas del amor...

-- Vaya, primo, que las de la amistad no son menores.

-- Sí, Margarita, sois el ángel enviado del cielo para suavizar mis pesares, mientras yo soy causa de todos los vuestros. Bien sabreis cuán ásperamente respondí á Benavides que mas queria morir que no deber mi libertad á nuestro matrimonio.

-- Dejemos eso, primo mio; no me quejo de vuestra dureza, al contrario, me sirve mucho para convencer á todos que decia la verdad cuando sostuve que el gran maestro permanecia en San Juan de Luz solo por amor á mí. Lo que importa es el honor de la reina, y únicamente por conservarle os niego mi ma-

;

no. Pésame á la verdad que se crea que os detengo aqui para lograr por fuerza la vuestra , dando esta satisfaccion á mis ofensas. Dicen tambien que os amo con locura ; pero si hubiese de apasionarme de todos los enfermos que he cuidado , muy larga seria la lista de mis amantes. Sin embargo , cuando hablan del cariño que os tengo , no puedo menos de sobresaltarme.

Aqui bajó los ojos don Martin , confuso y silencioso. Creyendo su prima que el sueño le rendia , corrió las cortinas de la alcoba y se separó de la cama. Continuó el caballero llorando secretamente , y revolviendo en su imaginacion las diversas sensaciones que experimentaba al comparar , no sin dolor , la esplendente hermosura de María , su talento , la elegancia y dignidad de su ademan , con la vulgar figura , con la llaneza de Margarita. Pero , decia para sí , qué avilantez , qué perfidia ocultaba el brillante exterior de la una , cuando en la otra veo tanta sencillez , tanta ternura , tanta bondad. Su carácter tan comun , al parecer , ¿ no se

elevó hasta el heroísmo, sacrificando su honor al de la reina?

Estas reflexiones fueron conduciendo un tranquilo sueño al despechado caballero. — Primo, le dijo Margarita al amanecer del día siguiente, he recibido muchos mensajes de todas partes. Mirad, la reina me llama junto á sí durante la ausencia de mi madre, que salió para Poitiers. Mi tío Alburquerque está guerreando en Asturias; y vuestra buena madre, á quien tengo confiado mi designio de poneros en libertad, me escribe que va á volver...

-- ¡A volver! repitió asombrado don Martin: ¿con que ha venido?

-- Sí por cierto, respondió Margarita; doña Isabél no se ha apartado de aquí durante vuestra enfermedad. Pero yo la obligué á marcharse hace dos días, cuando el médico declaró que ibais á morir si no se apartaba de aquí, pues sus mismas lágrimas os escitaban á repetir con mas furor las amargas quejas con que no cesabais de contristarla.

-- ¿Será posible?

-- La constante relacion de vuestro delirio eran estas palabras, repetidas sin cesar: Madre desnaturalizada... ¿y tu hijo? ¿no te acordaste al menos de tu hijo? ¿tú le sacrificas, le abandonas, vil madrastra! Dios te maldecirá...

-- No hablaba yo de ella, interrumpió don Martin avergonzado: dejemos eso, Margarita.

-- Mañana volverá, y al instante me pondré en camino para San Juan de Luz. El castillo de Cea pertenece á vuestra buena madre, y manda en él como dueña absoluta; en el momento que os halleis con fuerzas para vestir la armadura y montar á caballo, ella misma facilitará vuestra evasion.

-- Bendígala Dios, y á vos tambien, querida prima: iré á echarme á los pies del rey, me justificaré de las injustas calumnias de mis enemigos: sabré confundirlos, y la vil María...

-- ¡Virgen santa! interrumpió Margarita: ¿quereis perdernos á todos y á vos mismo? No, primo mio: en Francia

es donde debéis buscar refugio. Blanca de Borbon, á quien vereis al pasar por San Juan de Luz, os dará cartas para el rey su primo, y hasta la conclusion de nuestras guerras civiles peleareis en las filas francesas. De todo os hablará el gran maestre en el castillo de Salinas, donde os aguarda.

-- ¿El gran maestre decís? ¡oh cuánto anhelo el verle!

-- Su impaciencia es igual á la vuestra, primo mio. Confiemos, pues, en la bondad del cielo: tiempo vendrá en que nos encontremos en la corte de Castilla: vos glorioso, triunfante, reconciliado con el rey don Pedro; yo siempre amiga de Blanca, y tambien vuestra: ¿no es así?

-- Hasta la muerte, querida Margarita, respondió don Martin besando tiernamente la mano que ella le ofrecia en prenda de amistad. Os lo repito, fuísteis para mí el ángel de los consuelos.

-- Vamos, Martin, replicó Margarita levantándose, ahora urge responder á estas cartas. No tardaré en volver.

CAPITULO XI.

Los peregrinos llegaron á Toledo sin el menor incidente que perturbase su sosegado camino. Fiel á su promesa Perez Cuellar, colocó en una linda habitacion abundantemente provista á Matías y Paloma, que continuaba criando al niño Alfonso bajo el nombre de Enrique. Tuvo don Martin noticia de estas circunstancias por conducto del gran maestre de Santiago, en cuya compañía pasó algunas horas en Salinas, yendo hácia la frontera de Francia despues que su madre favoreció su evasion del castillo de Cea. Esta nueva entrevista de los dos amigos contribuyó muchísimo á estrechar mas y mas su amistad. Don Fadrique se obligó á vigilar sobre el niño de don Martin y acudir á sus necesidades. Este prometió al gran maestre darle exacta cuenta de los intereses de Blanca de Borbon, que sin duda alguna estarían ocupando la corte

del rey Juan y á toda la nobleza de Francia, principalmente despues de los acaecimientos de Sahagun.

Recibió el caballero en San Juan de Luz la mas agradable acogida de la hermosa reina, cuya corte se componia de barones franceses encargados por el Duque de Borbon de acompañar á la princesa hasta Valladolid. Muchas nobles damas, á imitacion de la vizcondesa de Narbona, esposa del embajador del rey Juan, se habian reunido con sus maridos, estacionados por tan largo tiempo en la frontera. Tambien se veía alli gran número de caballeros castellanos, que rivalizaban con los franceses en magnificencia y cortesía.

Esta ligera y espléndida juventud se ocupaba únicamente en distraer con fiestas y juegos el enojo de su forzada permanencia en aquella miserable poblacion; y la reina, harto delicada para descubrir la pesadumbre que la consumia, tomaba parte en aquellos placeres, á que servian siempre de pretesto los amorosos mensa-

ges del rey don Pedro. Las galantes lizas de cañas y parejas, las costumbres finísimas de la caballería ofrecían un espectáculo enteramente nuevo á don Martin, que hasta la edad de diez y seis años solo habia conocido la triste soledad en que viviera con el infante dentro del alcázar de Toledo, y el austero retiro de la dama de Alburquerque, su madre, en el castillo de Sahagun.

Pero lo que mas pudo asombrarle fue la singular mudanza que observó en toda la persona de su prima Margarita. Ya no era aquella jóven vestida de burriel, desprovista de gargantilla, comun en sus maneras, cuyos cabellos mal asegurados con una aguja de ébano caían en mechones desiguales sobre su frente descolorida por las vigiliass, cual la miraba junto á su lecho: la primera dama de honor de la reina se le presentó, por el contrario, ataviada con magníficas vestiduras de seda: su cabellera entrelazada con perlas coronaba graciosamente los contornos de la frente: era noble su ademan; pero la

dulzura de sus miradas no habian sufrido la menor alteracion, y continuamente perseguia con ellas á don Martin, encantándole la espresion de su ternura. Durante su primera estancia en San Juan de Luz tuvo con su prima muchas de aquellas largas é íntimas conferencias en que todo el corazon se muestra sin rebozo. Siendo el de Margarita tan puro y tan sencillo, compartía los pesares de su primo, llorábalos con él, y solo lamentaba los de Blanca.

Don Martin se separó con pesadumbre de su amable prima, cuya memoria contrapesaba ya en su espíritu la de la pérfida María. El rumor de las armas proporcionó mas poderosa distraccion á sus tristes pensamientos. Recibiéronle como amigo los caballeros del rey Juan, y se mostró digno de pelear en sus filas. Mas de una accion brillante realzó la justa fama que adquiriera en la guerra de Asturias. Verdad es que solo tenian lugar breves escaramuzas ó desafios parciales entre los caballeros de los príncipes

cuyas posesiones se tocaban en los inciertos límites de la Guiena y del Poitú; allí se disputaban encarnizadamente una aldea, un caserío, y hasta el derecho de peage de un puente. Pero estas querellas, obscuras y aisladas en apariencia, tenían por testigos é instigadores á dos poderosos soberanos agriamente irritados entre sí. La Francia y la Inglaterra preludiaban en sus campos de batalla la lucha que no tardó en comenzar y duró un siglo entero, con mil opuestas vicisitudes.

El caballero castellano encontró, pues, frecuentes ocasiones de señalar su valor y conquistar un glorioso nombre. No bien le dejaba algún descanso la conclusion de uno de estos encuentros, cuando regresaba á San Juan de Luz, adonde le arrastraba el irresistible atractivo de Margarita, y hallábala cada vez mas tierna y mas amable. Doña Blanca continuaba oponiendo á los rigores de la fortuna una paciencia angelical, y atribuía únicamente la injuriosa indiferencia del rey á la pasion que le inspirara María de Padilla,

pues los embajadores de Francia y de Castilla, concertados con Margarita, procuraron ocultar las siniestras interpretaciones que la rabia del infame judío die-
ra á las secretas visitas del gran maestro.

No ignoraba Margarita la verdadera causa del pesadísimo retraso que experimentaba la coronacion de la reina; por esto dirigía al cielo ardientes súplicas para que las sospechas que engendrara la malicia de Samuel recayesen únicamente sobre su cabeza. Sin embargo, cuando confiaba á don Martin su secreto pensamiento y repetía su intencion de consagrarse á la soledad del claustro el resto de sus dias, la opresion de su seno, y las lágrimas que brotaban de sus ojos, descubrian el doloroso pesar que le costaba tamaña resolución. Suspiraba con ella don Martin: -- No, prima mia, le dijo cierta noche, no: ahora no podría acostumbrarme á la idea de vivir sin vos.

-- Ni yo tampoco, querido primo, respondió Margarita; y con todo es indispensable que así suceda. Pero cuando

la reina se justifique y entre en Castilla, adonde no me es dado seguirla, ¿cuál será mi destino? Desde que os asistí en vuestra desesperada enfermedad, solo me acuerdo de que os consolaba, de que me llamabais vuestra querida Margarita; entonces no me abandonó vuestra cara imágen, y ahora que volveis glorioso, admirado de todos... no, no puedo ser ya buena religiosa.

— Pues bien, le dijo él sumamente enternecido; yo que conozco vuestra inocencia, soy quien debe restituiros el honor.

— Nunca, primo mio, interrumpió Margarita; no podreis borrar de mi frente la mancha de haber recibido al gran maestro en mi aposento, sin confesar que la reina terciaba en nuestras conferencias, y esto seria declararla culpada, proporcionando á María de Padilla y á la rabia de Samuel un medio el mas seguro de cubrirla de ignominia, y suspendiendo acaso la cuchilla sobre su inocente cabeza. Muera yo con el bal-

don que me abrumba y con el dolor de perderos; pero al menos sin remordimientos.

Toda la grandeza de alma de Margarita se iba retratando en sus facciones al pronunciar este discurso; brillaba en sus ojos el fuego del entusiasmo, y mirábala don Martin con la mayor sorpresa y enagenamiento. — Prima, exclamó en el tono mas enérgico, hoy es cuando aprendo á conoceros. ¡ Ah! si el cielo hubiese permitido que tanta nobleza de alma y tan puros sentimientos hubiesen desvanecido con tiempo mi equivocada ilusion, nunca empañara el alma que os estaba destinada una pasion de que me avergüenzo, y que abjuro para siempre. Pero vuestra ternura me realza á mis propios ojos. Yo no falté á mis deberes con María; su infidelidad es la que ha deshecho nuestros lazos y me ha vuelto la libertad. A vuestros pies la rindo; sed vos mi dama, doña Margarita, que yo soy vuestro caballero, y guardaré hasta el último suspiro el juramento de ama-

ros que pronuncio ante el Eterno.

-- ¡Sueño, ó estoy despierta! dijo Margarita embriagada de placer. ¡Vos, don Martin, mi caballero, vos el amante de Margarita! No, nunca me amaréis con el extremo que yo os adoro; mas ya que vuestra misma boca pronunció ese sagrado juramento, acéptolo con la mayor alegría.

-- Y yo lo cumpliré, Margarita, á pesar de la ausencia y á despecho de todos los obstáculos. Si place al Altísimo, estos dias de amargura abrirán camino á mejores tiempos.

-- No lo esperemos, Martin; mi destino está irrevocablemente ligado al de la reina.

-- El cielo la protegerá y descubrirá su inocencia; Blanca entonces proclamará la vuestra, y nada estorbará...

-- No acabeis, querido primo, interrumpió Margarita con melancólica sonrisa. No me presentéis de una vez la esperanza de tantas felicidades: si la diese entrada en mi corazon y despues se des-

vaneciera, conozco que el dolor le despedazaría.

Desde este momento don Martin se ausentaba raras veces de San Juan de Luz, pues Margarita le iba inspirando cada dia mayor cariño. Su lenguaje al hablar de María respiraba solo desprecio y aborrecimiento, pues unida al judío Samuel contra la familia de Alburquerque y contra la reina Blanca, habia jurado su perdicion. La dama de Alburquerque murió en Sahagun por aquel tiempo, á consecuencia del pesar que engendrara en su pecho la ingratitud de María, á quien maldijo en su último suspiro. Esta noticia que don Martin recibió en Francia, donde era odiado el nombre de Padilla, contribuyó á que dominase á una pasion indigna que alimentaba en su corazon, á pesar de todos sus esfuerzos y juramentos.

Su madre al morir le habia dejado una rica herencia y el título de rico-hombre de Leon, anejo á la propiedad del distrito de Cea, cuya posesion no podia

tomar el heredero sin el beneplácito del rey. Pero Alburquerque vacilaba en hacer la demanda. Permanecía, es verdad, al frente del gobierno; mas detestado de su señor, objeto de la enemistad del conde de Trastámara, sosteníase tan solo fomentando sus discordias y por el temor que les inspiraba á entrambos. Con el auxilio de sus inmensas riquezas, de sus numerosos lugares, y de doscientos señores y caballeros sus vasallos feudales, se habia constituido el árbitro de la gran contienda que tenia suspendida á toda España, ganándose por otra parte el apoyo de las cortes de Francia y Portugal. En esta situacion todo hacia sombra al ambicioso Alburquerque: conocia que su caida precedería inmediatamente á la reconciliacion de los bastardos con el rey, si era parto de la influencia de los Padillas y del judío, y temblaba asimismo que su hijo ya rico y poderoso tomase partido en las filas de sus aborrecidos adversarios.

Algo mas de un año despues de su salida de Sahagun, volviendo don Mar-

tin por última vez á San Juan de Luz, halló á la reina y á Margarita embriagadas de placer. — Concluyeron nuestros males, díjole Blanca de Borbon: el rey me llama á Valladolid, donde todo está ya dispuesto para mi coronacion. Tambien vendreis con nosotras, don Martin, pues el rey me escribe que un rico-hombre de real sangre y la mas rica heredera del reino han de recibir la bendicion nupcial en el mismo altar donde se celebre mi boda. Margarita os dará razon de tan agradables noticias.

Salió Blanca, dejando á los amantes en completa libertad. — Ya eres mia, dulce Margarita, exclamó don Martin estrechándola tiernamente entre sus brazos.

— Sí, tuya para siempre, gracias al cielo que ha protegido nuestros amores inocentes y el honor de doña Blanca.

— Bendito él sea, Margarita: la reina triunfa al fin de la miserable rival que osaba disputarle el corazon de su esposo, y acaso la corona misma.

— Ya sabrás, sin duda, primo mio,

:

que es madre hace un mes de una niña, cuyo nacimiento se ha celebrado cual pudiera el de la legítima heredera del trono. La pasión del rey creció hasta el punto de dudar si se hallaba en su cabal juicio: dió en dote á su hija las villas, castillos y posesiones de la antigua casa de Coronel, cuya restitucion exigia Aldonza, siendo esto lo que preparó la caída de la primera favorita, pues tu padre y el judío aspiraban á conseguir tan ricos despojos. Vivía la Padilla como reina en su castillo de Montalvan, junto á Toledo, con sus compañías mandadas por Hines-trosa, y adulada por la corte y por toda la caballería del reino. Aumentábase entre tanto el crédito de los Padillas y de Samuel, y vacilaba el de Alburquerque, amenazado de próxima ruina. Venciendo entonces su aversion al conde de Trastámara, á quien temia mas que á los otros adversarios, trabajó sériamente en reconciliarle con el rey. Hízose mediador de la paz entre los dos hermanos, siendo la primera condicion de esta avenencia la so-

lemne entrada de Blanca en Castilla y su coronacion en Valladolid. La segunda, consecuencia de la primera, el abandono de María, y la desgracia del judío Samuel Leví. Asi, pues, amigo mio, es ya seguro el triunfo de la reina.

— ¿Y el gran maestro? preguntó don Martin con inquietud.

— En medio de tantos motivos de alegría, respondió Margarita, no deja de darme cuidado la situacion de don Fadrique. Escríbeme que es el único individuo de la real familia á quien no se convida á las reales nupcias, cuya escepcion mortifica sobremanera á doña Blanca; y en efecto, desde que no te he visto ha recibido cartas del duque de Borbon su padre, en que le da cuenta de las calumnias del judío, y el vizconde de Narbona se ha visto obligado á confesar á la reina que esta fue la sola causa de su grande detencion, hiriendo el amor propio de Blanca, que ha determinado exigir del rey el destierro del judío, el cual, aunque desgraciado, conservó su empleo de

tesorero general, por la necesidad que habia de su extrema habilidad para encontrar dineros en estos momentos de penuria.

Suspiró don Martin al saber la resolución de la reina, y manifestó á su prima que convencido del carácter de don Pedro, juzgaba mas conveniente guardar silencio acerca de todo lo ocurrido; pero Margarita le replicó que ningun poder del mundo lograría alterar la voluntad de Blanca. Convinieron, pues, en que don Martin precedería á la reina para instruirla á su llegada del verdadero estado de las cosas, y de la opinion de los hombres prudentes y avisados.

Esta jornada, tan bella para la reina Blanca, y que le presagiaba al parecer el mas dichoso destino, como tambien á sus amigos Martin y Margarita, terminó con una fiesta brillante, á la que siguieron los preparativos para entrar al siguiente dia en el territorio de Castilla.

CAPITULO XII.

UNA bella mañana del año de gracia 1353, el señor don Martin de Alburquerque y Cea, regresando de sus campañas en Francia, y despues de visitar sus dominios del reino de Leon, salió del lugar de Dueñas, donde pasara la noche, y continuó su camino hácia Valladolid, de que solo distaba unas seis leguas. Seguíanle muchos escuderos armados de pies á cabeza; flotaba sobre su coraza un tabardo bordado de oro y de terciopelo azul y blanco, colores de su dama doña Margarita de Lara. Detras de los escuderos venia gran número de criados, conduciendo á mano muchos caballos de batalla de las castas mas escogidas: caminaban despues las acémilas cargadas de tiendas y provisiones: cabalgaba siguiendo á don Martin un page que llevaba su lanza, y era el africano Zafiro, que la reina le habia regalado.

Siguieron por tres horas el curso del Pisuerga, y apartándose despues hácia la derecha, cruzaron un espeso bosque, á cuya salida observó el caballero un campamento colocado junto á una aldea. —

¿Qué lugar es ese, preguntó á un labrador, y qué tropas las que ahí estan?

-- Señor caballero, respondióle el campesino, el lugar se llama Cigales, y esa es la comitiva del conde de Trastamara y de su hermano don Tello, que van á las bodas del rey nuestro señor, que Dios guarde.

-- ¡La comitiva! repitió admirado don Martín: mas bien parece un ejército.

-- ¡Oh! sí por cierto, repuso el labrador. Han venido de Asturias por el camino de Villalba del Alcor, y se han detenido ahí toda la noche en lugar de ir á la ciudad, que solo dista legua y media. Mucha gente hay; yo he contado mas de seiscientos hombres de á caballo, y los peones pasan de dos mil.

-- ¡Mucho me admira todo esto! dijo don Martín á sus escuderos. ¿Con qué designio vendrá el conde tan armado pa-

ra asistir á unas bodas? Su campo está bien sentado, tiene fosos y barreras... levanted mis tiendas á la orilla de ese bosque, mientras voy á la descubierta.

Dichas estas palabras, tomó la lanza de las manos de Zafiro, mandándole que le siguiera, y aguijando á su corcel tomó carrera hácia la aldea. Apenas habia andado la mitad del camino, cuando un caballero armado á la ligera, de los que entonces se llamaban ginetes, salió del campo á recibirle. Flotaba en su pica una banderola blanca, y venia en pos de él un escudero con la espada envainada. — ¡Qué diablos es esto! murmuró deteniéndose don Martin: ¡un parlamentario!

Los dos caballeros fueron aflojando el paso, y cuando estuvieron á cierta distancia paróse el ginete, y se acercó solo el escudero. — Señor caballero, dijo, el conde de Trastamara me envia á preguntar á vuesañoría si viene como amigo ó como enemigo.

— Yo no me dirijo al campo del conde, sino que voy como él á las bodas del

rey nuestro señor. Por lo demas , lejos de ser enemigo de vuestro dueño , escucho con la mayor sorpresa que cree tenerlos en Castilla despues de la reconciliacion con su real hermano. Llevadle estas palabras, continuó alzando la visera, y decid al conde que don Martin de Alburquerque aguarda de su cortesía...

-- ¡Qué es lo que estoy viendo! exclamó el escudero : por cierto que no aguardaba ver aqui á vueseñoría. ¿No reconocéis á Juan Cavedo , primer escudero del gran maestre?

-- ¿Está en el campo? preguntó con viveza don Martin.

-- Señor , respondió el otro con notable embarazo , mi dueño es el único caballero castellano á quien no han convidado á las reales nupcias. Se ignora...

-- Basta , Juan ; vuelve á Trastámara , y pídele en mi nombre paso franco para mí y mi comitiva por entre sus tiendas...

-- Guardaos bien , señor mio , repu-

so el escudero, de cometer semejante imprudencia. Esta nueva guerra, cuyos preparativos estais mirando, es solo entre el conde y vuestro padre...

-- ¿Perdiste el juicio, Juan Cavedo? ¿no fue mi padre quien ajustó la paz del rey con sus hermanos?

-- Creedme, señor don Martin, replicó el escudero: no paseis por el campo. El rey habrá salido ya de Valladolid con todas sus compañías mandadas por el señor de Alburquerque para combatir al conde: no está, pues, entre nosotros el lugar que os pertenece.

-- Tienes razon, amigo mio, si es cierto tu relato.

-- Es la pura verdad: voy á decir al conde que, habiéndoos negado á descubrirme vuestro nombre y disignio, habeis tomado otro camino. Mas no os aparteis mucho de esos primeros árboles del bosque que podrán ocultaros de nuestras tropas: pronto tendreis el gusto de abrazar á un amigo que os instruirá de cuanto pasa.

-- ¿Qué amigo puede ser ese? ausente el gran maestro...

-- Ahora mismo vais á verle, respondió el escudero bajando la voz: solo el conde sabe que se halla en el campo; pero si es fuerza pelear, como indican las apariencias, ha ofrecido retirarse. Voy corriendo á darle nuevas de vuestra llegada.

Y volviendo las riendas del caballo, partió hácia el campo á carrera abierta. Don Martin dispuso en tanto levantar sus tiendas detras de un soto que encubria el campamento del conde. Apenas terminada esta operacion, vió salir de la aldea y dirigirse hácia el bosque dos caballeros, uno de los cuales era Juan Cavedo y el otro el gran maestro, á quien recibió con los brazos abiertos. Fueron entrambos á sentarse sobre el fresco césped en la cima de una colinilla, desde donde, y á favor de la espesa sombra de un poblado seto de pobos, descubrian, sin ser vistos, todo el camino principal hasta las puertas de Valladolid. Tanto tenian que decirse, tanto

que preguntarse, que á los principios era su coloquio difícilísimo de comprender.

Calmado al fin el primer ardor de su recíproca curiosidad, dieron cabida á una conversacion mas tranquila. Instruido don Martín de que su niño continuaba creciendo en hermosura y fuerzas bajo la proteccion del anciano platero de Toledo, comunicó al gran maestro cuanto concernia á la reina doña Blanca, y le pidió aclaraciones sobre la guerra que veía próxima á romperse.

-- Amigo mio, respondióle don Fadrique mostrándole con el dedo la calzada, si no estuviese mirando que el rey sale de Valladolid á la cabeza de sus compañías contra mi hermano Trastamana, no querria dar crédito á esta contienda, para mí inesplicable. Pero no es este el único acontecimiento que no puedo comprender. Por otra parte, como antes que los cuerpos de tropas contrarias se hallen en disposicion de combatir ó parlamentar ha de pasarse mas de media hora, me queda tiempo bastante para referiros cuan-

to sé. No ignorareis, sin duda, á qué extremo llegó la extravagante pasión de don Pedro hácia María con motivo del nacimiento de una niña.

-- Sí, respondió don Martin sonriéndose desdeñosamente; este era el asunto de todas las conversaciones, y se hablaba con admiración de su prodigiosa liberalidad con la María, tanto mas extraña, cuanto parece que el rey ha aprendido toda la avaricia de Samuel Leví.

-- Ya aventaja al mismo maestro, repuso el gran maestro; pero no es esto lo mas sorprendente: ocho dias hace que despues del tratado concluido por vuestro padre para pacificar lo interior del reino, continuaba don Pedro manifestando á su dama en Montalvan la misma ternura, y jurando no abandonar jamas á su hija: negábase tambien á trasladarse á Valladolid, donde toda la nobleza del reino se habia reunido ya para asistir á sus bodas, tratando de retrasar el dia de su celebracion. Desesperábase vuestro padre; pero un secreto mensage de Trastamara calmó

de repente la tempestad , y trastornó como por encanto las primitivas intenciones del monarca. Desde entonces solo una vez visitó á María , y la abandonó sin muestra de pesar , y aun sin abrazar á su hija. Pocas horas despues se puso en camino para Valladolid , y allí se presentó mas alegre , mas cortés que nunca , con todos sus caballeros , y de tal modo olvidado de María , que se le ve entregarse á nuevos amores , y rendir público homenaje á doña Juana de Castro , á quien conoció en Sevilla. Los cortesanos ignoran la circunstancia del mensaje de Trastámara , que permanece secreta entre mis hermanos y yo , y como no pude atribuir á esta sola causa la súbita mudanza del rey , apuré á mi hermano el conde para que me confiase la naturaleza del tal mensaje. Respondióme con palabras insignificantes , en las que descubrí cierta desconfianza : hablaba con una sonrisa de compasion acerca de mi estremado afecto á las personas , que turbando mi corazon y fascinando mis ojos , me quitaban

la facultad de ver y juzgar las cosas bajo su verdadero aspecto. "Si te lo dijese todo, Fadrique mio, añadió, acaso por no comprenderme llegarías á reconvenirme, y tal vez á perjudicarme; pero mas tarde, y cuando seas absoluto dueño de tí mismo, podrás hacerme la justicia que merezco." Estas palabras, querido don Martin, envuelven un misterio que inútilmente me aplico á descifrar.

— Pues yo creo comprenderle, dijo don Martin: el conde trabaja sordamente en preparar la ruina de mi padre, y teme que la amistad que conmigo os une no os disponga á vituperar este designio, aprobado sin duda por el rey, siendo este el motivo de sus secretas comunicaciones.

— Mas aunque así fuese, repuso don Fadrique, ¿con qué objeto levantaria hoy el conde nuevo estandarte de rebelion? ¿por qué en vez de presentarse en la corte, donde seria recibido como hermano, viene á la cabeza de las mas aguerridas compañías asturianas, de sus ballesteros montañeses, de su invencible caballería,

y de esa turba de caballeros armados? Ayer, al llegar á Cigales con ese guerrero tren, envió Trastamara al rey un mensaje pidiéndole permiso para entrar de ese modo en Valladolid, y declarando que si se lo negaba no entraría de ninguno. Quería el rey que despidiese sus compañías; pero el conde pretende conservarlas á su lado. Manifestóse por ambas partes la mas agria obstinacion, y el rey intimó á Trastamara que si no se alejaba en el momento, marcharia contra él á la cabeza de sus compañías. Bien conocereis, amigo don Martin, que nada de esto concuerda con la secreta inteligencia que suponeis entre mis dos hermanos; y como por otro lado la firmeza y el valor que en esta ocasion muestra don Pedro guardan tan poca analogía con su carácter tímido é indolente, repito que me cuesta infinito trabajo dar crédito á lo mismo que estoy viendo. Y sin embargo, miradle cómo se acerca al campo de donde salen en muy buen orden las compañías de Trastamara.

— Verdad es, repuso don Martin; y unos y otros combatientes se estan disponiendo para un choque inevitable, pues mi padre hace por la izquierda un movimiento con la guardia del rey para envolver al conde y ocupar á su retaguardia el paso del rio.

— Amigo, dijo el gran maestro, es fuerza que me aparte de aqui: no quiero tomar armas contra ninguno de mis dos hermanos en esta insensata contienda, cuyo éxito, sino me engaño, ha de ser muy fatal á Blanca de Borbon. Algunas palabras de Trastamara, y el haberme prohibido el rey comparecer en la corte, me parecen para ella de funesto agüero. Voy, pues, á colocarme de modo que pueda observar de lejos la accion que no tardará en empeñarse, y segun el término que tenga, sabreis por Juan Cavendo dónde podremos vernos.

— Mi lugar, dijo don Martin, está junto al rey y al lado de mi padre. A Dios, don Fadrique.

Montaron á caballo los dos amigos:

el gran maestro , á favor del bosque , se alejó sin ser visto de ninguno de los dos ejércitos: seguido don Martin de sus escuderos se dirigió hácia el cuerpo de la guardia del rey , que mandaba el señor de Alburquerque.



CAPITULO XIII.

EL rey don Pedro echó pie á tierra en la falda de una escarpada colina, y subió á lo mas alto con los dos infantes de Aragon, sus primos, y una grande comitiva de señores y caballeros. Observaba desde alli los movimientos del conde, que iba disponiendo sus tropas en batalla, cuando acercándose don Martin con la visera alzada, dobló una rodilla ante el rey, que conoció al momento al amigo de su niñez. — ¿Quién es ese caballero? díjole con amistosa sonrisa dándole á besar la mano: levántate, que quiero conocerte despacio y convencerme de que no me equivoco. Mucho tiempo hace que perdí de vista á un muchacho lerdo, delgado, y de figura comunísima; y hoy contemplo un moceton que me lleva toda la cabeza, hermoso, fornido y marcial: no puedo creer que sea mi amiguito Martin.

— Al menos, respondió él con fir-

meza, es el mas fiel y rendido de vuestros vasallos, por mas que hayan podido decir á vuestra alteza.

— ¡Toma! ahora sí que le reconozco enteramente, replicó don Pedro; tan mohino era cuando muchacho, pero franco y leal cual ninguno. Vaya, Martin, olvidemos, tú el encierro que sufriste en Cea, obra, mas que mia, de tu padre, y yo tu fuga á Francia. Solo quiero acordarme de tus altos hechos entre los caballeros del rey Juan, mi primo y amigo, pues ha llegado hasta mí el rumor de tus hazañas, y te tengo preparada la mas dulce recompensa... Pero, continuó dirigiendo sus ojos hácia la línea del conde de Trastamara, parece que mi bendito hermano ha concluido ya de ordenar su gente. ¿Qué opinais de estas disposiciones, marqués de Tortosa?

El rostro del rey estaba bastante risueño: el marqués, primogénito de los infantes de Aragon, á quien se dirigia esta pregunta, y que pasaba por uno de los mas hábiles capitanes españoles, no se ma-

nifestó tan tranquilo como su primo. Hízole notar que las tropas enemigas, todas selectas, y mandadas por un guerrero como Trastámara, á pesar de la diferencia del número, eran evidentemente superiores á las compañías reales, y que ocupaban además una ventajosa posición, mientras que al otro lado del arroyo, que le separaba del conde, Alburquerque había colocado su gente en un terreno cubierto de viñas que no podían menos de embarrasar sus maniobras. Estas observaciones no turbaron de ningún modo la serenidad del rey. — Cuanto hace mi primo Alburquerque está bien hecho, dijo con modesta sonrisa. Bueno fuera que obrase yo por la primera vez sin licencia y consentimiento de tan hábil personage. ¿Qué sería entonces de mí? Vaya, vaya, vamos á ver esto mas de cerca.

Y se adelantó hasta un tiro de ballesta de los peones del conde. Todos los caballeros le seguían asombrados de tanto valor, y prodigando pomposos elogios á su heróica calma, seguro garante de la

victoria. Quedóse don Martin un poco atras, y entre los grandes señores reconoció á uno de sus hermanos de armas de la guerra de Asturias, cuyo franco carácter y aventajado personal habian cautivado su cariño. Era este don Fernando de Castro hermano mayor de la bella Juana. El receloso aspecto de este jóven hacia singular contraste con el júbilo que animaba las demas fisonomías. Llevóse á un lado á don Martin, y le dijo: — Esta batalla me parece un trampantojo, si considero que el valor de don Pedro en tan crítica circunstancia no es propio de su carácter, pues su corazon es el de un cobarde.

— ¡Cobarde! repitió admirado don Martin. Don Fernando, ¿cómo os atreveis...

— Sí, lo vuelvo á decir, repuso don Fernando echando fuego por los ojos, el rey es un cobarde, un desleal caballero. Yo mismo se lo he dicho.

— ¿Y vivís todavia, don Fernando?

— Si vivo no es á él á quien tengo

que agradeceré, pues esta mañana ha querido que me matasen en el torneo que ha tenido lugar en la plaza del mercado.

— ¡Que os matasen! ¿cómo? ¿por qué? no puedo creerlo.

— Pues es la pura verdad; porque no quise sufrir el deshonor de mi hermana doña Juana, en cuya estancia se introdujo el rey furtivamente esta misma noche, ayudado por ese vil tártaro llamado el Zurdo, que logró seducir una de las doncellas de mi casa. Corrí con espada en mano á los gritos de Juana, y transportado de justo furor, quise matar al rey; pero gracias al cielo, reflexioné un instante y retrocedí, dándole tiempo para ponerse en guardia y defenderse. Don Pedro aprovechó mi generosidad para huir vergonzosamente: el tártaro cerró la puerta donde permanecía oculto, y sus soldados, que aguardaban en la calle, protegieron su retirada. Esta mañana; al apuntar el día, he entrado solo en su real cámara, como mayordomo mayor, pero he visto al Zurdo apoyado en su maza de

armas , junto al lecho del rey , donde ha pasado toda la noche. No he podido menos de echar en cara á don Pedro su indigna accion , su fuga aun mas indigna... Todo lo ha negado , don Martin , sosteniendo á carcajadas que yo habia soñado una majadería. Entonces fue cuando á riesgo de mi vida le llamé cobarde y mentiroso , pero él continuó tratándome de iluso con aquella falsa y burlona sonrisa que ahora mismo retozaba en sus labios al hablar de vuestro padre. A consecuencia de esta escena , esta mañana , en el torneo , ha bajado á la liza capitaneando á sus maceros , bajo pretesto de figurar una escaramuza para divertir á las damas concurrentes. Hánme rodeado todos , y aprovechando aquel desorden de que el rey se reía á carcajadas , y buscando la juntura de mi coraza , iba el Zurdo á clavar-me una daga , que un diestro quite de mi hermano ha hecho volar por los aires...

— El tártaro es un perverso , respondió don Martin avergonzado. Como testigo de vuestra querella con el rey , ha-

brá querido vengarle á su manera. Yo creo que don Pedro ignoraría...

— Yo le conozco mejor que vos, interrumpió don Fernando : ¡ ay , amigo don Martin ! cuanto estamos viendo no pasa de un juguete , concertado entre los dos hermanos , que oculta algun lazo donde caerá el primero el señor de Alburquerque... Pero mirad , ¿ no os lo dije yo ? todo este hostil aparato se concluye por un parlamentario , ved cuál de las filas enemigas sale un caballero y se dirige al rey. Acerquémonos.

— Verdad es , dijo don Martin ; ya vadea el arroyo , y mi padre se adelanta por su parte. No distingo aun la fisonomía del guerrero ; pero veo claras en su escudo las armas de los Avendaños , vasallos del conde de Trastamara.

— Es el mismo don Lope , interrumpió don Fernando , y le reconozco por su insignia roja del orden de la Banda.

— ¿ Dejó ya de ser gobernador general de Sevilla ? preguntó sorprendido don Martin.

— No , respondió don Fernando ; su arrogancia no pudo soportar algunas burlas pesadas del rey , que le recordaban el duro é injusto trato recibido en Sevilla en los primeros dias de este reinado , y tomó partido con el conde. Pero se halla comprendido en el último tratado de paz, gracias á vuestro padre, que teme con razon á este poderoso enemigo.

Llegaban entonces los dos amigos á poca distancia del rey. Don Lope echó pie á tierra , y se acercó al mismo tiempo que el señor de Alburquerque , doblando muy poco la rodilla. — Hola, hola ; eres tú, don Lope, le dijo el rey en tono de burla: vienes en nombre de mi hermano de Trastamara , cuyo vasallo eres , ¿ no es verdad ?

— Sí señor ; con tal título...

— En ese caso, don Lope , dime arrodillándote un poco mas : *Sí, señor de mi señor.* ¿ Mas por qué te presentas con ese disfraz ?

— ¿ De qué disfraz está hablando vuestra alteza ? preguntó don Lope con orgullo.

— Hablo de esa banda roja con su galon de oro, verdaderas insignias de la orden fundada por mi real padre, y que no recuerdo haberte dado, don Lope amigo.

— De su real mano la recibí, repuso entonándose; y era la misma que llevaba puesta en el sitio de Tarifa, quitóla de su cuello, y la colgó de mi hombro con su propia mano, cuando entre muchos otros prisioneros moros puse á sus pies el famoso Al-Berim, señor de Montes-Claros.

— Si es cierto lo que me han contado, replicó el rey, tú repites con frecuencia que los reyes, aunque señores, no pueden infringir las leyes de la caballería. ¿Te acuerdas de haberlo dicho?

— No lo niego.

— Siendo así, el deber te mandaba advertir humildemente á mi padre que los estatutos de la misma orden con que te honraba le prohibían conferírtela. Pero tú los ignorabas ciertamente, y ahora mismo voy á enseñártelos: *Ninguno pue-*

de usar las insignias de la orden de la Banda, sino es vasallo del rey de Castilla. Ahora bien, don Lope amigo, ya que eres el vasallo de mi vasallo, tus propias palabras te indican la obligacion en que estás.

La palidez y violenta contraccion de la fisonomía de don Lope patentizaban el furor que devoraba su seno. — Basta, dijo quitándose la banda y poniéndola en las manos del rey. ¿Quiere ya vuestra alteza escuchar el mensaje del conde Trastamara?

— Todavía no, repuso el rey. Acércate, don Martin de Alburquerque. Tu dominio de Cea depende directamente de mi corona, sé, pues, caballero de mi orden, y estoy seguro de que bajo esta banda que llevó mi noble padre latirá desde hoy un corazon siempre leal. Pon en tierra una rodilla.

Obedeció don Martin, y despues de haberle puesto la banda, añadió el rey: — Aunque tu padre no te juzgó digno de conservar el primer don que te hice, nom-

brándote adelantado mayor de Andalucía...

— Ese don, interrumpió el señor de Alburquerque con imperioso tono, le fue también concedido en perjuicio del señor don Lope. Mi hijo debía...

— Ya lo oyes, Martin, replicó el rey levantándole: tu padre me recuerda que aun entonces obraba yo con mas discernimiento que él en la distribución de los premios y castigos, tratando equitativamente á cada uno segun su verdadero mérito. Te repito que no fui yo quien quiso tu prision y tu destierro, pero sí quien te nombra caballero de la orden de la Banda y rico-hombre de Leon: recibirás esta noche de mi mano el estandarte y la caldera, dones con que te quedarás, pues juro á Dios que en adelante nadie tendrá la osadía de deshacer lo que yo haga, ni de contradecir en cosa alguna mi voluntad real. Habla ya, don Lope, que quiero escuchar tu mensaje.

Los ojos de todos los circunstantes se clavaron en Alburquerque cuando in-

terumpió al rey: creyóse que como en otras ocasiones recobraría con algunas palabras, hijas de la aspereza de su carácter altivo, el absoluto imperio que habitualmente ejercía sobre su discípulo; pero la réplica de don Pedro escitó la sorpresa general, y aquella mezcla de insulto y burla confundió hasta tal punto al orgulloso Alburquerque, que se quedó mudo de estupor.

En tanto don Lope, que como él devoraba su mortal despecho, respondió al rey: — Señor, el conde de Trastámara me envia á vuestra alteza para decirle que le besa las manos. Ruégale tambien que no condene su venida á las reales nupcias al frente de un ejército, por haber juzgado que esta precaucion era indispensable á la seguridad de su vida, amenazada por un enemigo mortal, que le ha perjudicado mucho en el ánimo de vuestra alteza, y que manda las compañías reunidas en Valladolid.

— ¿Y quién es ese enemigo mortal? preguntó el rey.

— El señor de Alburquerque, respondió don Lope.

Levantóse entre los caballeros un murmullo de admiración. — ¡Cómo! exclamó el rey con pesadumbre: ¿el conde sospecha que tú eres su enemigo, Alburquerque? ¿tú, que concertaste mi paz con él? esta es una falsedad, y si solo se funda en el mando de mis compañías que confié á tu fidelidad, persuádome de que para tranquilizar enteramente al conde estás dispuesto á dimitirlo, cediéndoselo á mi primo el marqués de Tortosa.

— Señor, respondió Alburquerque inflamado de cólera, dejemos á un lado lo que á mí toca. Solo veo aquí el peligro que corre vuestra alteza cediendo á la demanda de un vasallo que presenta su súplica en el hierro de una lanza.

— Agradezco tu buen consejo, repuso el rey siempre risueño y con acento amistoso. Deniego absolutamente la demanda de mi hermano para entrar armado en Valladolid. Y por lo que á tí ha-

ce, ¿estás resuelto á continuar tu amistad con el conde de Trastamara?

— Sin duda ninguna, señor...

— Ya ves, Lope, que los temores de mi hermano carecian de fundamento. Vuelve al conde que te envia, dile que por mi amor, Alburquerque, mi primo, renuncia el mando de las compañías, que doy al infante de Aragon, marqués de Tortosa, y para que no lo dude, anda, marqués, y ponte al momento á su cabeza. Pésame, continuó dirigiéndose con calma á don Lope de Avendaño, que el conde no se haya explicado con franqueza acerca de esta quimérica enemistad, pues creo que nos hubiéramos entendido mas pronto. Mándale en mi nombre que venga sin dilacion al hermano que le ama y quiere darle pruebas de su cariño. Es mi voluntad que todos participen de mi alegría, y que la hermosa reina, al llegar mañana á la corte de Castilla, vea á su rededor rostros tan jubilosos como el mio.

Alburquerque rugía de cólera, mur-

murando entre dientes horribles imprecaciones. Los mismos cortesanos que una hora antes se agolpaban al tropel en torno del favorito, dejábanle ahora abandonado presagiando su próxima desgracia. Don Martin fue el único que se acercó á él, pero encontró una acogida glacial. — Tus amigos no han llegado todavía adonde piensan, díjole volviéndole la espalda. Anda, reúnete con ellos; poco me importa un enemigo mas.

Apartóse el jóven con el pecho contristado de este extremo de dureza, y no lejos de alli encontró á su amigo don Fernando de Castro, quien al verle exclamó: — ¡Vaya! ¿qué os digo yo del gran esfuerzo del monarca? Ya veis ahora que todo estaba concertado de antemano, y que solo se trataba del triunfo de Trastámara, que á su vez quiere elevarse sobre las ruinas de la fortuna de vuestro padre. ¿Pero cuánto durará el reinado de los bastardos? ¿qué cimientos podrán echar en un espíritu tan débil como el de don Pedro, en una alma tan falsa, tan pérfida? ¿No

vísteis cuál se complacia en atormentar á don Lope? ¡Cuánta enemistad, cuánta venganza ha despertado en su implacable corazón! Y el señor de Alburquerque, á quien trata tan indignamente...

— Amigo, no compadezcáis á mi padre, dijo vivamente don Martin: confío que esta desgracia, que es un beneficio del cielo, le curará de su funesta y devoradora ambicion, restituyéndole los naturales sentimientos de amor á su familia y fidelidad á su rey.

Reuniéronse en medio de la llanura don Pedro y el conde de Trastamara, y conferenciaron un breve instante. Tuvo Alburquerque bastante tiempo para reponerse de su primera turbacion, y recordó al rey, que segun el último tratado, debia el conde despedir sus compañías, y darlas á su soberano, como tambien sus ciudadelas de Asturias. Convino al punto Trastamara, y ofreciendo rehenes para la entrega de las plazas, renunció inmediatamente el mando de sus hombres de armas, de quienes el menor de los infan-

;

tes de Aragon recibió juramento de obediencia. Cuando don Martin llegó á los dos hermanos, cabalgaban juntos amistosamente por el camino de Valladolid, acompañados del señor de Alburquerque y de todos los caballeros. Las compañías asturianas y las tropas reales, abandonando su enemiga fiereza, comenzaron á moverse, y tomaron opuestas direcciones.

El alojamiento de Blanca de Borbon, á quien se aguardaba por momentos con la reina madre, se hallaba dispuesto en el monasterio de la Trinidad, en el barrio septentrional de Valladolid, sobre el camino de Burgos. El rey habia elegido la casa del abad de Santander, al otro extremo de la ciudad, fuera de su recinto y junto á la calzada de Toledo. Allí fue donde despues del festin con que recibió á sus hermanos Trastamara y don Tello, distribuyó las gracias mucho antes ofrecidas á las familias mas nobles del reino con motivo de su matrimonio.

Mientras que los postulantes llamados sucesivamente por el canciller del sello de

la puridad recibían del rey los títulos de los favores que les estaban destinados, acercóse á don Martin el conde de Trastámara, y tendiéndole la mano afectuosamente: Ya sé, le dijo, que eres el mejor amigo de mis dos hermanos Pedro y Fadrique, y quiero que también lo seas mio.

— Asi lo deseo yo, respondió don Martin, y ojalá que tu anhelo sea tan sincero como el mio.

— Veo, don Martin, que tú lo dudas con razon por la desconfianza que manifesté á tu padre. Confieso que me equivoqué, y que el rey mismo me ha desengañado, dándome á conocer las rectas intenciones de Alburquerque. ¿No has visto que durante el festin estaba yo sentado junto á él, y que departíamos en buena amistad? Para que no me crea su rival, he suplicado al rey mi hermano que le dé una ruidosa prueba de su favor, elevándole á la dignidad de conde, que dará nuevo brillo á la de gran canciller del reino que conserva. Mira, amigo Martin, ya comienza la ceremonia.

Efectivamente, delante del trono acababan de poner una mesa, y de colocar en ella una copa de vino, en la cual metió el copero mayor tres rebanadas de pan largas y delgadas, cuyos extremos sobresalian del vaso. El rey hizo á Alburquerque una seña para que se acercase, y mostrándole la copa le dijo: — Tomad, conde. — Tomad, rey, respondió Alburquerque. El rey repitió otras dos veces esta invitación, y en ambas recibió igual respuesta. A la tercera tomó y comió una de las sopas de pan: el electo tomó otra y la comió también: luego mandó el rey al canciller del sello de la puridad que escribiese la relacion de este hecho, leyéndola en alta voz. Entonces toda la asamblea gritó por tres veces: *viva el conde de Alburquerque*; y el nuevo dignatario prestó juramento en manos del rey.

Trastámara, cuyas jubilosas aclamaciones se oyeron antes que todas las demás, fue asimismo el primero que dió la enhorabuena al nuevo conde, abrumándole con las muestras de su amistad, y

quedando al parecer restablecida la mejor armonía entre los dos rivales. Continuaban estos conversando francamente, cuando llamado don Martin á su vez, fue á arrodillarse á los pies del trono. Dióle el rey un estandarte con las armas de Alburquerque y de Cea, diciéndole: — Rico-hombre de Leon, este es el signo de tu derecho. Cuando tremoles esta bandera, deberán armarse tus vasallos y seguirte á la guerra. Presentándole en seguida una caldera, añadió: — Toma el emblema de tus deberes para con ellos: has de alimentarlo á tus espensas en el campo hasta que los vuelvas á su hogar. Anda, don Martin de Alburquerque y Cea: velarás esta noche tu estandarte en la iglesia de Santa María la Nueva, donde lo bendecirán mañana, y prestarás en mis manos el juramento que me debes como á tu rey y señor natural.

El conde de Trastamara, separándose entonces del padre, fue á felicitar al hijo con iguales demostraciones de afecto.

— Conde, le dijo don Martin lla-

mándole á parte, dame de esa amistad que me juras la prueba mas positiva y preciosa para mí de cuantas puedo pedirte, pues se trata de la felicidad de mi mejor amigo, tu hermano el gran maestro, y de la reina doña Blanca.

— Habla, Martin: no podias invocar unos nombres mas caros á mi corazon.

— Pues bien, ya que no ignoras las abominables calumnias de que uno y otro fueron objeto, dime francamente la opinion del rey en este punto.

— Convencido está de su inocencia, y el acontecimiento que se prepara lo publica.

— ¿Cómo, pues, no ha llamado al gran maestro á sus bodas?

— Manifestéle mi sorpresa, y le encontré afrentado de un resto de sospecha, que solo se dirige contra Fadrique, y de ningun modo contra la reina.

— Pero conde, esta desconfianza es injuriosa para ella, y debe favorecer las calumnias del infame Samuel. Aunque está irritada y quiere quejarse al monar-

ca, mi dictámen es que guarde silencio, pues temo que semejante recriminacion dé lugar á nueva desgracia. La reina necesita en esta circunstancia prudentes consejos: ¿cuál es el tuyo, conde? en su nombre te lo pido.

— Amigo, respondió Trastamara, que le habia escuchado con la mayor atencion, mi hermano Fadrique me ha hablado de esto ya. Segun lo que he visto aqui, y por el conocimiento que he adquirido del carácter y disposiciones del rey, aconsejo atrevidamente á la reina que le hable sin rebozo del motivo de su pesar. Ruégola igualmente por su propio bien y por el nuestro, que no vacile en pedirle desde luego la presencia de Fadrique y el destierro de Samuel. Sean estas las primeras palabras que escuche el rey de su boca: su honor lo pide, y don Tello y yo, con quienes puede contar, la apoyaremos vigorosamente: díselo de mi parte. Por lo que á tí hace, Martin, está seguro de mi amistad hasta la muerte.

Trastamara se ausentó al momento,

dejando al caballero encantado de la franqueza y afecto de su nuevo amigo, y gozosísimo por haber recibido de él tan prudente consejo y la confirmacion de su adhesion á los intereses de Blanca. Tranquilo, pues, lleno de esperanza, y únicamente entregado á la memoria de su dama, encaminóse con sus escuderos á la iglesia de Santa María la Nueva para hacer la vela á su estandarte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

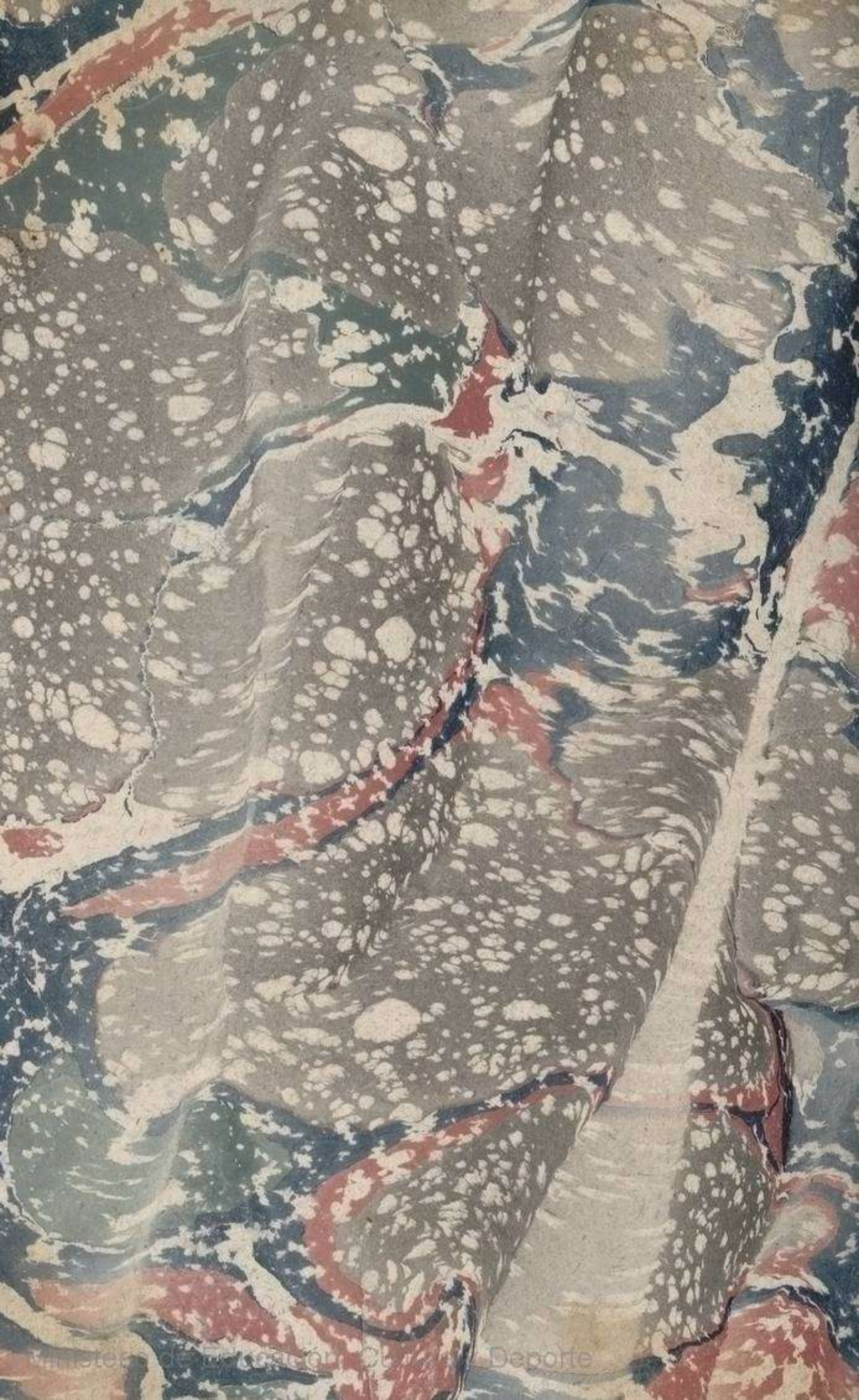
La novela que seguirá al PRIMOGÉ-
NITO DE ALBURQUERQUE será EL DONCEL
DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE, de Don
Mariano José de Larra.

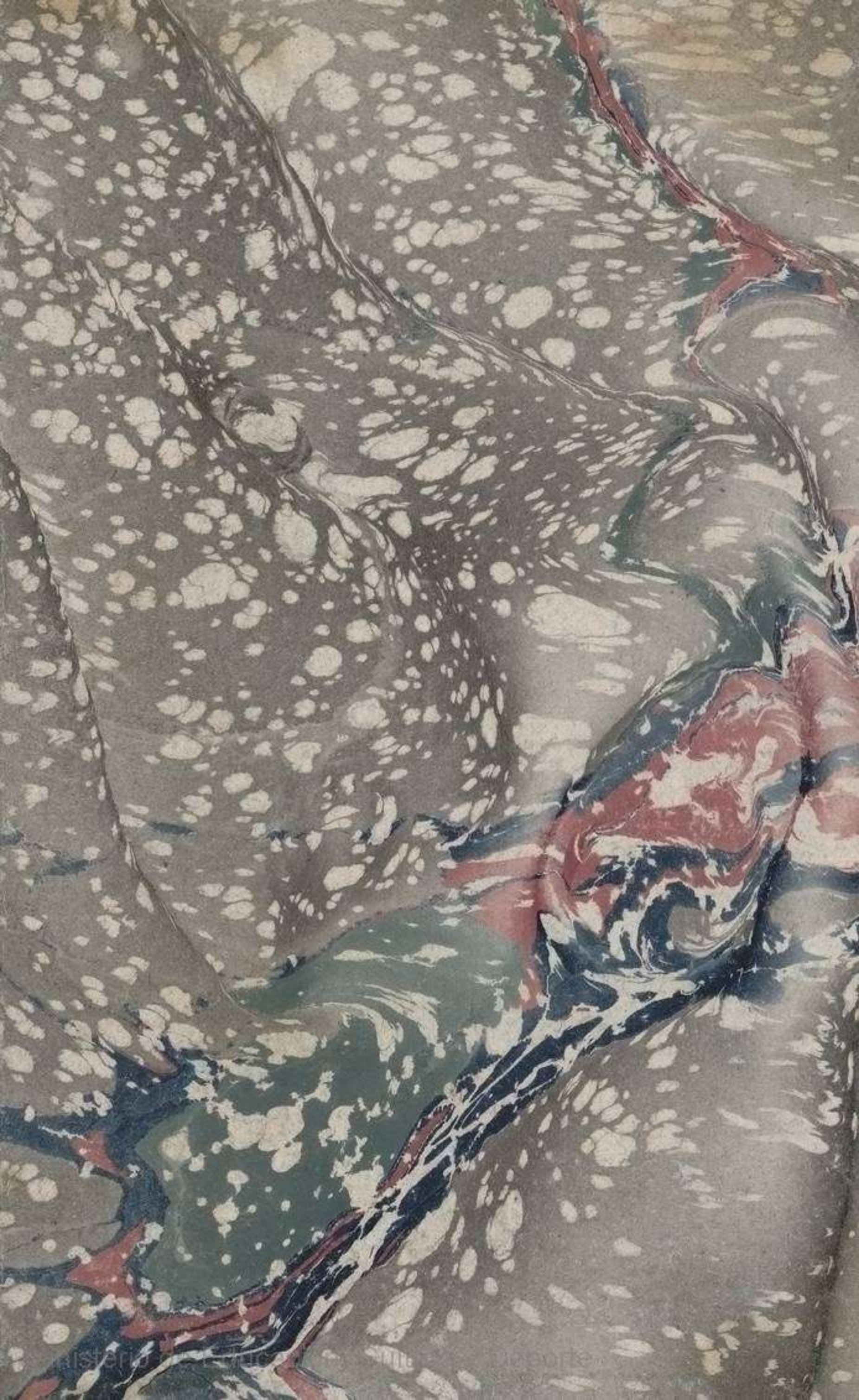
1911

La novela que seguirá el camino
del hijo de Albuquerque será el hijo
de Don Juan de los Rios, de Don
Mariano José de Larra.











EL
PRIMOGENITO
DE
ALBURQUERQUE.

1. 2.

D-1
1139